

IV Trimestre de 2009
Un pueblo en marcha: El libro de Números

Notas de Elena G. de White

Lección 1
3 de Octubre de 2009

Un orden nuevo

Sábado 26 de septiembre

Dios es un Dios de orden y se complace con los esfuerzos de su pueblo de traer orden y organización en su obra en la tierra. Todo lo relacionado con el cielo está en perfecto orden y solo mediante el orden y la acción armoniosa se puede alcanzar el éxito. Dios requiere la misma organización ahora que la que requirió en la antigüedad y desea que su obra se realice con exactitud y disciplina para que él pueda colocar su sello de aprobación sobre ella. El hermano debe unirse con el hermano; la iglesia con la otra iglesia; el instrumento humano con el divino, y todos subordinados al Espíritu Santo para llevar las buenas nuevas de la gracia de Dios al mundo.

"Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas la iglesias de los santos" (1 Corintios 14:33). Todo se hacía ordenadamente cuando Cristo dirigía a los suyos, y después de su partida los discípulos siguieron estrictamente su ejemplo. En estos últimos días, cuando el Señor está trayendo a sus hijos a la unidad de la fe, el orden es más necesario que nunca antes, pues mientras Dios trata de unir a su pueblo, Satanás y sus ángeles buscan destruir la unidad (*Review and Herald*, 16 de febrero, 1911).

Domingo 27 de septiembre: La organización del ejército

La construcción del Tabernáculo no principió sino cuando hubo transcurrido cierto tiempo después de la llegada de Israel al Sinaí; y la sagrada estructura se levantó por primera vez al principio del segundo año después de la salida. Siguió luego la consagración de los sacerdotes, la celebración de la Pascua, el censo del pueblo y la realización de varios arreglos esenciales para su sistema civil o religioso, así que Israel pasó casi un año en el campamento del Sinaí. Allí su culto tomó una forma más precisa y definitiva. Se le dieron las leyes que habían de regir la nación, y se verificó una organización más eficiente en preparación para su entrada en la tierra de Canaán.

El gobierno de Israel se caracterizaba por la organización más cabal, tan admirable por su esmero como por su sencillez. El orden tan señaladamente puesto de manifiesto en la perfección y disposición de todas las obras creadas por Dios se veía también en la

economía hebrea. Dios era el centro de la autoridad y del gobierno, el soberano de Israel. Moisés se destacaba como el caudillo visible que Dios había designado para administrar las leyes en su nombre. Posteriormente, se escogió de entre los ancianos de las tribus un consejo de setenta hombres para que asistiera a Moisés en la administración de los asuntos generales de la nación. En seguida venían los sacerdotes, quienes consultaban al Señor en el Santuario. Había jefes, o príncipes, que gobernaban sobre las tribus. Bajo éstos había "jefes de millares, jefes de cientos, y jefes de cincuenta, y cabos de diez" (Deuteronomio 1:15), y por último, funcionarios que se podían emplear en tareas especiales.

El campamento hebreo se ordenaba en exacta disposición. Quedaba repartido en tres grandes divisiones, cada una de las cuales tenía señalado su sitio en el campamento. En el centro estaba el Tabernáculo, la morada del Rey invisible. Alrededor asentaban los sacerdotes y los levitas. Más allá de éstos acampaban las demás tribus (***Patriarcas y profetas*, pp. 391, 392**).

Dios le había prometido a Abraham que sus descendientes poseerían la tierra de Canaán, pero habrían de pasar varios siglos hasta que pudieran poseerla. "Y en la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí" (Génesis 15:16). Los amorreos habitarían la tierra de Canaán hasta que recibieran gradualmente los justos juicios de Dios por su iniquidad. Aunque ya habían caído en una completa idolatría y se dedicaban a las acciones inicuas, Dios no los destruiría todavía hasta que demostraran que no deseaban subordinarse al gobierno y al control divinos. Cuando la iniquidad de los amorreos llegara a su apogeo, entonces ordenaría destruirlos. En esto vemos la paciencia de Dios: les da a las naciones un tiempo de prueba. Sin embargo, si ignoran la ley de Dios; si avanzan en un grado de maldad al otro más elevado; si los hijos heredan la maldad de los padres y su rebelión contra las leyes divinas e incluso son más inicuos que sus progenitores, el castigo caerá sobre ellos; no por haberse demorado dejará de cumplirse. Dios desea que recordemos estos hechos y entendamos cómo la justicia divina trata con los individuos y las naciones. El Dios infinito lleva un registro exacto de toda iniquidad y transgresión de sus leyes, y aunque la medida se vaya llenando, todavía toma tiempo para llamar al arrepentimiento y ofrecer perdón. Sin embargo, si se continúa rechazando la luz; si no se atienden sus advertencias, llegará un momento en que la justicia divina ejecutará el castigo, pues su iniquidad corromperá a los demás y se extenderá ampliamente (***Signs of the Times*, 10 de junio, 1880**).

Lunes 28 de septiembre: La presencia de Dios

Dios había honrado a los levitas para que prestaran servicio en el Tabernáculo porque no tuvieron parte en hacer y adorar el becerro de oro y debido a su fidelidad en ejecutar la orden de Dios sobre los idólatras. También se les asignó a los levitas el oficio de erigir el Tabernáculo y de acampar alrededor de él, mientras que las huestes de Israel armaban sus tiendas a una distancia del mismo. Y cuando viajaban, los levitas desarmaban el Tabernáculo y lo transportaban junto con el arca y todos los artículos sagrados del mobiliario. Debido a que Dios honró así a los levitas, este grupo sintió ambición por un cargo todavía más elevado, a fin de poder tener mayor influencia sobre la con-

gregación. "Y se juntaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová? (Números 16:3) (**Testimonios para la iglesia, tomo 3, p. 379**).

Dios observa al pecador. El ojo que nunca dormita sabe todo lo que hacemos. Está escrito en su libro. Alguien podría ocultar su pecado del padre, la madre, la esposa, o los amigos; no obstante, todo permanece abierto delante de Dios y es consignado en su libro de registro... David fue un hombre que se arrepintió y, aunque confesó y detestó su pecado, no pudo olvidarlo. Exclamó: "¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano... Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día" (Salmo 139:7-12).

Dios está en todas partes. Ve, sabe todas las cosas, y entiende las intenciones y determinaciones del corazón. Intentar ocultar el pecado de su atención es tarea vana. Vio cuando nuestros primeros padres pecaron en el Edén. Vio cuando Caín levantó su mano contra Abel para matarlo. Observó los pecados del mundo antiguo, determinó sus días, y los castigó con el diluvio. También vio los pecados de su propio pueblo del pacto, los judíos, cuando se confabularon en contra del Hijo de Dios.

De la misma manera como es registrada cada transgresión, todo asunto secreto será traído a juicio. Pueden haber estado ocultos a los mortales, pueden haber estado encubiertos de los buenos, de los puros, de los santos, de los amigos y los enemigos; no obstante, Dios los ve. Todos los pecados serán revelados en el día del juicio y, a menos que hayan sido objeto de arrepentimiento previo, serán castigados de acuerdo con su magnitud, porque en el libro de memorias de Dios se lleva un registro de todos los hechos humanos. Todas las acciones de la vida, buenas o malas, se hallan registradas.

Es tan terrible el hecho que los pecados acumulados sean registrados y, finalmente, expuestos, como que los profesos hijos e hijas de Dios se aventuren a pecar contra sus propias conciencias, y por sus pecados involucren a otros en la misma ruina, a pesar de la luz y el conocimiento. Esto es un misterio. ¿Será que alguna vez han gustado de las virtudes del reino por venir? ¿Habrán gozado alguna vez de la dulce comunión con Dios? Por consiguiente, ¿cómo pueden volverse a esas prácticas sensuales, condenadas y degradantes? (**Testimonios sobre conducta sexual, pp. 101, 102**).

No hay consolador como Cristo, tan tierno y tan leal. Se conmueve con los sentimientos de nuestras debilidades. Su Espíritu habla al corazón. Las circunstancias pueden separarnos de nuestros amigos; el amplio e inquieto océano puede agitarse entre nosotros y ellos. Aunque exista su sincera amistad, quizá no puedan demostrarla haciendo para nosotros lo que recibiríamos con gratitud. Pero ninguna circunstancia ni distancia puede separarnos del Consolador celestial. Doquiera estemos, doquiera vayamos, siempre está allí. Alguien que está en el lugar de Cristo para actuar por él. Siempre está a nuestra diestra para dirigirnos palabras suaves y amables; para asistirnos, animarnos, apoyarnos y consolarnos (**Dios nos cuida, p. 237**).

Martes 29 de septiembre: Bajo las banderas

A los levitas se les confiaba el cuidado del Tabernáculo y todo lo que se relacionaba con él, tanto en el campamento como cuando se viajaba. Cuando se levantaba el campamento para reanudar la marcha, eran ellos quienes desarmaban la sagrada tienda; y cuando se llegaba adonde se había de hacer alto, ellos debían levantarla. A ninguna persona de otra tribu se le permitía acercarse so pena de muerte. Los levitas estaban repartidos en tres divisiones, descendientes de los tres hijos de Leví, y cada una tenía asignadas su obra y posición especiales. Frente al Tabernáculo, y cercanas a él, estaban las tiendas de Moisés y Aarón. Al sur estaban los coatitas, que tenían la obligación de cuidar del arca y del resto del mobiliario; al norte, estaban los meraritas, quienes tenían a su cargo las columnas, los zócalos, las tablas, etc.; atrás estaban los gersonitas a quienes se les había confiado el cuidado de los velos y del cortinado en general.

Se especificaba también la posición de cada tribu. Cada uno tenía que marchar y acampar al lado de su propia bandera, tal como lo había ordenado el Señor: "Los hijos de Israel acamparán cada uno junto a su bandera, según las enseñas de las casas de sus padres"; "de la manera que asientan el campo, así caminarán, cada uno en su lugar, junto a sus banderas" (Números 2:2, 17). **A** la "multitud mixta" que había acompañado a Israel desde Egipto no se le permitía ocupar los mismos cuarteles que las tribus, sino que había de habitar en las afueras del campamento; y sus hijos habían de que quedar excluidos de la comunidad hasta la tercera generación (Deuteronomio 23:7, 8) (***Patriarcas y profetas*, p. 392**).

El Señor designó una familia especial de la tribu de Leví para que llevara el arca. Otros de entre los levitas fueron especialmente señalados por Dios para llevar el Tabernáculo y todos sus muebles, y para realizar la obra de erigirlo y desarmarlo. Y si cualquier persona, llevada por la curiosidad o por el desorden se salía de su lugar y tocaba cualquier parte del Santuario o los muebles, o hasta se acercaba a cualquiera de los obreros, debía sufrir la muerte. Dios no dejó su santo Tabernáculo para que fuera llevado, armado o desarmado indiscriminadamente por cualquier tribu que pudiera elegir el cargo. En cambio, se eligieron personas que pudieran apreciar el carácter sagrado de la obra en que estaban ocupadas. A estos hombres elegidos por Dios se les indicó que impresionaran al pueblo con el carácter especialmente sagrado del arca y de todo lo que tuviera conexión con ella, de modo que no miraran a esas cosas sin darse cuenta de su naturaleza santa y fueran cortados de Israel. Todas las cosas pertenecientes al Lugar Santísimo debían ser consideradas con reverencia (***Testimonios para la iglesia*, tomo 1, p. 564**).

El Señor condujo a los israelitas en todas sus peregrinaciones por el desierto. Cuando era para el bien del pueblo y la gloria de Dios que levantaran sus tiendas en cierto lugar y moraran allí, el Altísimo lo manifestaba mediante la columna de nube que descendía directamente sobre el Tabernáculo. Y allí permanecía hasta que el Señor quería que emprendieran el viaje de nuevo. Entonces la nube de gloria se elevaba por encima del Tabernáculo, y así volvían a viajar.

En todos sus viajes manifestaban un orden perfecto. Cada tribu llevaba un estandarte con el emblema de la casa de su padre, y cada una de ellas había recibido la orden de

acampar junto a su estandarte. Y cuando viajaban, las diferentes tribus marchaban en orden, cada una junto a su propio estandarte. Cuando descansaban de sus viajes, erigían el Tabernáculo, y entonces las diferentes tribus levantaban sus tiendas en orden, justamente en el lugar que Dios les había mandado, alrededor del Tabernáculo, a cierta distancia de él (***La historia de la redención, p. 160***).

Miércoles 30 de septiembre: Llamado a1 ministerio

Tanto el primogénito de los hombres como el de las bestias, había de ser del Señor, si bien podía ser redimido mediante un rescate con el cual reconocían que, al perecer los primogénitos de Egipto, los de Israel, que fueron guardados bondadosamente, habrían sufrido la misma suerte de no haber sido por el sacrificio expiatorio. "Mío es todo primogénito —declaró el Señor— desde el día que yo maté todos los primogénitos en la tierra de Egipto, yo santifiqué a mí todos los primogénitos en Israel, así de hombres como de animales: míos serán" (Números 3:13). Después de la institución del culto en el Tabernáculo, el Señor escogió para sí la tribu de Leví, para la obra del Santuario, en vez de los primogénitos de Israel. Dijo: "Me son a mí dados los Levitas de entre los hijos de Israel... helos tomado para mí en lugar de los primogénitos de todos los hijos de Israel" (Números 8:16). Sin embargo, todo el pueblo debía pagar, en reconocimiento de la gracia de Dios, un precio por el rescate del primogénito. (Números 18:15, 16) (***Patriarcas y profetas, p. 281***).

La dedicación de los primogénitos se remontaba a los primeros tiempos. Dios había prometido el Primogénito del cielo para salvar al pecador. Este don debía ser reconocido en toda familia por la consagración del primer hijo. Había de ser dedicado al sacerdocio, como representante de Cristo entre los hombres. Cuando Israel fue librado de Egipto, la dedicación de los primogénitos fue ordenada de nuevo. Mientras los hijos de Israel servían a los egipcios, el Señor indicó a Moisés que fuera al rey de Egipto y le dijera: "Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir: he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito" (Éxodo 4:22, 23) (***El Deseado de todas las gentes, p. 35***).

Jueves 1 de octubre: Proteger lo sagrado

Nadab y Abiú, los hijos de Aarón que ministraban en el sagrado oficio del sacerdocio, se sirvieron vino en abundancia, y, como acostumbraban, fueron a ministrar delante de Jehová. Los sacerdotes que quemaban incienso delante de Jehová tenían que usar el fuego del altar de Dios que ardía día y noche, y nunca se apagaba. Dios dio indicaciones explícitas acerca de la forma en que debía realizarse cada parte de su servicio para que todo lo que estuviera relacionado con su culto sagrado estuviese de acuerdo con su santo carácter. Toda desviación de las indicaciones expresas de Dios en relación con su sagrado servicio era pasible de muerte. Dios no aceptaría ningún sacrificio que no estuviese sazonado con la sal del fuego divino, que representaba la comunicación entre Dios y el hombre accesible solamente mediante Jesucristo. El fuego sagrado que debía ser puesto en el incensario era mantenido perpetuamente encendido, y mientras

los hijos de Dios estaban afuera, orando fervientemente, el incienso alumbrado por el fuego sagrado había de subir delante de Dios mezclado con sus oraciones. Este incienso era un emblema de la mediación de Cristo.

Los hijos de Aarón tomaron fuego común, que Dios no aceptaba, y ofrecieron un insulto al Dios infinito presentando este fuego extraño delante de él. Dios los consumió con fuego por su desprecio deliberado de sus expresas indicaciones. Todas sus obras eran como la ofrenda de Caín. No se representaba en ellas al divino Salvador. Si esos hijos de Aarón hubiesen tenido el dominio completo de sus facultades pensantes, habrían discernido la diferencia entre el fuego común y el sagrado. La complacencia del apetito rebajó sus facultades y oscureció de tal forma su intelecto que se extinguió su facultad de discernimiento. Comprendían plenamente el carácter sagrado del servicio simbólico y la terrible solemnidad y responsabilidad que pesaba sobre ellos al presentarse delante de Dios para ministrar en el servicio sagrado.

Algunos podrán preguntar: ¿Cómo podían los hijos de Aarón ser tenidos por responsables cuando sus intelectos estaban tan paralizados por la embriaguez que no podían discernir la diferencia entre el fuego sagrado y el común? En el momento de llevar la copa a sus labios se hicieron responsables por todos los actos que cometiesen bajo la influencia del vino. La complacencia del apetito les costó la vida a esos sacerdotes. Dios prohibió expresamente el uso del vino que influyera en la obnubilación del intelecto (***La temperancia*, pp. 39, 40**).

En los días de Israel, cuando fue instituido el servicio del Santuario, el Señor ordenó que solo se debía usar fuego sagrado cuando se quemara incienso. El fuego sagrado fue encendido por Dios mismo, y el humo fragante representaba las oraciones del pueblo que ascendían delante de Dios. Nadab y Abiú fueron sacerdotes del Santuario, y aunque no era legítimo usar fuego común, cuando esos sacerdotes fueron delante de Dios, se atrevieron a encender sus incensarios con fuego sin consagrar. Los sacerdotes se habían estado complaciendo en el consumo de vino y estaba nublada su sensibilidad moral; no discernieron el carácter de sus acciones ni comprendieron cuál sería la terrible consecuencia de su pecado. Un fuego salió llameante del Lugar Santísimo y los consumió (***La temperancia*, p. 248**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 2 10 de Octubre de 2009

El pueblo se prepara

Sábado 3 de octubre

El Señor Dios del cielo es nuestro líder. Es un líder a quien podemos seguir con seguridad pues no comete errores. Honremos a Dios y a su Hijo Jesucristo mediante el cual se comunica con el mundo. Fue Cristo quien dio a Moisés la instrucción que el Salvador dio a los hijos de Israel. Fue Cristo quien libertó a los israelitas de la servidumbre egipcia. Moisés y Aarón fueron los líderes visibles del pueblo. El líder invisible dio a Moisés instrucciones para que las transmitiera al pueblo.

Si Israel hubiese obedecido las directivas que le fueron dadas por Moisés, ninguno de los que comenzaron el viaje al salir de Egipto hubiera caído en el desierto presa de la enfermedad y de la muerte. Estaban bajo un Guía seguro. Cristo se había comprometido a guiarlos a salvo a la tierra prometida si seguían su dirección. Esa vasta multitud, que constaba de más de un millón de personas, estaba bajo su conducción directa. Eran su familia. Estaba interesado en cada uno de ellos (*Comentario bíblico adventista*, tomo 1, pp. 1131, 1132).

Domingo 4 de octubre: Control de las enfermedades

En la enseñanza que Dios dio a Israel, la conservación de la salud fue objeto de particular cuidado. El pueblo, que había salido de la esclavitud contagiado por los hábitos de desaseo contrarios a la salud que aquella suele engendrar, recibió la más estricta educación en el desierto antes de entrar en Canaán. Se le enseñaron los principios de la higiene y se le sometió a leyes sanitarias.

No solo en su servicio religioso, sino en todos los asuntos de la vida diaria observaban los israelitas la distinción entre lo puro y lo impuro. Todo aquel que tuviese algo que ver con enfermedades contagiosas e infecciosas quedaba aislado del campamento y no se le permitía volver sin previa purificación de su persona y su ropa. En caso de enfermedad infecciosa, se había de hacer lo siguiente: "Toda cama en que se acostare [el enfermo]... será inmundicia; y toda cosa sobre que se sentare, inmundicia será. Y cualquiera

que tocara a su cama, lavará sus vestidos; lavaráse también a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la tarde. Y el que se sentare sobre aquello en que se hubiere sentado... lavará sus vestidos, se lavará también a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la tarde. Asimismo el que tocara la carne del [enfermo]... lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde... Y cualquiera que tocara cualquiera cosa que haya estado debajo él, será inmundo hasta la tarde; y el que la llevara lavará sus vestidos, y después de lavarse con agua, será inmundo hasta la tarde. Y todo aquel a quien tocara... y no lavare con agua sus manos, lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde. Y la vasija de barro en que tocara... será quebrada; y toda vasija de madera será lavada con agua" (Levítico 15:4-12) (**El ministerio de curación, pp. 211, 212**).

Durante su viaje en el desierto y su morada en tiendas, se les requería a los israelitas observar reglas específicas y ser muy cuidadosos con respecto a la limpieza, tanto del campamento como de sus hábitos personales. Y en estos asuntos, el Señor no requiere ahora menos cuidado que en la antigüedad (**Review and Herald, 6 de mayo, 1884**).

A fin de ser aceptables a la vista de Dios, los dirigentes del pueblo debían prestar estricta atención al estado sanitario de los ejércitos de Israel, aun mientras salían a la guerra. Cada uno, desde el comandante en jefe hasta el más humilde soldado del ejército, tenía la obligación sagrada de preservar la limpieza de su persona y de lo que lo rodeaba, pues los israelitas habían sido escogidos por Dios como su pueblo peculiar. Tenían la sagrada obligación de ser santos en cuerpo y espíritu. No debían ser descuidados ni negligentes de sus deberes personales. En todo respecto habían de preservar la limpieza. No habían de permitir que hubiera nada sucio ni malsano en su ambiente, nada que pudiera mancillar la pureza de la atmósfera. Habían de ser puros interna y externamente (**Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1133**).

Lunes 5 de octubre:

Control social

No constituye ninguna degradación para el hombre el inclinarse ante su Hacedor y confesar sus pecados, y rogar por el perdón a través de los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Es algo noble reconocer la maldad ante Aquel que ha sido herido por la transgresión y la rebelión. Es algo que nos eleva ante los hombres y los ángeles; porque "el que se humilla será exaltado". Pero el que se postra ante el hombre caído y se explaya confesando los pensamientos y las imaginaciones secretas de su corazón, se deshonra a sí mismo degradando su hombría y rebajando todo noble instinto de su alma. Al desplegar los pecados de su vida ante un sacerdote corrompido por el vino y el libertinaje, su norma de carácter se rebaja, y como resultado se contamina. Dios se degrada en su mente hasta asemejarse a la imagen de la humanidad pecaminosa, por cuanto el sacerdote está como representante de Dios. Es precisamente esta confesión degradante del hombre ante el hombre caído la que es responsable del mal creciente que está contaminando el mundo y preparándolo para la destrucción final.

...Confesad vuestros pecados a Dios, quien es el único capaz de perdonarlos, y vuestras faltas unos a otros. Si habéis ofendido a un amigo o al prójimo, debéis reconocer vuestro delito, y es su deber perdonaros. Entonces habréis de procurar el perdón de

Dios, porque el hermano a quien heristeis es la propiedad de Dios, y al herirle pecasteis contra su Creador y Redentor...

La verdadera confesión es siempre de carácter específico y reconoce pecados particulares. Pueden ser de tal naturaleza que deben ser presentados solamente a Dios, pueden ser ofensas que se deben confesar a individuos que han sido dañados por causa de ellos, o pueden ser de tipo general que deben ser presentados ante el pueblo. Pero toda confesión debe ser definida y al punto, reconociendo los pecados mismos de que sois culpables (**Testimonios para la iglesia, tomo 5, pp. 600, 601**)

Si queremos ofrecer oraciones aceptables, tenemos que realizar una obra de confesión mutua de nuestros pecados. Si he faltado contra mi vecino de palabra o acción, debo confesárselo. Si él me ha agraviado, debería confesármelo. Hasta donde sea posible, el que ha agraviado a otro debe hacer restitución. Luego, arrepentido, debe confesar su pecado a Dios, cuya ley ha transgredido. Al pecar contra nuestro hermano, pecamos contra Dios, y debemos buscar su perdón. Cualquiera que sea su pecado, si nos arrepentimos y creemos en la sangre expiatoria de Cristo, seremos perdonados (**A fin de conocerle, p. 262**).

Martes 6 de octubre:

Fidelidad matrimonial

¿Qué ordenó Dios a Moisés que hiciera con los que eran culpables del adulterio? Debían ser apedreados hasta morir. ¿Terminaba allí el castigo? No, pues deberán morir la segunda muerte. El sistema del apedreamiento ha sido abolido, pero la penalidad por la transgresión de la Ley de Dios no ha sido abolida. Si el transgresor no se arrepiente de corazón, será castigado con la separación eterna de la presencia del Señor (**Testimonios acerca de conducta sexual, p. 152**).

El matrimonio es una unión para toda la vida y un símbolo de la unión entre Cristo y su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia su iglesia es el espíritu que los esposos han de manifestar el uno para con el otro. Si aman a Dios en forma suprema, se amarán el uno al otro en el Señor; siempre se tratarán con cortesía y obrarán en cooperación. En su abnegación mutua y sacrificio de sí mismos, serán una bendición el uno para el otro (**El hogar cristiano, p. 82**).

Dios quiere que el hogar sea el lugar más feliz de la tierra, el mismo símbolo del hogar celestial. Mientras llevan las responsabilidades matrimoniales en el hogar, y vinculan sus intereses con Jesucristo, apoyándose en su brazo y en la seguridad de sus promesas, ambos esposos pueden compartir en esta unión una felicidad que los ángeles de Dios elogian (**El hogar cristiano, p. 87**).

"No cometerás adulterio" (Éxodo 20: 14).

Este mandamiento no solo prohíbe las acciones impuras, sino también los pensamientos y los deseos sensuales, y toda práctica que tienda a excitarlos. Exige pureza no solo de la vida exterior, sino también en las intenciones secretas y en las emociones del corazón. Cristo, al enseñar cuán abarcante es la obligación de guardar la ley de Dios,

declaró que los malos pensamientos y las miradas concupiscentes son tan ciertamente pecados como el acto ilícito.

Cuando se aman y acarician malos pensamientos, por muy en secreto que sea, dijo Jesús, se demuestra que el mal reina todavía en el corazón. El alma sigue sumida en hiel de amargura y sometida a la iniquidad. El que halla placer espaciándose en escenas impuras, cultiva malos pensamientos y echa miradas sensuales, puede contemplar en el pecado visible, con su carga de vergüenza y aflicción desconsoladora, la verdadera naturaleza del mal que lleva oculto en su alma. El momento de tentación en que posiblemente se caiga en pecado gravoso no crea el mal que se manifiesta, solo desarrolla o revela lo que estaba latente y oculto en el corazón. "Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él", ya que del corazón "mana la vida"... El corazón en el cual mora Cristo estará tan henchido, tan satisfecho de su amor que no se consumirá con el deseo de atraer simpatía y atención a sí mismo. Si el alma se entrega a Dios, la sabiduría de él puede llevar a cabo lo que la capacidad humana no logra hacer.

Mientras dure la vida, habrá necesidad de guardar los afectos y las pasiones con propósito firme. Ni un solo momento podemos estar seguros, a no ser que confiemos en Dios y tengamos nuestra vida escondida en Cristo (*Hijos e hijas de Dios*, p. 64).

Miércoles 7 de octubre:

Personas comunes consagradas

El propósito de Dios para sus instituciones hoy puede leerse también en el propósito que trató de realizar mediante la nación judía. Quería impartir ricas bendiciones a todos los pueblos por medio de Israel. Así quería preparar el camino para la difusión de su luz en el mundo entero. Al seguir costumbres corruptas, las naciones del mundo habían perdido el conocimiento de Dios. Sin embargo, en su misericordia Dios no quería raerlas de la existencia. Se proponía darles oportunidad de conocerle por medio de su iglesia. Quería que los principios revelados por su pueblo fuesen el medio de restaurar en el hombre la imagen moral de Dios.

Cristo era su instructor. Así como los acompañó en el desierto y mientras se establecían en la tierra prometida, iba a ser su Maestro y Guía. En el Tabernáculo y el Templo, su gloria moraba en una santa manifestación sobre el propiciatorio. Manifestaba constantemente en su favor las riquezas de su amor y paciencia.

Dios deseaba hacer de su pueblo Israel una alabanza y una gloria. Le dio toda ventaja espiritual. No privó a sus hijos de nada que favoreciese la formación del carácter que los haría representantes suyos.

La obediencia a las leyes de Dios iba a hacer de ellos maravillas de prosperidad entre las naciones del mundo. El que podía darles sabiduría y habilidad en todo trabajo y arte, continuaría siendo su Maestro, y los ennoblecería y elevaría por medio de la obediencia a sus leyes. Si eran obedientes, los preservaría de las enfermedades que afligían a otras naciones, y serían bendecidos con vigor intelectual. La gloria de Dios, su majestad y poder, habían de revelarse en toda su prosperidad. Habían de ser un reino

de sacerdotes y príncipes. El Señor les proporcionó toda facilidad para que llegasen a ser la mayor nación de la tierra (***Joyas de los testimonios*, pp. 479, 480**).

Y no bastaba que el niño prometido recibiera de sus padres un buen legado. Éste debía ir seguido por una educación cuidadosa y la formación de buenos hábitos. Dios mandó que el futuro juez y libertador de Israel aprendiese a ser estrictamente temperante desde la infancia. Había de ser nazareo desde su nacimiento, y eso le imponía desde un principio la perpetua prohibición de usar vino y bebidas alcohólicas. Las lecciones de templanza, abnegación y dominio propio deben enseñarse a los hijos desde la infancia.

La prohibición del ángel incluía toda "cosa inmunda". La distinción entre los comestibles limpios y los inmundos no era meramente un reglamento ceremonial o arbitrario, sino que se basaba en principios sanitarios. A la observancia de esta distinción se puede atribuir, en alto grado, la maravillosa vitalidad que por muchos siglos ha distinguido al pueblo judío. Los principios de la templanza deben llevarse más allá del mero consumo de bebidas alcohólicas. El uso de alimentos estimulantes indigestos es a menudo igualmente perjudicial para la salud, y en muchos casos, siembra las semillas de la embriaguez. La verdadera temperancia nos enseña a abstenemos por completo de todo lo perjudicial, y a usar cuerdamente lo que es saludable. Pocos son los que comprenden debidamente la influencia que sus hábitos relativos a la alimentación ejercen sobre su salud, su carácter, su utilidad en el mundo y su destino eterno. El apetito debe sujetarse siempre a las facultades morales e intelectuales. El cuerpo debe servir a la mente, y no la mente al cuerpo (***Patriarcas y profetas*, p. 605**).

Jueves 8 de octubre: La oración de Aarón

En completa soledad, Moisés repasó las vicisitudes y penurias de su vida desde que se apartó de los honores cortesanos y de su posible reinado en Egipto, para echar su suerte con el pueblo escogido de Dios. Evocó aquellos largos años que pasó en el desierto cuidando los rebaños de Jetro; la aparición del ángel en la zarza ardiente y la invitación que se le diera de librar a Israel. Volvió a recordar los grandes milagros que el poder de Dios había realizado en favor del pueblo escogido: las plagas en Egipto; el cruce del Mar Rojo; la columna de nube y de fuego que era el símbolo de la presencia divina; el agua que brotaba de la roca y el maná que descendía del cielo; las victorias que el Señor les había dado sobre sus enemigos y la morada tranquila y segura en medio del vasto desierto. Y al recordar la gloria y majestad de la presencia divina que se le había permitido contemplar, fue sobrecogido con el sentimiento de la bondad y el poder de Dios y su fidelidad en cumplir sus promesas a Israel cuando éste había sido fiel y obediente (***Signs of the Times*, 31 de marzo, 1881**).

Durante el peregrinar de los hijos de Israel en el desierto, Jesús, quien era igual al Padre, fue su dirigente y su guía. Oculto en la columna de nube durante el día y en la de fuego durante la noche, manifestaba su continua presencia con ellos. Juntamente con los sacrificios, esas manifestaciones eran símbolos de un Salvador que habría de venir; pero también eran la realidad de un Salvador presente que se comunicaba con Moisés para impartirles sus bendiciones.

Durante toda la dispensación judía, las revelaciones de Dios para ellos y la adoración de ellos a su Dios estaban conectadas con el Tabernáculo y posteriormente con el Templo. Sus sacrificios y su culto; las respuestas a sus preguntas manifestadas en el pectoral del sumo sacerdote; la presencia del Creador de los cielos y la tierra en medio de los querubines; el arca del pacto con las tablas de la Ley, todo ello les aseguraba la presencia divina y la seguridad de victoria en sus batallas. Lo sagrado de su presencia se manifestaba en la muerte de cualquiera que se aventurara a tocar irreverentemente o por curiosidad los símbolos de su presencia entre ellos.

A través de toda la historia sagrada se registra el trato de Dios con su pueblo y la presencia del gran YO SOY. En ningún otro momento de la historia se registraron manifestaciones más elocuentes de su poder y gloria. Era un cetro que el Rey invisible sostenía con manos no humanas, y que gobernaba de una manera grandiosa y extraordinaria (*Signs of the Times*, 3 de junio, 1886).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 3 17 de Octubre de 2009

Adoración y consagración

Sábado 10 de octubre

Dios quería hacer de su pueblo Israel una alabanza y una gloria. Se dio a ellos toda ventaja espiritual. Dios no les negó nada favorable a la formación del carácter que había de hacerlos sus representantes.

Su obediencia a la ley de Dios había de hacerlos maravillas de prosperidad delante de las naciones del mundo. El que podía darles sabiduría y habilidad en todo artificio, continuaría siendo su maestro, y los ennoblecería y elevaría mediante la obediencia a sus leyes. Si eran obedientes, habían de ser preservados de las enfermedades que afligían a otras naciones, y habían de ser bendecidos con vigor intelectual. La gloria de Dios, su majestad y poder, habían de revelarse en toda su prosperidad. Habían de ser un reino de sacerdotes y príncipes. Dios les proveyó toda clase de facilidades para que llegaran a ser la más grande nación de la tierra...

En una forma muy definida Cristo, mediante Moisés, les había presentado el propósito de Dios, y había aclarado las condiciones de su prosperidad.

Los hijos de Israel habían de ocupar todo el territorio que Dios les, había señalado. Habían de ser desposeídas las naciones que rechazaran el culto y el servicio al verdadero Dios. Pero el propósito de Dios era que por la revelación de su carácter mediante Israel, los hombres fueran atraídos a él. A todo el mundo se le dio la invitación del evangelio. Por medio de la enseñanza del sistema de sacrificios, Cristo había de ser levantado delante de las naciones, y habían de vivir todos, a los que lo miraran. Todos los que, como Rahab la cananea, y Rut la moabita, se volvieran de la idolatría al culto del verdadero Dios, habían de unirse con el pueblo escogido. A medida que aumentara el número de los israelitas, éstos habían de ensanchar sus fronteras. Hasta que su reino abarcara el mundo (***Palabras de vida del Gran Maestro, pp. 230-233***).

Domingo 11 de octubre: La consagración del altar

El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y de los sacrificios especiales por los pecados individuales. Además, había sacrificios para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas especiales.

Cada mañana y cada tarde, se ofrecía sobre el altar un cordero de un año, con las oblaciones apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo. Dios les indicó expresamente que toda ofrenda presentada para el servicio del Santuario debía ser sin defecto... Solo una ofrenda "sin defecto" podía simbolizar la perfecta pureza de Aquel que había de ofrecerse como "cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:19)...

Las horas designadas para el sacrificio matutino y vespertino se consideraban sagradas, y llegaron a observarse como momentos dedicados al culto por toda la nación judía... En esta costumbre, los cristianos tienen un ejemplo para su oración matutina y vespertina. Si bien Dios condena la mera ejecución de ceremonias que carezcan del espíritu de culto, mira con gran satisfacción a los que le aman y se postran de mañana y tarde, para pedir el perdón de los pecados cometidos y las bendiciones que necesitan (**La fe por la cual vivo**, p. 198).

No se permitía a los sacerdotes entrar en el Santuario con los pies calzados; porque las partículas de polvo adheridas al calzado habrían profanado el lugar santo. Debían dejar sus zapatos en el patio antes de entrar en el santuario, y también lavarse las manos y los pies antes de ministrar en el tabernáculo o ante el altar de los holocaustos. Así se enseñaba constantemente la lección de que toda contaminación debe ser puesta a un lado por aquellos que quieren allegarse a la presencia de Dios (**Obreros evangélicos**, pp. 182, 183).

En cada sacrificio estaba implícita una lección e impresa en cada ceremonia, solemnemente predicada por el sacerdote en su santo ministerio, e inculcada por Dios: que solo por medio de la sangre de Cristo hay perdón de los pecados. Nosotros ¡cuán poco sentimos en conjunto la fuerza de esta gran verdad! ¡Cuán raras veces, mediante una fe viviente y real, hacemos que penetre en nuestra vida esta gran verdad: que hay perdón para el pecado más pequeño, perdón para el pecado más grande! (**Comentario bíblico adventista**, tomo 7, p. 944).

Para muchos ha sido un misterio por qué se requerían tantas ofrendas de sacrificio en la dispensación antigua, por qué se llevaban tantas víctimas sangrantes al altar. Pero la gran verdad que se presentó al hombre para que imprimiera en su mente y en su corazón es ésta: "Sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Hebreos 9:22). Cada sacrificio sangriento representaba "al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29) (**La maravillosa gracia de Dios**, p. 155).

Lunes 12 de octubre: Comunión con Dios

En el Templo celestial, la morada de Dios, su trono está asentado en juicio y en justicia. En el Lugar Santísimo está su ley, la gran regla de justicia por la cual es probada toda la humanidad. El arca, que contiene las tablas de la ley, está cubierta con el propiciatorio, ante el cual Cristo ofrece su sangre a favor del pecador. Así se representa la unión de la justicia y de la misericordia en el plan de la redención humana. Solo la sabiduría infinita podía idear semejante unión, y solo el poder infinito podía realizarla; es una unión que llena todo el cielo de admiración y adoración. Los querubines del Santuario terrenal que miraban reverentemente hacia el propiciatorio, representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de redención. Es el misterio de misericordia que los ángeles desean contemplar, a saber: que Dios puede ser justo al mismo tiempo que justifica al pecador arrepentido y reanuda sus relaciones con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes del abismo de la perdición y revestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, a fin de unir las con ángeles que no cayeron jamás y permitirles vivir para siempre en la presencia de Dios (***El conflicto de los siglos*, pp. 467, 468**).

Cristo era su instructor. Como había estado con ellos en el desierto, seguiría siendo su maestro y guía. En el Tabernáculo y el Templo, su gloria moraba en la santa *shekina* sobre el propiciatorio. Él manifestaba constantemente en su favor las riquezas de su amor y paciencia (***Profetas y reyes*, p. 13**).

El arca de Dios era un cofre sagrado, confeccionado para contener los Diez Mandamientos, que eran una manifestación de Dios mismo. Se consideraba que esta arca era la gloria y la fortaleza de Israel. La señal de la presencia divina se manifestaba sobre ella de día y de noche. Los sacerdotes que servían delante de ella eran dedicados a su santo oficio mediante ritos sagrados. Usaban un pectoral adornado con piedras preciosas de diferentes materiales, los mismos que constituyen los doce fundamentos de la ciudad de Dios. Sobre el pectoral se encontraban los nombres de las doce tribus de Israel, grabados en piedras preciosas engarzadas con oro. Era una prenda muy rica y hermosa, suspendida de los hombros de los sacerdotes, y que les cubría el pecho (***La historia de la redención*, p. 187**).

Cristo ha provisto los medios por medio de los cuales podemos tener constante comunión con él durante toda nuestra vida, pero esa sensación de una continua presencia de Cristo solo se alcanza mediante una fe viviente. El yo debe quedar escondido con Cristo en Dios y debe existir una consagración personal a él. Entonces la gracia fluirá constantemente como una ofrenda de gratitud a Dios. Mediante esta unión Cristo se identifica con los seres humanos frente al universo celestial. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:12). Nuestros pecados son colocados sobre Cristo y su justicia nos es imputada; entonces somos hechos justicia de Dios en él. Por causa de su sacrificio expiatorio, nuestras oraciones se elevan hacia el Padre llevadas por la fragancia del carácter de Cristo y, unidos a él, somos aceptos en el Amado (***The Watchman*, 11 de junio, 1907**).

Martes 13 de octubre:

Luz en el Santuario

En el primer departamento, o Lugar Santo, estaban la mesa para el pan de la proposición, el candelero o la lámpara y el altar del incienso. La mesa del pan de la proposición estaba hacia el norte... Al sur, estaba el candelero de siete brazos, con sus siete lámparas. Sus brazos estaban decorados con flores exquisitamente labradas y parecidas a lirios; el conjunto estaba hecho de una pieza sólida de oro. Como no había ventanas en el tabernáculo, las lámparas nunca se extinguían todas al mismo tiempo, sino que ardían día y noche (***Patriarcas y profetas*, pp. 359, 360**).

Estos sagrados compartimientos no tenían ventanas que permitieran entrar la luz. El candelabro hecho de puro oro se mantenía encendido de noche y de día, y proporcionaba luz para ambos compartimientos. La luz de las lámparas del candelabro se reflejaba en las tablas recubiertas de oro que se hallaban a ambos lados del edificio, como asimismo sobre los muebles sagrados y sobre las cortinas de hermosos colores con querubines bordados con hilos de oro y plata, cuyo aspecto era tan glorioso que no se lo puede describir. No hay lengua capaz de expresar la sagrada hermosura, el encanto y la gloria que se veían en esos compartimientos (***La historia de la redención*, pp. 158, 159**).

La comunicación constante del Espíritu Santo a la iglesia es representada por el profeta Zacarías por otra figura, que contiene una admirable lección de ánimo para nosotros...

De las dos olivas el aceite áureo fluía a través de los tubos de oro a las vasijas de los candeleros y de allí a las lámparas de oro que alumbraban el Santuario. Así de los santos que están en la presencia de Dios, su Espíritu es impartido a los instrumentos humanos que están consagrados a su servicio. La misión de los dos ungidos es comunicar luz y poder al pueblo de Dios. Es con el propósito de recibir bendición para nosotros por lo que están en la presencia de Dios. Así como las olivas se vacían en los tubos de oro, los mensajeros celestiales tratan de comunicar todo aquello que reciben de Dios. Todo el tesoro celestial espera que lo pidamos y lo recibamos; y a medida que recibimos la bendición, a la vez hemos de impartirla. Así es como las santas lámparas son alimentadas, y la iglesia llega a ser portadora de luz en el mundo (***Testimonios para los ministros*, pp. 518, 519**).

Miércoles 14 de octubre:

Consagración de los levitas: Parte 1

Dios había honrado a los levitas para que prestaran servicio en el Tabernáculo porque no tuvieron parte en hacer y adorar el becerro de oro y debido a su fidelidad en ejecutar la orden de Dios sobre los idólatras. También se les asignó a los levitas el oficio de erigir el Tabernáculo y de acampar alrededor de él, mientras que las huestes de Israel armaban sus tiendas a una distancia del mismo. Y cuando viajaban, los levitas desarmaban el Tabernáculo y lo transportaban junto con el arca y todos los artículos sagrados del mobiliario (***Testimonios para la iglesia*, tomo 3, p. 379**).

Dios espera de los que llevan el nombre de Cristo, que lo representen. Sus pensamientos han de ser puros, sus palabras nobles y elevadoras. La religión de Cristo se ha de entretejer con todo lo que hagan y digan. Han de ser un pueblo santificado, purificado, santo, que comunique la luz a todos aquellos con quienes lleguen a tratar. Es propósito de Dios, que ejemplificando la verdad en sus vidas, sean una alabanza en la tierra. La gracia de Cristo basta para producir esto. Pero recuerde el pueblo de Dios, que únicamente en la medida en que crea y ponga por obra los principios del evangelio, podrá cumplir su propósito. Únicamente en la medida en que entregue al servicio de Dios las capacidades que él le ha dado, gozará de la plenitud y del poder de la promesa en la cual la iglesia ha sido invitada a confiar.

Antes que Cristo entrase en su conflicto final con las potestades de las tinieblas, levantó los ojos al cielo y oró por sus discípulos. Dijo: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:15-17).

Los seguidores de Cristo han de estar separados del mundo en sus principios e intereses; pero no deben aislarse del mundo. El Salvador trataba constantemente con los hombres, no para alentarlos en cosa alguna que no estuviese de acuerdo con la voluntad de Dios, sino para elevarlos y ennoblecerlos. "Me santifico —declaró— para que también ellos sean santificados" (Juan 17:19). Así también el cristiano ha de morar entre los hombres, a fin de que el sabor del amor divino pueda ser como la sal para preservar el mundo de la corrupción...

Lo que mucho necesitamos es el poder de una vida más elevada, más pura y más noble. El mundo está observando para ver qué frutos llevan los que profesan ser cristianos. Tiene derecho a esperar abnegación y sacrificio de los que creen en la verdad avanzada. Está observando, listo para criticar aguda y severamente nuestras palabras y acciones. Cada persona que desempeñe una parte en la obra de Dios, es pesada en las balanzas del discernimiento humano. En la mente de todos aquellos con quienes debemos tratar, se están haciendo constantemente impresiones favorables o no de la religión de la Biblia.

Y Dios y los ángeles están observando. El desea que sus hijos demuestren por su vida la ventaja que sobre la mundanalidad tiene el cristianismo; que demuestren que están trabajando en un plano elevado y santo. El anhela verlos manifestar que la verdad recibida los ha hecho hijos del Rey celestial. Anhela hacerlos conductos por los cuales pueda derramar su ilimitado amor y misericordia.

Cristo está aguardando con deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo se reproduzca perfectamente en su pueblo, entonces vendrá a buscar a los suyos. Es un privilegio de todo cristiano, no solamente esperar la venida de nuestro Señor, sino también apresurarla. Si todos los que profesan su nombre estuviesen llevando frutos para su gloria, ¡cuán prestamente se sembrarían en todo el mundo las semillas del evangelio! ¡Con cuánta presteza maduraría la última gran mies, y vendría Cristo! (***Consejos para los maestros, padres y alumnos*, pp. 306-308**).

Jueves 15 de octubre:
Consagración de los levitas: Parte 2

El creer en la próxima venida del Hijo del hombre en las nubes de los cielos no inducirá a los verdaderos cristianos a ser descuidados y negligentes en los asuntos comunes de la vida. Los que aguardan la pronta aparición de Cristo no estarán ociosos. Por lo contrario, serán diligentes en sus asuntos. No trabajarán con negligencia y falta de honradez sino con fidelidad, presteza y esmero. Los que se lisonjean de que el descuido y la negligencia en las cosas de esta vida son evidencia de su espiritualidad y de su separación del mundo incurren en un gran error. Su veracidad, fidelidad e integridad se prueban mediante las cosas temporales. Si son fieles en lo poco, lo serán en lo mucho.

Se me mostró que es en esto donde muchos no soportan la prueba. Desarrollan su verdadero carácter en el manejo de las preocupaciones temporales. Son infieles, maquinadores y deshonestos en su trato con sus semejantes. No consideran que su derecho a la vida futura e inmortal dependa de cómo se conducen en los asuntos de la presente, y que la más estricta integridad es indispensable para la formación de un carácter justo. En todas nuestras filas se práctica la falta de honradez; y ésta es la causa de la tibieza que notamos en muchos de los que profesan creer la verdad. Estos no están relacionados con Cristo y están engañando sus propias almas. Me duele declarar que hay una alarmante falta de honradez aun entre los observadores del sábado (**Joyas de los testimonios, tomo 1, pp. 509, 510**).

El tiempo presente es un momento de solemne privilegio y sagrada confianza. Si los siervos de Dios cumplen fielmente el cometido a ellos confiado, grande será su recompensa cuando el Maestro diga: "Da cuenta de tu mayordomía". La ferviente labor, el trabajo abnegado, el esfuerzo paciente y perseverante, serán recompensados abundantemente. Jesús dirá: Ya no os llamo siervos, sino amigos. El Maestro no concede su aprobación por la magnitud de la obra hecha, sino por la fidelidad manifestada en todo lo que se ha hecho. No son los resultados que alcanzamos, sino los motivos por los cuales obramos, lo que más importa a Dios. El aprecia sobre todo la bondad y la fidelidad (**Obreros evangélicos, p. 282**).

Todos los que se mantienen intrépidamente en el frente de batalla deben sentir la lucha especial de Satanás en contra de ellos. Cuando se dan cuenta de sus ataques, escapan a la Fortaleza. Sienten la necesidad del vigor especial que viene de Dios, y trabajan con su fuerza; por consiguiente las victorias que ganan no los exaltan a ellos, sino que los llevan en fe a apoyarse con más seguridad en el Poderoso. En sus corazones despierta una profunda y ferviente gratitud a Dios, y están gozosos en la tribulación que experimentan mientras se sienten acosados por el enemigo. Estos siervos bien dispuestos están logrando una experiencia y formando un carácter que honrará la causa de Dios (**Testimonios para la iglesia, tomo 2, pp. 452, 453**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 4 24 de Octubre de 2009

Trompetas, sangre, nube y fuego

Sábado 17 de octubre

Cristo era el dirigente de los hijos de Israel en sus peregrinaciones por el desierto. Él los dirigió y guió rodeados por la columna de nube de día y la columna de fuego de noche. Los preservó de los peligros del desierto los llevó a la tierra prometida, y a la vista de todas las naciones que no reconocían a Dios, estableció a Israel como su posesión escogida, la viña del Señor (***Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 230**).

Cuando la compasión humana se mezcla con el amor y la benevolencia, y el espíritu de Jesús la santifica, es un elemento que puede producir mucha bien- Los que cultivan la benevolencia no solo están haciendo una buena obra para otros, y bendiciendo a los que reciben su buena acción, sino que también se están beneficiando a sí mismos, al abrir sus corazones a la benigna influencia de la verdadera benevolencia. Cada rayo de luz que brilla sobre otros, será reflejado sobre nuestros propios corazones. Cada palabra bondadosa y llena de compasión que se dirija a los dolientes, cada acción que tienda a producir alivio a los oprimidos, y cada don que supla las necesidades de nuestros prójimos, dado y realizado para la gloria de Dios, resultará en bendiciones para el dador. Los que trabajan de esta manera están obedeciendo una ley del cielo, y recibirán la aprobación de Dios. El placer que se siente al hacer bien a otros, imparte un resplandor a los sentimientos que se irradia por los nervios, estimula la circulación de la sangre e induce salud mental y física (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 60**).

Domingo 18 de octubre: **En memoria de mí**

La Pascua recordaba la liberación de los hijos de Israel en el pasado, pero también señalaba a Cristo, el Cordero de Dios, que sería sacrificado para redimir al ser humano caído. La sangre esparcida sobre el dintel de las puertas prefiguraba la sangre expiatoria.

ría de Cristo y la continua dependencia del pecador en esa sangre que le aseguraba la victoria sobre el poder satánico y finalmente le brindaba la redención. Cristo comió la Pascua con sus discípulos antes de su crucifixión y en esa misma ocasión instituyó la Cena del Señor para ser observada en memoria de su muerte. Hasta entonces, la Pascua se celebraba para conmemorar la liberación de los hijos de Israel de la esclavitud en Egipto; desde entonces, se habría de celebrar para recordar los eventos de su crucifixión...

Nuestro Salvador instituyó la Santa Cena para que a menudo la celebremos, a fin de mantener frescas en nuestra memoria las solemnes escenas de su traición y crucifixión, y para recordar nuestra continua dependencia en su sangre para nuestra salvación. El pan sería el símbolo de su cuerpo quebrantado por la salvación del mundo, y el vino, símbolo de su sangre que limpia los pecados de todos aquellos que se acercan a él buscando su perdón y lo reciben como su Salvador.

La salvación de los seres humanos depende de una aplicación continua en sus corazones de la sangre purificadora de Cristo. Por lo tanto, la Cena del Señor debería ser celebrada con más frecuencia que la Pascua anual. Este solemne rito conmemora un acontecimiento mucho mayor que la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Esa liberación prefiguraba la gran expiación que Cristo hizo con el sacrificio de su propia vida para la liberación final de su pueblo (***Signs of the Times*, 25 de marzo, 1880**).

Aunque la institución de la Pascua apuntaba hacia el pasado, a la liberación milagrosa de los hebreos, también apuntaba hacia el futuro, mostrando la muerte del Hijo de Dios antes que sucediera. Durante la última Pascua que el Señor celebró con sus discípulos, instituyó la Cena del Señor en lugar de la Pascua, para que se observara como recordativo de su muerte. Ya no tendrían más necesidad de la Pascua, porque él, el gran Cordero representado, estaba listo para ser sacrificado por los pecados del mundo. En la muerte de Cristo la figura se encontró con la realidad (***Exaltad a Jesús*, p. 25**).

Las instrucciones que Moisés dio acerca de la Pascua rebosan de significado, y se aplican a los padres y a los hijos en esta época del mundo...

El padre debía actuar como sacerdote de la familia y si él había fallecido, el hijo mayor entre los que vivían debía cumplir el acto solemne de rociar con sangre el dintel de la puerta. Es un símbolo de la obra que debe hacerse en cada familia. Los padres han de reunir a sus hijos en el hogar y presentarles a Cristo como su Pascua. El padre debe dedicar cada miembro de la familia a Dios y hacer una obra representada por la cena pascual. Es peligroso dejar este solemne deber en manos ajenas.

Resuelvan los padres cristianos que serán leales a Dios, y reúnan a sus hijos en derredor suyo en el hogar, para rociar el dintel con sangre que representa a Cristo como el único que puede proteger y salvar, para que el ángel destructor pase por alto el amado círculo de la familia. Vea el mundo que obra en el hogar una influencia más que humana. Mantengan los padres una relación vital con Dios, declárense de parte de Cristo y demuestren por la gracia de él cuánto bien puede lograr la actuación paterna (***El hogar cristiano*, pp. 292, 293**).

Lunes 19 de octubre: El principio guiador

Durante todo el peregrinaje de Israel, Cristo, desde la columna de nube y fuego, fue su guía. Mientras tenían símbolos que señalaban al Salvador que vendría, también tenían un Salvador presente, que daba mandamientos al pueblo por medio de Moisés y que les fue presentado como el único medio de bendición (***Patriarcas y profetas*, p. 321**).

"Y partidos de Succoth, asentaron campo en Etham, a la entrada del desierto. Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego para alumbrarles; a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se partió de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego" (Éxodo 13:20-22). El salmista dice: "Extendió una nube por cubierta, y fuego para alumbrar la noche" (Salmo 105:39; véase también 1 Corintios 10:1, 2). El estandarte de su invisible caudillo estaba siempre con ellos. Durante el día la nube dirigía su camino, o se extendía como un dosel sobre la hueste. Servía de protección contra el calcinante sol, y con su sombra y humedad daba grata frescura en el abrasado y sediento desierto. A la noche se convertía en una columna de fuego, que iluminaba el campamento, y les aseguraba constantemente que la divina presencia estaba con ellos.

En uno de los pasajes más hermosos y consoladores de la profecía de Isaías, se hace referencia a la columna de nube y de fuego para indicar cómo custodiará Dios a su pueblo en la gran lucha final con los poderes del mal: "Y criará Jehová sobre toda la morada del monte de Sión, y sobre los lugares de sus convocaciones, nube y obscuridad de día, y de noche resplandor de fuego que eche llamas: porque sobre toda gloria habrá cobertura. Y habrá sombrero para sombra contra el calor del día, para acogida y escondedero contra el turbión y contra el aguacero" (Isaías 45, 6) (***Patriarcas y profetas*, pp. 287, 288**).

Cristo promete: "El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan 8:12). Si se sigue la voluntad divina, el camino resulta claro. No hay lugar para dudas e incertidumbre, ni para andar a tientas buscando el camino. Jesús no nos deja solos en frente de bifurcaciones confusas o pasos peligrosos. Si seguimos sus pisadas, nos lleva con seguridad hacia adelante. Aquel que dirigió al antiguo Israel desde la columna de nube y de fuego dirigirá a su pueblo en este importante período de la historia del mundo. El camino no es incierto; está claramente marcado y ordenado por el Señor.

Dios tiene abundancia de luz y gracia para derramarlas sobre los que le temen, especialmente en estos últimos días en que las trampas satánicas son tan abundantes, corruptas y engañosas. A los que caminan en la verdad, el Dios de verdad les dará gracia de acuerdo a sus necesidades. A los contritos de corazón y obedientes les llenará sus corazones de paz, ánimo y confianza. Pero como la justicia y el juicio son el asiento de su trono, los rebeldes y desobedientes no escaparán a la visitación de su justa ira (***Signs of the Times*, 6 de marzo, 1884**).

Martes 20 de octubre:

Señales de plata

Se me hizo volver la mirada a los hijos de Israel. Muy pronto después que dejaron Egipto fueron organizados y disciplinados cabalmente. En su providencia especial, Dios había calificado a Moisés para que se pusiera a la cabeza de los ejércitos de Israel. Había sido un poderoso guerrero en su conducción de los ejércitos egipcios, y en su liderazgo ningún hombre lo sobrepasaba. El Señor no dejó que su santo Tabernáculo fuera llevado indiscriminadamente por cualquier tribu que quisiera hacerlo. Fue sumamente cuidadoso, al punto de especificar el orden que quería que se observara en el transporte del arca sagrada, y designar una familia especial de entre los levitas para llevarla. Cuando convenía para bien del pueblo y para la gloria de Dios que levantaran sus tiendas en cierto lugar, Dios les revelaba su voluntad haciendo que el pilar de nube descansara directamente sobre el Tabernáculo, donde permanecía hasta que él decidiera que debían continuar la marcha. En todas sus jornadas se requería de ellos que observaran perfecto orden. Cada tribu llevaba un estandarte con el signo de la casa de su padre sobre él, y se requería que cada tribu acampara bajo su propio estandarte. Cuando el arca se movía, los ejércitos avanzaban y las diferentes tribus marchaban en orden bajo sus propios estandartes. El Señor designó a los levitas como la tribu en cuyo medio se debía transportar el arca sagrada. Moisés y Aarón marchaban justo al frente del arca, y los hijos de Aarón los seguían de cerca, cada uno de ellos llevando una trompeta. Debían recibir las instrucciones de Moisés, y comunicarlas al pueblo por medio de las trompetas. Esos instrumentos producían sonidos especiales que el pueblo comprendía, moviéndose entonces en la forma correspondiente.

Los trompeteros daban primero una señal para llamar la atención de la gente; luego, todos debían estar atentos y obedecer el sonido claro de las trompetas. No había confusión de sonido en las voces de las trompetas; por lo tanto, no había excusa para la confusión en los movimientos. El jefe de cada compañía daba instrucciones definidas con respecto a los movimientos que debían ejecutar, y ninguno que pusiera atención era dejado en la ignorancia con respecto a lo que debía hacer. Si alguien no cumplía con los requerimientos que el Señor le daba a Moisés, y que éste comunicaba al pueblo, era castigado con la muerte. No le servía de nada la excusa de que no sabía la naturaleza de esos requerimientos, porque con ella solo probaba su ignorancia voluntaria; recibía así el justo castigo de su transgresión. Si no sabían la voluntad de Dios concerniente a ellos, era su propia culpa. Habían tenido las mismas oportunidades de obtener el conocimiento impartido que el resto del pueblo había tenido. Por eso, su pecado de no saber, de no comprender, era tan grande a la vista de Dios como si hubieran escuchado y luego transgredido (**Testimonios para la iglesia, tomo 1, pp. 563, 564**).

En todo el peregrinaje de Israel, "el arca de la alianza de Jehová fue delante de ellos... buscándoles lugar de descanso" (Números 10:33). Llevada por los hijos de Coat, el arca sagrada que contenía la santa ley de Dios había de encabezar la vanguardia. Delante de ella iban Moisés y Aarón; y los sacerdotes, llevando trompetas de plata, se estacionaban cerca. Estos sacerdotes recibían instrucciones de Moisés, y a su vez las comunicaban al pueblo por medio de sus trompetas. Los jefes de cada compañía tenían obligación de dar instrucciones definitivas con respecto a todos los movimientos que habían de hacerse, tal como se los indicaban las trompetas. Al que dejaba de cumplir con las instrucciones dadas, se le castigaba con la muerte.

Dios es un Dios de orden. Todo lo que se relaciona con el cielo está en orden perfecto; la sumisión y una disciplina cabal distinguen los movimientos de la hueste angélica. El éxito solo puede acompañar al orden y a la acción armónica. Dios exige orden y sistema en su obra en nuestros días tanto como los exigía en los días de Israel. Todos los que trabajan para él han de actuar con inteligencia, no en forma negligente o al azar. El quiere que su obra se haga con fe y exactitud, para que pueda poner sobre ella el sello de su aprobación (***Patriarcas y profetas*, p. 393**).

Miércoles 21 de octubre: "Nos serás en lugar de ojos"

El registro de la historia sagrada declara que Dios es un Dios de justicia, estricto con la iniquidad y dispuesto a castigar al pecador. Pero también lo muestra como un Dios de compasión y abundante misericordia. Sus juicios caen sobre los transgresores de su ley y los enemigos de su pueblo, a la vez que protege a quienes respetan sus estatutos y muestran bondad hacia sus escogidos.

Cuando él ordenó destruir a los amalecitas, también declaró que los ceneos, que vivían entre ellos, no fueran destruidos, pues habían manifestado misericordia hacia Israel en el tiempo de su peregrinación. Jetro, el suegro de Moisés, quien era un príncipe entre los ceneos, se había unido a los israelitas poco después que éstos habían salido de Egipto, y su presencia y consejo fue de gran valor para los hebreos. Posteriormente Moisés invitó a Hobab, hijo de Jetro, a acompañarlos en su peregrinación por el desierto, diciéndole: "Nosotros partimos para el lugar del cual Jehová ha dicho: Yo os lo daré. Ven con nosotros y te haremos bien; porque Jehová ha prometido el bien a Israel" (Números 10:29).

Hobab declinó la invitación porque prefería vivir en su propia tierra junto a su pueblo. Pero Moisés sabía que su cuñado conocía muy bien la región por la cual tendrían que pasar, y le insistió que los acompañara. "Te ruego que no nos dejes –le dije– porque tú conoces los lugares donde hemos de acampar en el desierto, y nos serás en lugar de ojos. Y si vienes con nosotros, cuando tengamos el bien que Jehová nos ha de hacer, nosotros te haremos bien" (Números 10:31, 32). Hobab estuvo de acuerdo; pero cuando el peregrinaje terminó, él y su gente se fueron hacia el sur, al desierto de Judá al borde de Canaán, donde podrían gozar del aire en libertad.

La promesa hecha por Moisés a los ceneos, de considerarlos sus amigos y protegerlos, había sido hecha bajo la dirección divina. Por eso, cuando se le ordenó a Saúl que destruyera a los amalecitas, también se le ordenó que protegiera a los ceneos. Aunque Jetro y su familia habían sido adoradores del Dios verdadero y en general los ceneos reconocían al Dios viviente como el gobernante de la Tierra y mantenían una relación amigable con Israel, su religión se había corrompido por la idolatría. Cuando la degradación y el paganismo se transformaron en una trampa para los hebreos, finalmente fueron visitados por los juicios divinos (***Signs of the Times*, 24 de agosto, 1882**).

¡Qué maravillosa reverencia hacia la vida humana expresó Jesús en la misión de su vida! No anduvo entre la gente como un rey, exigiendo atención, reverencia y servicio, sino como uno que anhelaba servir y elevar a la humanidad. Dijo que no había venido

para ser servido, sino para servir... Dondequiera que Cristo veía a un ser humano, veía a uno que necesitaba simpatía humana. Muchos de nosotros estamos dispuestos a servir a ciertas personas en particular –a aquellos que honramos– pero pasamos por alto, como indignas de ser notadas, a esas mismas personas a quienes Cristo quisiera bendecir por medio de nosotros, si no fuéramos tan fríos de corazón (**Nuestra elevada vocación, p. 178**).

Jueves 22 de octubre:

¿Rumbo al hogar?

En todos los viajes debía ir a la cabeza del pueblo el arca que contenía la ley de Dios. El lugar para acampar lo señalaba el descenso de la columna de nube. Mientras ésta descansaba sobre el Tabernáculo, permanecían en el lugar. Cuando se levantaba, reanudaban la marcha. Tanto cuando hacían alto como cuando partían, se hacía una solemne invocación. "Cuando el arca se movía, Moisés decía: Levántate, oh Jehová, y sean dispersados tus enemigos... Y cuando ella se detenía, decía: Vuelve, oh Jehová, a los millares de millares de Israel" (Números 10:35,36) (**La educación, pp. 38,39**).

Con su presencia, el Señor mostró que aceptaba la construcción del Tabernáculo como su morada. Desde entonces, cada vez que los hijos de Israel acampaban, la columna de nube durante el día y la de fuego durante la noche les aseguraba su presencia. Si la nube ascendía, sabían que debían continuar su marcha; si se detenía, podían descansar de su peregrinaje. El pueblo aceptó con gratitud y reverencia esta manifestación de su gloria. No hubo demostraciones ruidosas de gozo sino lágrimas de agradecimiento y suaves palabras de gratitud a Dios por haber aceptado su trabajo y haber condescendido a morar entre ellos. El Señor dirigió a los israelitas en todo su viaje por el desierto. Si era para el bien de ellos y para su gloria que se detuvieran y moraran en cierto lugar, la columna de nube se detenía sobre el Tabernáculo; si ascendía, sabían que debían comenzar su marcha otra vez. Todo se hacía en perfecto orden, cada tribu marchando bajo el estandarte de la casa de su padre o estableciendo sus tiendas bajo la misma bandera, alrededor del Tabernáculo y a cierta distancia de él.

Durante sus viajes llevaban el arca del pacto delante de ellos. "Y la nube de Jehová iba sobre ellos de día, desde que salieron del campamento. Cuando el arca se movía, Moisés decía: Levántate, oh Jehová, y sean dispersados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen. Y cuando ella se detenía, decía: Vuelve, oh Jehová, a los millares de millares de Israel" (Números 10:34-36) (**Signs of the Times, 24 de junio, 1880**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 5
31 de Octubre de 2009

De las quejas a la apostasía

Sábado 24 de octubre

Si se hubiera dado a los israelitas el régimen alimentario al cual estaban acostumbrados en Egipto, habrían manifestado el mismo espíritu rebelde que vemos en el mundo en la actualidad. En el régimen alimentario de los seres humanos de esta época hay muchas cosas que el Señor no habría permitido que comieran los hijos de Israel. La familia humana de la actualidad es una ilustración de lo que hubieran sido los hijos de Israel si Dios les hubiese permitido comer los alimentos de los egipcios, y seguir sus hábitos y costumbres.

La historia de la vida de Israel en el desierto fue registrada en beneficio del Israel de Dios hasta la consumación de los siglos.

El relato de la forma como trató Dios a los peregrinos mientras iban de un lugar a otro, mientras pasaban hambre, sufrían sed y cansancio, y en las sorprendentes manifestaciones de su poder para auxiliarlos, está lleno de amonestaciones para su pueblo de la actualidad. Los diversos incidentes por los que pasaron los hebreos constituyeron una escuela donde se prepararon para actuar en su prometido hogar de Canaán. Dios quiere que su pueblo repase ahora, con corazón humilde y espíritu abierto, las pruebas por las cuales pasó el antiguo Israel, a fin de que pueda recibir instrucción y prepararse para la Canaán celestial (***Cada día con Dios*, p. 77**).

Domingo 25 de octubre: El pecado de la ingratitud

El estado mental tiene mucho que ver con la salud del cuerpo y especialmente con la salud de los órganos digestivos. Por regla general, el Señor no proporcionó a su pueblo alimentación de carne en el desierto porque sabía que ese régimen crearía enfermedad e insubordinación. A fin de modificar el carácter y colocar en ejercicio activo las facultades más elevadas de la mente, les quitó la carne de animales muertos. Les dio alimento de ángeles, maná del cielo (***Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1126**).

Al señalar el alimento para el hombre en el Edén, el Señor demostró cuál era el mejor régimen alimenticio; en la elección que hizo para Israel enseñó la misma lección. Sacó a los israelitas de Egipto, y emprendió la tarea de educarlos para que fueran su pueblo. Por medio de ellos deseaba bendecir y enseñar al mundo. Les suministró el alimento más adecuado para este propósito, no la carne, sino el maná, "el pan del cielo". Pero a causa de su descontento y de sus murmuraciones acerca de las ollas de carne de Egipto les fue concedido alimento animal, y esto únicamente por poco tiempo. Su consumo trajo enfermedades y muerte para miles. Sin embargo, nunca aceptaron de buen grado la restricción de tener que alimentarse sin carne. Esto siguió siendo causa de descontento y murmuración, en público y en privado, de modo que nunca revistió carácter permanente (***El ministerio de curación, p. 240***).

"Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande" (Números 11:16-33).

En este caso el Señor dio al pueblo lo que no era para su mayor bien, porque éste lo quería tener. Ellos no quisieron resignarse a recibir del Señor las cosas que resultarían para su bien. Se habían entregado a una murmuración sediciosa contra Moisés, y contra el Señor, porque no habían aceptado el conocimiento de las cosas que los perjudicarían. Su apetito depravado los dominó, y Dios les dio carne, como deseaban, y permitió que sufrieran los resultados producidos por la gratificación de su apetito sensual. Fiebres ardientes destruyeron a un gran número del pueblo. Los que habían sido más culpables en sus murmuraciones murieron tan pronto como probaron la carne que habían codiciado. Si hubieran aceptado que el Señor les eligiera los alimentos y si hubieran estado agradecidos y satisfechos por los alimentos que podían comer en abundancia y sin perjuicio, no habrían perdido el favor de Dios, ni habrían sido castigados por su murmuración rebelde cuando gran número de ellos pereció (***Consejos sobre el régimen alimenticio, p. 450***).

Las murmuraciones del antiguo Israel y su descontento rebelde, como también los grandes milagros realizados en su favor, y el castigo de su idolatría e ingratitud, fueron registrados para nuestro beneficio. El ejemplo del antiguo Israel es dado como advertencia para el pueblo de Dios, a fin de que evite la incredulidad y escape a su isa. Si las iniquidades de los hebreos hubiesen sido omitidas del relato sagrado, y se hubiesen relatado solamente sus virtudes, su historia no nos habría enseñado la lección que nos enseña (***Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 438***).

Lunes 26 de octubre: Presión sobre los líderes

Moisés mismo estaba muy cerca de desconfiar del Señor. A pesar de estar en perfecto estado físico y poseer gran vigor intelectual, sus pesadas responsabilidades y las constantes y malvadas murmuraciones de la gente, lo hacían sentir que su carga le resultaba insoportable. Quizás ahora se preguntaba si no hubiera sido mejor aceptar la oferta divina de eliminar a ese pueblo y hacer de él una gran nación. Le entristecía grandemente que todas las quejas cayeran sobre él, como si él fuera el culpable de todas las privaciones que soportaban. ¡Y ese era el mismo pueblo por el cual había orado pidiendo-

do que en lugar de que fuera destruido, su nombre fuera borrado del libro de la vida! Así le pagaban por su acto de abnegación. En su aflicción se dirigió al Único que podía ayudarlo en ese momento de prueba. Pero su oración estuvo saturada de quejas: "Y dijo Moisés a Jehová: ¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal".

Esta oración no parece provenir del mismo Moisés que había visto tantas manifestaciones del poder de Dios; pero el peso de la carga que soportaba lo hacía tambalear. Por otra parte, sabía que la ira de Dios podía caer en cualquier momento sobre esta gente perversa, y prefería morir antes que ver la destrucción de Israel y la consiguiente alegría de sus enemigos.

El Señor escuchó la oración de su siervo y la respondió de manera directa y positiva, ordenándole: "Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del Tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo (Números 11:16, 17). El Señor permitió que Moisés seleccionara a quienes él sabía que serían sus mejores ayudantes. Habían mostrado ser fieles en su tarea de dirigir a sus respectivas familias, y ahora serían llamados a asumir responsabilidades mayores. Tendrían autoridad para resolver los problemas que producían violencia entre el pueblo y para extinguir cualquier intento de insurrección que se levantara.

Sin embargo, si Moisés hubiese mantenido su confianza plena en la dirección divina sabiendo que por su bondad y misericordia el Señor siempre lo fortalecería, estos hombres no hubieran sido elegidos. Su mayor autoridad trajo, posteriormente, mayores problemas. Si él hubiese confiado totalmente en el Señor, él lo hubiera guardado constantemente y lo hubiese fortalecido en cada emergencia. Moisés no tenía excusa al murmurar contra Dios como lo hacía el pueblo, ni de magnificar sus cargas y responsabilidades, puesto que el Señor era quien realizaba la obra y él era solo su instrumento. ¡Cuán pobre y débil es la naturaleza humana! ¡Cuán poco se puede confiar en ella! (*Signs of the Times*, 12 de agosto, 1880).

Martes 27 de octubre:

Malicia familiar

Ni María ni Aarón fueron consultados en el nombramiento de los setenta ancianos, y esto despertó sus celos contra Moisés...

Cediendo al espíritu de desafecto, María halló motivo de queja en cosas que Dios había sobreseído especialmente. El matrimonio de Moisés la había disgustado. El hecho de que había elegido esposa en otra nación, en vez de tomarla de entre los hebreos,

ofendía a su familia y al orgullo nacional. Se la trataba a Séfora con un menosprecio mal disimulado.

Aunque se la llama "mujer cusita" (V.M.) o "etíope", la esposa de Moisés era de origen madianita, y por lo tanto, descendiente de Abraham. En su aspecto personal difería de los hebreos en que era un tanto más morena. Aunque no era israelita, Séfora adoraba al Dios verdadero. Era de un temperamento tímido y retraído, tierno y afectuoso, y se afligía mucho en presencia de los sufrimientos. Por ese motivo cuando Moisés fue a Egipto, consintió él en que ella regresara a Madián. Quería evitarle la pena que le significaría presenciar los juicios que iban a caer sobre los egipcios.

Cuando Séfora se reunió con su marido en el desierto, vio que las cargas que llevaba estaban agotando sus fuerzas, y comunicó sus temores a Jetro, quien sugirió que se tomaran medidas para aliviarle. Esta era la razón principal de la antipatía de María hacia Séfora. Herida por el supuesto desdén infligido a ella y a Aarón, y considerando a la esposa de Moisés como causante de la situación, concluyó que la influencia de ella le había impedido a Moisés que los consultara como lo había hecho antes...

Dios había escogido a Moisés y le había investido de su Espíritu; y por su murmuración María y Aarón se habían hecho culpables de deslealtad, no solo hacia el que fuera designado como su jefe sino también hacia Dios mismo... Entonces el furor de Jehová se encendió en ellos. La nube desapareció del tabernáculo como señal del desagrado de Dios, y María fue castigada. Quedó "leprosa como la nieve"... Entonces, humillado hasta el polvo el orgullo de ambos, Aarón confesó el pecado que habían cometido e imploró al Señor que no dejara perecer a su hermana por aquel azote repugnante y fatal. En respuesta a las oraciones de Moisés, se limpió la lepra de María...

Esta manifestación del desagrado del Señor tenía por objeto advertir a todo Israel que pusiera coto al creciente espíritu de descontento y de insubordinación. Si el descontento y la envidia de María no hubiesen recibido una señalada reprensión, habrían resultado en grandes males. La envidia es una de las peores características satánicas que puedan existir en el corazón humano, y es una de las más funestas en sus consecuencias (***Patriarcas y profetas*, pp. 401-405**).

Miércoles 28 de octubre: En las fronteras

El Señor dio orden a Moisés de enviar algunos hombres para que exploraran la tierra de Canaán, prometida a los hijos de Israel. A tal efecto, se seleccionó un representante de cada una de las doce tribus. Al cabo de cuarenta días de su partida regresaron de la exploración y acudieron a Moisés y Aarón, que habían congregado a todo el pueblo de Israel, y les mostraron los frutos de la tierra. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena tierra y exhibieron los ricos frutos que habían traído como prueba. Un racimo de uvas era tan grande que se necesitaban dos hombres para agarrarlo colgado de una vara. También trajeron higos y granadas diciendo que crecían en abundancia. Después de haber hablado de la fertilidad de la tierra, todos excepto dos dijeron palabras desalentadoras al respecto de su capacidad de conquistarla. Dijeron que las gentes que habitaban el país eran muy fuertes y las ciudades estaban rodeadas de murallas muy

gruesas y altas. Aún más, habían visto a los hijos del gigante Anac. Luego explicaron cómo vivía la gente en Canaán y expresaron sus temores de que sería imposible que llegaran a conquistar esa tierra.

Cuando los israelitas hubieron escuchado este informe expresaron su decepción con amargos reproches y llantos. No se detuvieron a reflexionar y a pensar que el Dios que los había traído tan lejos también les daría esa tierra. Dejaron a Dios de lado. Actuaron como si para tomar la ciudad de Jericó, la llave de toda la tierra de Canaán, dependieran únicamente del poder de las armas. Dios había declarado que les daría el país y ellos deberían haber confiado plenamente que cumpliría su palabra. Pero sus corazones rebeldes no estaban en armonía con los planes de Dios; no reflejaban cuán maravillosamente había intervenido en su favor, sacándolos de la esclavitud de Egipto, abriendo paso a través de las aguas del mar y destruyendo el ejército de Faraón cuando los perseguía. Su falta de fe limitaba la obra de Dios y desconfiaban de la mano que los había guiado sanos y salvos hasta ese momento. En esa ocasión repitieron el mismo y antiguo error: murmuraron contra Moisés y Aarón. "Este es, por tanto, el fin de nuestras grandes esperanzas", dijeron: "Ésta es la tierra por cuya posesión hemos viajado desde Egipto". Culparon a sus dirigentes por haber traído la tribulación a Israel y, una vez más, les imputaron el cargo de haber engañado al pueblo y haberlo llevado a la perdición (**Testimonios para la iglesia, tomo 4, pp. 149, 150**).

Esos hombres emprendieron un camino equivocado, dispusieron sus corazones contra Dios, contra Moisés y Aarón y contra Caleb y Josué. Cada paso que daban en la dirección equivocada los hacía más firmes en la decisión de desalentar al pueblo de cualquier intento de poseer la tierra de Canaán. Distorsionaron la verdad para llevar a cabo sus mortíferos propósitos. Dijeron que el clima era insalubre y que la gente tenía la estatura de gigantes. Dijeron: "También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecimos a ellos (Números 13:33).

Este informe no solo era perverso, sino engañoso. Era contradictorio porque, si el país era insalubre y había tragado a sus habitantes, ¿cómo era posible que hubieran alcanzado proporciones tan imponentes? Cuando el corazón de los hombres que ocupan posiciones de responsabilidad es vencido por la falta de fe ya no hay límites para su progreso en las malas acciones. Pocos son los que se dan cuenta, al iniciar este peligroso viaje, hasta qué punto los guiará Satanás (**Testimonios para la iglesia, tomo 4, pp. 150, 151**).

Jueves 29 de octubre: De regreso a Egipto

La historia del informe de los doce espías tiene una aplicación para nuestro pueblo. Las escenas de lamento cobarde y resistencia a actuar cuando hay que afrontar riesgos se repiten en nuestros días. Se manifiesta la misma reticencia a prestar la atención debida a los fieles informes y consejos que se dio en tiempos de Caleb y de Josué. Rara vez los siervos de Dios que llevan la carga de su causa, que practican la estricta negación de sí mismos y sufren privaciones por ayudar a su pueblo reciben una consideración mejor que la que se les daba en aquellos días.

Una y otra vez, el antiguo Israel fue probado y encontrado falto. Pocos recibían las fieles advertencias que provenían de Dios. Las tinieblas y la infidelidad no son menores ahora que nos acercamos al tiempo del segundo advenimiento de Cristo. La verdad se vuelve cada vez menos sabrosa para los que tienen una mente carnal; su corazón es lento para creer y tardo para el arrepentimiento. Si no fuera por las continuas pruebas de sabiduría y ayuda que su Maestro les proporciona, los siervos de Dios ya se habrían desalentado. Durante mucho tiempo el Señor ha sido paciente con su pueblo; ha perdonado sus desviaciones y ha esperado que le haga un lugar en el corazón, pero las falsas ideas, los celos y la desconfianza han colmado su paciencia (**Testimonios para la iglesia, tomo 4, p. 155**).

El mal informe de los espías tuvo un terrible efecto sobre el pueblo. Reprocharon a Moisés y Aarón con intensa amargura, diciendo: "¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto" (Números 14:2-4). Al hablar de esta manera le faltaron el respeto a Dios y a los dirigentes que él había señalado. No le preguntaron al Señor qué debían hacer sino declararon: "Designemos un capitán". Tomaron el asunto en sus manos creyéndose competentes para manejarse sin la ayuda divina. No solo acusaron a Moisés de engañarlos sino también a Dios que les había prometido una tierra que no eran capaces de poseer. Y al designar a uno de ellos como su capitán para que los llevara nuevamente a la tierra de su esclavitud y sufrimientos, estaban diciéndole a Dios que se había equivocado al librarlos con su fuerte brazo de la omnipotencia...

Aunque Moisés nuevamente le rogó a Dios que perdonara a su pueblo por la arrogancia e incredulidad que habían expresado, el Señor no estaba más dispuesto a realizar milagros en su favor; por lo tanto les permitió que regresaran al desierto en dirección al Mar Rojo. Pero debido a su rebelión, todos los adultos que habían salido de Egipto, con excepción de Josué y Caleb, quedarían para siempre excluidos de entrar en Canaán. Sus hijos poseerían la tierra, pero los cuerpos de los rebeldes serían enterrados en el desierto por haber quebrantado el pacto y haber sido desobedientes. Y los diez espías, cuyo informe había producido tal murmuración y rebelión por parte de Israel, fueron inmediatamente visitados por el juicio divino ante los ojos de todo el pueblo (**Review and Herald, 2 de junio, 1885**).

Viernes 30 de octubre:
Para estudiar y meditar

Patriarcas y profetas, pp. 391-416.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 6
7 de Noviembre de 2009

Planes para el futuro

Sábado 31 de octubre

La compasión de Dios no tiene límites: Nos dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda mas tenga vida eterna. El amor de nuestro Salvador tampoco tiene límites: Mientras aún éramos pecadores murió por nosotros para salvarnos de la muerte eterna. Este gran amor con que Cristo nos ha amado debe despertar nuestra gratitud; debe llevarnos a traerle una ofrenda de acción de gracias; la ofrenda de nosotros mismos, de nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestros afectos, para que el influjo de su amor llegue al mundo perdido para salvarlo. Y así como Jesús hizo posible que nos alcanzara su amor, debemos cooperar alegremente con él, ofreciéndole nuestras posesiones y nuestro servicio, para que su fragante influencia pueda alcanzar a las almas y salvarlas. Nos pide que ofrezcamos sin reservas nuestras energías en su servicio. Tener nuestros nombres en los libros de la iglesia no nos transforma en cristianos; lo que nos hace sus seguidores es poner todos nuestros dones sobre el altar del servicio y cooperar con él con todas nuestras habilidades para revelar la belleza de su verdad. Démosle todo a él porque todo es suyo. Nada tendríamos, si no fuera porque él primero nos ha dado todo lo que tenemos (*Review and Herald, 10 de diciembre, 1901*).

Nuestros labios debieran expresar el aprecio que sentimos en nuestros corazones por la bondad de Dios, y ese sentimiento debiera inspirarnos a traer ofrendas de gratitud. Pero esa no es la única manera en que podemos alabar a Dios; podemos alabarlo mediante nuestro servicio, haciendo todo lo que esté de nuestra parte para avanzar la gloria de su nombre. Al mejorar constantemente los talentos que él nos ha confiado, también le expresamos nuestra gratitud (*Review and Herald, 20 de noviembre, 1900*).

Domingo 1 de noviembre: Gratitud

Hay muchas personas a quienes llevar al conocimiento salvador de la verdad. El hijo pródigo se encuentra lejos de la casa de su Padre y perece de hambre. Tenemos que hacerlo objeto de nuestra compasión. ¿Os preguntáis: "Cómo considera Dios a los que perecen en sus pecados?"

Dirijo vuestra atención hacia el Calvario. Dios "ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino tenga vida eterna" (Juan 3: 16). Pensad en el amor sin parangón del Salvador. Mientras éramos aún pecadores, Cristo murió para salvamos de la muerte eterna. A cambio del gran amor con el que Cristo nos ha amado, tenemos que llevarle nuestras ofrendas de agradecimiento. Tenemos que presentarle una ofrenda de gratitud de nuestra propia persona. Nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestros recursos: todo debe fluir hacia el mundo en una ola de amor por la salvación de los perdidos. Jesús ha hecho posible que aceptemos su amor y que trabajemos en feliz colaboración con él bajo su fragante influencia. El requiere que usemos nuestras posesiones en servicio generoso para que su plan para la salvación de la gente se lleve a cabo con poder. El espera que entreguemos a su obra nuestras energías indivisas (**Testimonios para la iglesia, tomo 9, p. 41**).

La ternura de Dios para su pueblo, su incesante cuidado, las riquezas de la sabiduría de los métodos que empleó para conducirlos hacia él, demandan nuestras ofrendas de gratitud, expresadas en la más ferviente dedicación para servirle con toda la humildad de la mente y contrición del alma. El Señor es bondadoso y quiere que su pueblo represente su bondad amante, reconociendo a Dios en felices acciones de gracias. Todos los que aprecien los favores de Dios serán un pueblo feliz (**A fin de conocerle, p. 129**).

Cristo es la fuente de toda luz y eficiencia y es él quien debe recibir todo el honor, toda la adoración y todas las ofrendas de gratitud, pues él es el dador de todo don perfecto. Si deseamos alcanzar las mayores alturas espirituales, inspirémonos en él. No busquemos la gloria o el éxito propios sino consagremos todo a aquel que nos ha amado y limpiado de nuestros pecados con su más preciosa sangre. Exaltemos al Hombre del Calvario (**Manuscript Releases, tomo 6, p. 203**).

Lunes 2 de noviembre:

El extranjero que está dentro de tus puertas

"Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús" (Gálatas 3:26).

Nunca encontramos a dos personas exactamente iguales. Entre los seres humanos como en las cosas del mundo natural existe la diversidad. La unidad en la diversidad entre los hijos de Dios, la manifestación de amor y tolerancia, a pesar de las diferencias de disposición, éste es el testimonio de que Dios envió a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores.

La unidad que existe entre Cristo y sus discípulos no destruye la personalidad de uno ni otro. Son uno en mente, propósito y carácter, pero no en persona. El hombre, al someterse a la ley de Dios y participar de su Espíritu, llega a ser participante de la naturaleza divina. Cristo conduce a sus discípulos a una unión viva consigo mismo y con el Padre. El hombre se completa en Cristo Jesús mediante la obra del Espíritu Santo en su mente. La unidad con Cristo establece un vínculo de unión de los unos con los otros. Esta unidad es para el mundo la prueba más convincente de la majestad y la virtud de Cristo, y de su poder para quitar el pecado.

Los poderes de las tinieblas tienen poca ocasión contra los creyentes que se aman mutuamente como Cristo los amó, que rehúsan crear desunión y contienda, que permanecen juntos, que son bondadosos, corteses y compasivos, fomentando la fe que obra por amor y purifica el alma.

Debemos poseer el Espíritu de Cristo, o no somos suyos. En la unidad está la fortaleza; en la división está la debilidad (**Hijos e hijas de Dios, p. 288**).

Bajo la ley mosaica los extranjeros y los eunucos no podían gozar de todos los privilegios concedidos a Israel. Sin embargo el profeta declara que llegaría un tiempo en el que estas restricciones cesarían. Los santos oráculos daban privilegios especiales a los judíos y el que no era israelita no pertenecía al pueblo favorecido por Dios. Por ello los judíos comenzaron a sentirse más y más superiores a los otros pensando que tenían la autoridad divina de sentirse mejores que los demás, aunque no se mantuvieran separados y santos en carácter por guardar los mandamientos de Dios. Ahora el profeta declara que el extranjero que ame y obedezca a Dios gozará de los mismos privilegios que pertenecían exclusivamente al pueblo elegido. La circuncisión y la estricta observancia de las leyes ceremoniales —condiciones bajo las cuales eran admitidos los gentiles a la congregación de Israel— serían abolidas por el evangelio. "Porque así dijo Jehová: A los eunucos que guarden mis días de reposo, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá. Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos" (Isaías 56:4-7) (**Signs of the Times, 28 de febrero, 1884**).

Para Dios no hay castas. Él ignora cuanto se asemeje a ello. Todas las almas tienen valor para él. El trabajar por la salvación de las almas es un empleo digno del más alto honor. No importa cuál sea la forma de nuestra labor, ni entre qué clase se verifique, ora sea elevada o humilde. A los ojos de Dios estas distinciones no afectan su verdadero valor. El alma sincera, ferviente y contrita, por ignorante que sea, es preciosa a la vista del Señor. El pone su propia señal sobre los hombres, juzgándolos, no por su jerarquía, ni por su riqueza, ni por su grandeza intelectual, sino por su unidad con Cristo. El ignorante, el paria, el esclavo, si ha aprovechado hasta el máximo grado sus oportunidades y privilegios, si ha apreciado la luz que Dios le dio, ha hecho todo cuanto se pedía de él. El mundo puede llamarlo ignorante, pero Dios lo llama sabio y bueno, y así su nombre queda registrado en los libros del cielo. Dios lo hará idóneo para que le reporte honor, no solo en el cielo, sino también en la tierra.

La reprensión divina descansa sobre aquel que rechaza la compañía de aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero, simplemente porque no son ricos, sabios ni honrados en este mundo. Cristo, el Señor de gloria, está satisfecho con aquellos que son mansos y humildes de corazón, por humilde que sea su vocación, cualquiera que sea su jerarquía o grado de inteligencia (**Obreros evangélicos, p. 347**).

Martes 3 de noviembre: Pecados de ignorancia

Nadie será condenado por no haber prestado atención a la luz y al conocimiento que nunca tuvo y que no pudo obtener. Pero muchos se niegan a obedecer la verdad que les es presentada por los embajadores de Cristo, porque desean amoldarse a las normas del mundo. La verdad que ha llegado hasta su entendimiento, la luz que ha brillado en el alma, los condenarán en el juicio.

Los que tienen una oportunidad de oír la verdad, y sin embargo no se esfuerzan por oír-la ni comprenderla, pensando que si no oyen no serán responsables, serán considerados culpables ante Dios lo mismo como si la hubieran oído y rechazado. No habrá excusa para los que elijan caminar en el error cuando podrían haber entendido lo que es la verdad. Jesús, en sus sufrimientos y muerte, ha hecho expiación para todos los pecados de ignorancia; pero no se ha preparado remedio para la ceguera voluntaria.

No seremos considerados como responsables por la luz que no ha llegado a nuestra percepción, sino por la que hemos resistido y rechazado. Un hombre no puede poseer la verdad que nunca se le ha presentado, y por lo tanto no podrá ser condenado por la luz que nunca tuvo (***Eventos de los Últimos días*, pp. 221, 222**).

Algunos dirán que han vivido a la altura de la luz que tenían, sin saber que eran pecadores ante Dios y por lo tanto no pueden ser culpados ni necesitan arrepentirse. Pero la Palabra de Dios es clara y cualquiera que pida en oración por entendimiento conocerá lo que es verdad. En cuanto a los pecados de ignorancia, el Señor demandará una ofrenda como en el tiempo de Moisés: la ofrenda de un corazón contrito y quebrantado. Con la Biblia en la mano todos podemos conocer y practicar la verdad; pero algunos no desean cambiar sus creencias o su curso de acción y argumentan que si son honestos consigo mismos, serán salvos. Los tales están en el grave peligro de cometer el pecado de presunción, o de no vivir de acuerdo a la luz que han recibido. Un estudio diligente de las Escrituras, hecho con ferviente oración, junto con un honesto examen de la vida, son esenciales para conocer la verdad y aceptarla aunque parezca que requiere demasiada abnegación e inconveniencia.

Los pecados de ignorancia no pueden ser usados como excusa para no arrepentirse. Nadie puede argumentar que debido a que Jesús murió y llevó la culpa de todos los pecadores, lo único que necesita es aceptar el perdón sin necesidad de arrepentirse por pecados por largo tiempo cometidos. Pero la paciencia de Dios tiene límites, y aunque vivimos en un tiempo cuando el castigo por la transgresión no se ejecuta inmediatamente, no por eso dejará de cumplirse. Al no verse un castigo inmediato, el pecado es menos evitado y el corazón de los hijos de los hombres se torna hacia el mal (***Signs of the Times*, 22 de julio, 1880**).

Miércoles 4 de noviembre: Pecados de provocación

La "multitud mixta" que acompañaba a los israelitas desde Egipto daba continuamente origen a dificultades y tentaciones. Los que la componían decían haber renunciado a la idolatría y profesaban adorar al Dios verdadero; pero su educación y disciplina anterior-

res habían moldeado sus hábitos y sus caracteres, de modo que en mayor o menor medida estaban corrompidos por la idolatría y la irreverencia hacia Dios. Ellos eran los que más a menudo suscitaban contiendas; eran los primeros en quejarse, y corrompían el campamento con sus prácticas idólatras y sus murmuraciones contra Dios. Poco después del regreso al desierto, ocurrió un ejemplo de violación del sábado, en circunstancias que dieron especial culpabilidad al caso. Al anunciar el Señor que desheredaría a Israel, se despertó un espíritu de rebelión. Un hombre del pueblo, airado por haber sido excluido de Canaán, resolvió desafiar abiertamente la ley de Dios, y se atrevió a violar públicamente el cuarto mandamiento, saliendo a recoger leña en sábado. Se había prohibido terminantemente encender fuego el séptimo día durante la estada en el desierto. La prohibición no había de extenderse a la tierra de Canaán, donde la severidad del clima haría a menudo necesario que se tuviese fuego; pero éste no se necesitaba en el desierto para calentarse. El acto llevado a cabo por este hombre era una violación voluntaria y deliberada del cuarto mandamiento. Era un pecado, no de negligencia, sino de presunción.

Se le sorprendió mientras lo cometía, y se le llevó ante Moisés. Ya se había declarado que la violación del sábado sería castigada de muerte; pero aun no se había revelado cómo debía ejecutarse la pena. Moisés presentó el caso al Señor, y se le dio la orden: "Irremisiblemente muera aquel hombre; apedréelo con piedras toda la congregación fuera del campo" (Números 15:35). Los pecados de blasfemia y violación voluntaria del sábado recibieron el mismo castigo, pues eran ambos una expresión de menosprecio por la autoridad de Dios (***Patriarcas y profetas*, p. 433**).

Aunque sea poco lo que un discípulo de Cristo, bien educado y disciplinado, pueda hacer para reflejar la luz al mundo y atraer a otros a la fuente de luz, de todas maneras cada uno debe hacer algo. Cada día se nos presenta la oportunidad y el privilegio de hacer alguna cosa para la gloria de Dios y la salvación de otros. Y una de esas oportunidades cotidianas es presentar un buen ejemplo, considerando fielmente cuál será el resultado de nuestras acciones. Cuando pensemos que cierta actividad no nos dañará personalmente, también debemos pensar en cómo afectará a otros. Hay pecados de omisión y pecados de comisión y de alguna manera todos ellos pueden afectar a los demás. Dejar de hacer lo que deberíamos haber hecho es tan malo como cometer un acto pecaminoso, pues al ser negligentes con nuestro deber quebramos un eslabón de la cadena de la gran obra de Dios y no hacemos avanzar su causa (***The Ellen G. White 1888 Materials*, pp. 425, 426**).

Todos deberían comprender que sin Cristo nada pueden hacer. Los que no recogen con él, derraman en contra de él. Si sus pensamientos y acciones no son correctos, su influencia será destructiva en contra del bien. Nuestras acciones siempre tienen una doble influencia: afectan a otros y nos afectan a nosotros; pueden ser una bendición o una maldición para aquellos con quienes nos asociamos. Las acciones forman hábitos y éstos forman el carácter. Si no cuidamos nuestros hábitos no estaremos calificados para unirnos a las agencias celestiales en la obra de salvación ni estaremos preparados para entrar a las mansiones que Cristo fue a preparar. Para llegar allí debemos aceptar los caminos y la voluntad de Dios en lugar de los nuestros, a fin de que nuestro carácter pase la prueba y lleguemos a ser participantes de la naturaleza divina. Entonces Cristo nos declarará "benditos de mi Padre" (***Review and Herald*, 8 de diciembre, 1891**).

Jueves 5 de noviembre: Franjas azules

"Habla a los hijos de Israel, y diles que se hagan franjas en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada franja de los bordes un cordón de azul. Y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová, para ponerlos por obra; y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos, en pos de los cuales os prostituyáis. Para que os acordéis, y hagáis todos mis mandamientos, y seáis santos a vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo Jehová vuestro Dios" (Números 15:38-41). En este pasaje Dios expresamente ordenó un arreglo sencillo de vestir para los hijos de Israel a fin de distinguirlos de las naciones idólatras que los rodeaban. Al mirar su forma peculiar de vestir, debían recordar que eran el pueblo observador de los mandamientos de Dios, y que él había obrado de manera milagrosa para sacarlos del cautiverio egipcio a fin de servirle, para serle un pueblo santo. No debían servir a sus propios deseos, o imitar las naciones idólatras alrededor de ellos, sino permanecer siendo un pueblo distinto, separado, para que todos los que se fijaran en ellos pudieran decir: Estos son los que Dios sacó de la tierra de Egipto, que guardan la ley de los Diez Mandamientos. Tan pronto se veía a un israelita, era reconocido como tal porque Dios lo había distinguido como suyo por medios sencillos.

La orden dada por Dios a los hijos de Israel de colocar una cinta azul en su vestuario no debía tener influencia sobre su salud, excepto en la medida en que Dios los bendijera por la obediencia. La cinta mantendría en sus mentes el elevado derecho de Dios y les ayudaría a no mezclarse con otras naciones, uniéndose en sus fiestas embriagadoras, y comiendo carne de cerdo y alimentos refinados en detrimento de la salud (**Testimonios para la iglesia, tomo 1, pp. 458, 459**).

Los hijos de Israel, después que fueron sacados de Egipto, recibieron la orden de colocar una sencilla cinta azul en el borde de sus vestiduras, para distinguirlos de las naciones circundantes y para dar a entender que eran el pueblo peculiar de Dios. En la actualidad no se requiere que el pueblo de Dios coloque un distintivo especial sobre sus vestiduras. Pero en el Nuevo Testamento con frecuencia se nos señala el Israel de la antigüedad como ejemplo. Si Dios dio instrucciones tan definidas a su pueblo de la antigüedad concernientes a su manera de vestir, ¿no tomará en cuenta el vestido de su pueblo en esta época? ¿No debería distinguirse del mundo por su manera de vestir? ¿No debería el pueblo de Dios, que es su especial tesoro, procurar glorificar a Dios aun en su vestimenta? ¿Y no deberían sus hijos ser ejemplos en lo que concierne a su manera de vestir, y con su estilo sencillo reprochar el orgullo, la vanidad y la extravagancia de los profesos cristianos que son mundanos y amantes del placer? Dios requiere esto de su pueblo. El orgullo es censurado en su Palabra (**Mensajes selectos, tomo 2, pp. 538, 539**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 7 14 de Noviembre de 2009

Lucha por el poder

Sábado 7 de noviembre

Aquellos que simpatizaron con Coré, Datán y Abiram en su apostasía, trajeron sobre sí mismos condenación y muerte. Así también será en estos últimos días. La causa de Cristo será traicionada por aquellos que tuvieron la luz de la verdad y gozaron de sus bendiciones, pero se apartaron de ella. Guiados por el espíritu de las tinieblas tratarán de destruir lo que antes ayudaban a construir. Pero todas las almas temerosas de Dios comprenderán que aunque ellos digan hablar con la verdad y la justicia, no se puede confiar en ellos; sus obras y actitudes testifican que están traicionando al Señor. Incluso lo que ellos denominan como manifestaciones del Espíritu Santo no son otra cosa que los atributos de Satanás (**Review and Herald, 24 de mayo, 1898**).

En la rebelión de Coré se ve en pequeña escala el desarrollo del espíritu que llevó a Satanás a rebelarse en el cielo. El orgullo y la ambición indujeron a Lucifer a quejarse contra el gobierno de Dios, y a procurar derroter el orden que había sido establecido en el cielo. Desde su caída se ha propuesto inculcar el mismo espíritu de envidia y descontento, la misma ambición de cargos y honores en las mentes humanas. Así obró en el ánimo de Coré, Datán y Abiram, para hacerles desear ser enaltecidos, y para incitar en ellos envidia, desconfianza y rebelión. Satanás les hizo rechazar a Dios como su jefe, al inducirles a desechar a los hombres escogidos por el Señor. No obstante, mientras que, murmurando contra Moisés y Aarón, blasfemaban contra Dios, se hallaban tan seducidos que se creían justos, y consideraban a los que habían reprendido fielmente su pecado como inspirados por Satanás (**Conflicto y valor, p. 108**).

Domingo 8 de noviembre: Rebelión (Otra vez)

Esos israelitas estaban determinados a resistir toda evidencia que les probara que estaban equivocados, y prosiguieron más y más en su proceder desleal hasta que muchos fueron impulsados a unirse con ellos. ¿Quiénes fueron esos? No los débiles, no

los ignorantes, no los faltos de inteligencia. En esa rebelión, hubo doscientos cincuenta príncipes famosos de la congregación, varones de renombre.

Acusaron a Moisés de ser la causa de no entrar en la tierra prometida. Dijeron que Dios no los había tratado así. No había dicho que debían morir en el desierto. Nunca creerían que había dicho así, sino era Moisés el que había dicho eso, no el Señor; y que todo había sido arreglado por Moisés para no llevarlos nunca a la tierra de Canaán.

Coré había fomentado su envidia y rebelión hasta que se engañó a sí mismo, y realmente pensó que la congregación era gente muy justa y que Moisés era un gobernante tiránico que se ocupaba continuamente de la necesidad de que la congregación fuera santa, cuando no había necesidad de eso, pues eran santos.

Los israelitas pensaron que si Coré podía guiarlos y animarlos, y ocuparse de sus buenas acciones en vez de recordarles sus faltas, ellos tendrían un viaje muy pacífico y próspero, y que sin duda los guiaría no avanzando y retrocediendo en el desierto sino entrando en la tierra prometida. Decían que era Moisés quien les había dicho que no podían entrar en la tierra, y que el Señor no había dicho así. Coré, con su exaltada confianza propia, reunió a toda la congregación contra Moisés y Aarón "a la puerta del Tabernáculo de reunión" (**Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1129**).

Coré y sus compañeros en la conspiración habían sido favorecidos con manifestaciones especiales del poder y de la grandeza de Dios. Pertenecían al grupo que acompañó a Moisés en el ascenso al monte y presencié la gloria divina. Pero desde entonces habían cambiado. Habían albergado una tentación, ligera al principio, pero ella se había fortalecido al ser alentada, hasta que sus mentes quedaron dominadas por Satanás, y se aventuraron a emprender su obra de desafecto. Con la excusa de interesarse mucho en la prosperidad del pueblo comenzaron a susurrar su descontento el uno al otro, y luego a los jefes de Israel. Sus insinuaciones encontraron tan buena acogida que se aventuraron a ir más lejos, y por último, creyeron verdaderamente que los movía el celo por Dios.

Los conspiradores trabajaron luego con el pueblo. A los que yerran y merecen reprensión, nada les agrada más que recibir simpatía y alabanza. Y así obtuvieron Coré y sus asociados la atención y el apoyo de la congregación. Declararon errónea la acusación de que las murmuraciones del pueblo habían atraído sobre él la ira de Dios. Dijeron que la congregación no era culpable, puesto que solo había deseado aquello a lo cual tenía derecho; pero Moisés era un gobernante intolerante que había reprendido al pueblo como pecador, cuando era un pueblo santo, entre el cual se hallaba el Señor.

Coré reseñó la historia de su peregrinación por el desierto, donde se los había puesto en estrecheces, y muchos habían perecido a causa de su murmuración y de su desobediencia. Sus oyentes creyeron ver claramente que se habrían evitado sus dificultades si Moisés hubiera seguido una conducta distinta. Decidieron que todos sus desastres eran imputables a él, y que su exclusión de Canaán se debía por lo tanto a la mala administración y dirección de Moisés y Aarón; que si Coré fuese su adalid, y les animara, espaciándose en sus buenas acciones en vez de reprender sus pecados, realizarían un viaje apacible y próspero; en vez de errar de acá para allá en el desierto, procederían inmediatamente a la tierra prometida (**Patriarcas y profetas, pp. 419, 420**).

Lunes 9 de noviembre: Si Dios creara algo nuevo

Coré, el instigador principal de este movimiento, era un levita de la familia de Coat y primo de Moisés. Era hombre capaz e influyente. Aunque designado para el servicio del Tabernáculo, se había quedado desconforme de su cargo y aspiraba a la dignidad del sacerdocio. El otorgamiento a Aarón y a su familia del oficio sacerdotal, que había sido ejercido anteriormente por el primogénito de cada familia, había provocado celos y desafecto, y por algún tiempo Coré había estado resistiendo secretamente la autoridad de Moisés y de Aarón, aunque sin atreverse a cometer acto alguno de abierta rebelión. Por último, concibió el osado propósito de derrocar tanto la autoridad civil como la religiosa; y no dejó de encontrar simpatizantes...

Por algún tiempo esta obra se llevó adelante secretamente. No obstante, tan pronto como el movimiento hubo adquirido suficiente fuerza como para permitir una franca ruptura, Coré se presentó a la cabeza de la facción, y públicamente acusó a Moisés y Aarón de usurpar una autoridad que Coré y sus asociados tenían derecho a compartir. Alegó, además, que el pueblo había sido privado de su libertad y de su independencia. "¡Mucho os arrogáis —dijeron los conspiradores— ya que toda la congregación, cada individuo de ella, es santo, y Jehová está en medio de ellos! ¿Por qué pues os ensalzáis sobre la Asamblea de Jehová?" (Números 16:3, V.M.).

Moisés no había sospechado la existencia de tan arraigada maquinación y cuando comprendió su terrible significado, cayó postrado sobre su rostro en muda y fervorosa súplica a Dios. Se levantó entristecido, pero sereno y fuerte. Había recibido instrucciones divinas. "Mañana —dijo— mostrará Jehová quien es suyo, y al santo harálo llegar a sí; y al que él escogiera, él lo allegará a sí" (Números 16:5). La prueba había de postergarse hasta el día siguiente, a fin de dar a todos tiempo para reflexionar. Entonces los que aspiraban al sacerdocio habían de venir cada uno con un incensario y ofrecer incienso en el tabernáculo en presencia de la congregación. La ley decía explícitamente que solo los que habían sido ordenados para el oficio sagrado debían officiar en el Santuario. Y aun los sacerdotes, Nadab y Abiú, habían perecido por haber despreciado el mandamiento divino y ofrecido "fuego extraño". No obstante, Moisés desafió a sus acusadores a que refirieran el asunto a Dios, si osaban hacer una apelación tan peligrosa (*Patriarcas y profetas*, pp. 417, 421).

Martes 10 de noviembre: Recordativos

Mientras Moisés suplicaba a Israel que huyera de la destrucción inminente, todavía podría haberse evitado el castigo divino, si Coré y sus asociados se hubiesen arrepentido y hubiesen pedido perdón. Pero su terca persistencia selló su perdición. La congregación entera compartía su culpa, pues todos, cual más, cual menos, habían simpatizado con ellos. Sin embargo, en su gran misericordia Dios distinguió entre los jefes rebeldes y aquellos a quienes habían inducido a la rebelión. Al pueblo que se había dejado engañar se le dio plazo para que se arrepintiera. Había tenido una evidencia abrumadora de que los rebeldes erraban y de que Moisés estaba en lo justo. La señalada manifestación del poder de Dios había eliminado toda incertidumbre.

Jesús, el Angel que iba delante de los hebreos, trató de salvarlos de la destrucción. Se prolongó el plazo para obtener perdón. El juicio de Dios había venido muy cerca, y los exhortó a arrepentirse. Una intervención especial e irresistible del Cielo había detenido la rebelión de ellos. Si querían responder a la intervención de la providencia de Dios, podían salvarse. Pero aunque huyeron de los juicios por temor a la destrucción, su rebelión no fue curada. Regresaron a sus tiendas aquella noche, horrorizados, pero no arrepentidos.

Todo Israel había huido alarmado cuando oyó el clamor de los pecadores condenados que descendían al abismo, y dijo: "No nos trague también la tierra". Pero al "día siguiente toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis muerto al pueblo de Jehová", y estaba a punto de hacer violencia a sus fieles y abnegados jefes.

Se vio una manifestación de la gloria divina en la nube sobre el tabernáculo y salió de la nube una voz que habló a Moisés y a Aarón, diciendo: "Apartaos de en medio de esta congregación, y consumirélos en un momento".

No había culpabilidad de pecado en Moisés. Por tanto, no temió ni se apresuró a irse para dejar que la congregación pereciera. Moisés se demoró y con ello manifestó en esta temible crisis el verdadero interés del pastor por el rebaño confiado a su cuidado. Rogó para que la ira de Dios no destruyera totalmente al pueblo por él escogido. Su intercesión impidió que el brazo de la venganza acabara completamente con el desobediente y rebelde pueblo de Israel.

Pero el ángel de la ira había salido; la plaga estaba haciendo su obra de exterminio. Atendiendo a la orden de su hermano, Aarón tomó un incensario, y con él se dirigió apresuradamente al medio de la congregación, "e hizo expiación por el pueblo". "Y púsose entre los muertos y los vivos". Mientras subía el humo de incienso, también se elevaban a Dios las oraciones de Moisés en el Tabernáculo, y la plaga se detuvo; pero no antes que catorce mil israelitas yacieran muertos, como evidencia de la culpabilidad que entraña la murmuración y la rebelión (***Patriarcas y profetas*, pp. 424-426**).

Cuando Israel obtuvo victorias especiales después de salir de Egipto, se conservaron ciertos recordativos de estas victorias. Dios ordenó a Moisés y a Josué que hicieran esto mismo: edificar monumentos recordativos. Cuando los israelitas conquistaron una victoria especial sobre los filisteos, Samuel levantó una piedra conmemorativa y la llamó Ebenezer, diciendo: "Hasta aquí nos ayudó Jehová" (1 Samuel 7:12).

¡Oh!, ¿dónde, como pueblo, están nuestras piedras conmemorativas? ¿Dónde están establecidas nuestras columnas monumentales grabadas con letras que expresen la historia preciosa de lo que Dios ha hecho por nosotros en nuestra experiencia? ¿No podemos nosotros, en vista de lo pasado, esperar nuevas pruebas y perplejidades adicionales –aun aflicciones, privaciones y tristezas– y no desmayar, sino que, mirando hacia el pasado digamos: "Hasta aquí nos ayudó el Señor"? Yo encomendaré el cuidado de mi alma en manos del Todopoderoso como un fiel Creador. Él guardará lo que yo le encomendé para que lo guardara para aquel día. "Como tus días, serán tus fuerzas" (***Mensajes selectos*, tomo 3, pp. 366, 367**).

Miércoles 11 de noviembre:

Entre los vivos y los muertos

...Podemos aprender aquí lecciones preciosas de la paciencia de Jesús, el Angel que fue delante de los hebreos en el desierto.

Su dirigente invisible los salvaría de una destrucción ignominiosa. Se prolonga para ellos el perdón. Pueden encontrar perdón aun si ahora se arrepienten. La venganza de Dios ha llegado ahora cerca de ellos y los ha llamado al arrepentimiento. Una intervención especial, irresistible, desde el cielo ha detenido su presuntuosa rebelión. Si responden ahora a la mediación de la providencia de Dios, pueden salvarse. Pero el arrepentimiento y la humillación de la congregación deben ser proporcionales a su transgresión. La revelación del poder notable de Dios los ha colocado más allá de la incertidumbre. Si lo aceptan, pueden tener un conocimiento de la verdadera posición y la sagrada investidura de Moisés y Aarón. Pero su descuido en considerar las evidencias que Dios les había dado fue fatal. No comprendieron la importancia de una acción inmediata de su parte para buscar el perdón de Dios por sus graves pecados.

Esa noche de prueba para los hebreos no la pasaron confesando y arrepintiéndose de sus pecados, sino ideando alguna manera para resistir las evidencias que les mostraban que eran grandes pecadores... Satanás estaba cerca para pervertir el juicio y guiarlos a ciegas a la destrucción. Sus mentes se habían envenenado completamente con desafecto... En su indignación estaban listos para atacar violentamente a los hombres designados por Dios, quienes, según ellos creían, habían cometido un gran error al matar a aquellos que eran buenos y santos...

Aquí encontramos una impresionante exhibición de la ceguera que envuelve a las mentes humanas que se apartan de la luz y la evidencia. Vemos la fuerza de la rebelión que se ha arraigado, y cuán difícil es someterla. Seguramente los hebreos habían tenido la evidencia más convincente en la destrucción de los hombres que los habían engañado; pero todavía resistieron en forma audaz y desafiante, y acusaron a Moisés y Aarón de matar a hombres buenos y santos. "Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación" (1 Samuel 15:23) (***Testimonios para la iglesia*, tomo 3, pp. 392-394**).

Moisés aquí simboliza a Cristo. En este momento crítico Moisés manifestó el interés del verdadero pastor por el rebaño que está a su cuidado. Imploró que la ira de un Dios ofendido no destruyera completamente al pueblo de su elección. Y por su intercesión detuvo el brazo de la venganza para que no fuera exterminado completamente el Israel desobediente y rebelde. Le dio instrucciones a Aarón en cuanto a qué hacer en esa terrible crisis cuando la ira de Dios se había manifestado y había comenzado la plaga. Aarón se mantuvo de pie con su incensario, agitándolo ante el Señor, mientras la intercesión de Moisés ascendía con el humo del incienso. Moisés no se atrevió a cesar sus ruegos. Se aferró a la fuerza del Angel, como hiciera Jacob en su lucha nocturna, y como Jacob, prevaleció. Aarón estaba entre los vivos y los muertos cuando llegó la misericordiosa respuesta: "He oído tu oración, y no consumiré completamente". Los mismos hombres a quienes la congregación despreciaba y a quienes habrían dado muerte fueron los que intercedieron en su favor para que la espada vengadora de Dios pudiera

enfundarse y el Israel pecador fuera perdonado (**Testimonios para la iglesia**, tomo 3, pp. 394, 395).

Jueves 12 de noviembre: La vara de Aarón que reverdeció

Por misericordia, Dios condescendió en dar a las huestes de Israel otra evidencia, la que estaba calculada para corregir su juicio pervertido. Requirió que cada tribu tomara una vara y escribiera sobre ella el nombre de la casa de sus padres, y declaró: "Y florecerá la vara del varón que yo escoja, y haré cesar de delante de mí las quejas de los hijos de Israel con que murmuran contra vosotros. Y Moisés habló a los hijos de Israel, y todos los príncipes de ellos le dieron varas; cada príncipe por las casas de sus padres una vara, en total doce varas; y la vara de Aarón estaba entre las varas de ellos. Y Moisés puso las varas delante de Jehová en el Tabernáculo del testimonio. Y aconteció que el día siguiente vino Moisés al Tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras. Entonces sacó Moisés todas las varas de delante de Jehová a todos los hijos de Israel; y ellos lo vieron, y tomaron cada uno su vara. Y Jehová dijo a Moisés: Vuelve la vara de Aarón delante del testimonio, para que se guarde por señal a los hijos rebeldes; y harás cesar sus quejas de delante de mí, para que no mueran" (Números 17:5-10). Dios realizó un milagro que era suficiente para acallar las quejas de los israelitas y para confirmar la elección que él había hecho para el sacerdocio. Todos los notables cambios ocurrieron en la vara en una noche para convencerlos de que Dios positivamente había distinguido entre Aarón y el resto de los hijos de Israel. Después de ese milagro del poder divino, la autoridad del sacerdocio no fue más puesta en duda. Esta vara maravillosa fue preservada para ser mostrada con frecuencia al pueblo para recordarle el pasado, para impedir que murmurara y pusiera otra vez en duda a quién pertenecía legítimamente el sacerdocio. Después de que los hijos de Israel estuvieron plenamente convencidos de su error de acusar injustamente a Moisés y Aarón, como lo habían hecho, vieron su rebelión pasada en su verdadero significado y quedaron aterrizados. Hablaron a Moisés diciendo: "He aquí nosotros somos muertos, perdidos somos, todos nosotros somos perdidos". Al fin fueron compelidos a creer la ingrata verdad, que su destino era morir en el desierto. Después de que creyeron que ciertamente era el Señor quien había dicho que no entrarían en la tierra prometida sino que morirían, entonces reconocieron que Moisés y Aarón estaban en lo correcto y que ellos habían pecado contra el Señor al rebelarse contra la autoridad de ellos. También confesaron que Coré y los que perecieron con él habían pecado contra el Señor y justamente habían sufrido su ira (**Spiritual Gifts**, tomo 4a, pp. 35, 36; parcialmente en, **Comentario bíblico adventista**, tomo 1, p. 1129).

Pero se dio otra prueba de que el sacerdocio se había instituido en la familia de Aarón. Por orden divina cada tribu preparó una vara, y escribió su nombre en ella. El nombre de Aarón estaba en la de Leví. Las varas fueron colocadas en el Tabernáculo, "delante del testimonio". El florecimiento de cualquier vara indicaría que Dios había escogido a esa tribu para el sacerdocio. "A la mañana siguiente aconteció que... vino Moisés al Tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había brotado, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras". Fue mostrada al pueblo, y colocada después en el Tabernáculo como testimonio para las generaciones

venideras. El milagro decidió definitivamente el asunto del sacerdocio (***Patriarcas y profetas***, p. 426).

Viernes 13 de noviembre:
Para estudiar y meditar

Patriarcas y profetas, pp. 417-429.

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 8
21 de Noviembre de 2009

Sacerdotes y levitas

Sábado 14 de noviembre

Cuando Dios libró a Israel desde Egipto para que fuera un tesoro especial para él, le enseñó a dedicar el diezmo de sus posesiones al servicio del Tabernáculo. Esto era una ofrenda especial dedicada a un trabajo especial. Todo lo que quedaba de sus bienes pertenecía a Dios y debía ser usado para su gloria. Pero el diezmo era apartado para el sostenimiento de los que ministraban en el Santuario. Debía darse de las primicias de los productos agrícolas, y juntamente con los donativos y las ofrendas, proveía abundantes recursos para sostener el ministerio del evangelio para ese tiempo.

Dios no requiere menos de nosotros de lo que exigía a su pueblo de la antigüedad. Los dones que nos da no son menores sino mayores que los que ofrecía al Israel antiguo. Su servicio requiere recursos económicos, y siempre los necesitará. La gran obra misionera en favor de la salvación de las almas debe proseguir avanzando. Mediante el diezmo, los donativos y las ofrendas, Dios ha establecido una amplia provisión para su obra. Se propone que el ministerio del evangelio sea plenamente sustentado. Reclama el diezmo como suyo, y éste siempre debería considerarse como una reserva sagrada que debe colocarse en su tesorería para beneficio de su causa, para el adelanto de su obra, para enviar sus mensajeros a "los lugares más allá", hasta los últimos rincones del mundo (***Consejos sobre mayordomía cristiana, p. 76***).

Domingo 15 de noviembre: División de labores

En virtud de las instrucciones divinas, se apartó a la tribu de Leví para el servicio del Santuario. En tiempos anteriores, cada hombre era sacerdote de su propia casa. En los días de Abraham, por derecho de nacimiento, el sacerdocio recaía en el hijo mayor. Ahora, en vez del primogénito de todo Israel, el Señor aceptó a la tribu de Leví para la obra del Santuario. Mediante este señalado honor, Dios manifestó su aprobación por la fidelidad de los levitas, tanto por haberse adherido a su servicio como por haber ejecutado sus juicios cuando Israel apostató al rendir culto al becerro de oro. El sacerdocio, no obstante, se restringió a la familia de Aarón. Aarón y sus hijos fueron los únicos a

quienes se les permitía ministrar ante el Señor; al resto de la tribu se le encargó el cuidado del Tabernáculo y su mobiliario; además debían ayudar a los sacerdotes en su ministerio, pero no podían ofrecer sacrificios, ni quemar incienso, ni mirar los santos objetos hasta que estuviesen cubiertos (***Patriarcas y profetas*, p. 362**).

Cuando el Tabernáculo debía construirse en el desierto, ciertos hombres escogidos fueron especialmente dotados por Dios con habilidad y sabiduría para la construcción del sagrado edificio. Y cuando la construcción fue terminada, otros hombres fueron elegidos para ocuparse de diferentes partes del servicio santo. Moisés, Aarón y sus hijos habrían de ministrar ante el Tabernáculo del testimonio. "Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis el pecado del Santuario; y tú y tus hijos contigo llevaréis el pecado de vuestro sacerdocio. Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, haz que se acerquen a ti y se junten contigo, y te servirán; y tú y tus hijos contigo serviréis delante del Tabernáculo del testimonio... Porque he aquí, yo he tomado a vuestros hermanos los levitas de entre los hijos de Israel, dados a vosotros en don de Jehová, para que sirvan en el ministerio del Tabernáculo de reunión. Mas tú y tus hijos contigo guardaréis vuestro sacerdocio en todo lo relacionado con el altar, y del velo adentro, y ministraréis. Yo os he dado en don el servicio de vuestro sacerdocio; y el extraño, que se acercare, morirá" (Números 18:1, 2, 6, 7). Tan definido fue el Señor que este sagrado trabajo fuera realizado únicamente por aquellos que él había designado, que si un extraño se acercaba, debía morir. Cada obrero conocía su tarea y debía cumplirla fielmente; no debía entrar en las tareas que otros debían hacer.

A los levitas se les confiaba el cuidado del Tabernáculo y todo lo que se relacionaba con él, tanto en el campamento como cuando se viajaba. Cuando se levantaba el campamento para reanudar la marcha, eran ellos quienes desarmaban la sagrada tienda; y cuando se llegaba adonde había de hacer alto, ellos debían levantarla. A ninguna persona de otra tribu se le permitía acercarse so pena de muerte. Los levitas estaban repartidos en tres divisiones, descendientes de los tres hijos de Leví, y cada una tenía asignadas su obra y posición especiales. Frente al Tabernáculo, y cercanas a él, estaban las tiendas de Moisés y Aarón. Al sur estaban los coaitas, que tenían la obligación de cuidar del arca y del resto del mobiliario; al norte, estaban los meraritas, quienes tenían a su cargo las columnas, los zócalos, las tablas, etc.; atrás estaban los gersonitas a quienes se les había confiado el cuidado de los velos y del cortinado en general (***Review and Herald*, 5 de octubre, 1905; parcialmente en, *Patriarcas y profetas*, p. 392**).

Lunes 16 de noviembre: Los dones del servicio divino

Dios no anula sus leyes. No obra contrariamente a ellas. No deshace la obra del pecado: la transforma. Por medio de su gracia, la maldición se convierte en bendición.

De los hijos de Jacob, Leví fue uno de los más crueles y vengativos, uno de los dos más culpables del asesinato traicionero de los habitantes de Siquem. Las características de Leví, reflejadas en sus descendientes, atrajeron sobre éstos el decreto de Dios: "Las apartaré en Jacob, y los espariré en Israel". Pero el arrepentimiento dio por resultado la reforma, y mediante su fidelidad a Dios, en medio de la apostasía de las otras tribus, la maldición se transformó en una señal del más alto honor.

"En aquel tiempo apartó Jehová la tribu de Leví para que llevase el arca del pacto de Jehová, para que estuviese delante de Jehová para servirle, y para bendecir en su

nombre, hasta hoy". "Mi pacto con él fue de vida y de paz, las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de mí, y delante de mi nombre estuvo humillado... en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad" (Deuteronomio 10:8; Malaquías 2:5, 6) (**La educación, p. 148**).

Además tanto el primogénito de los hombres como el de las bestias, había de ser del Señor, si bien podía ser redimido mediante un rescate con el cual reconocían que, al perecer los primogénitos de Egipto, los de Israel, que fueron guardados bondadosamente, habrían sufrido la misma suerte de no haber sido por el sacrificio expiatorio. "Mío es todo primogénito –declaró el Señor– desde el día que yo maté todos los primogénitos en la tierra de Egipto, yo santifiqué a mí todos los primogénitos en Israel, así de hombres como de animales: míos serán" (Números 3:13). Después de la institución del culto en el Tabernáculo, el Señor escogió para sí la tribu de Leví, para la obra del Santuario, en vez de los primogénitos de Israel. Dijo: "Me son a mí dados los Levitas de entre los hijos de Israel... helos tomado para mí en lugar de los primogénitos de todos los hijos de Israel" (Números 8:16). Sin embargo, todo el pueblo debía pagar, en reconocimiento de la gracia de Dios, un precio por el rescate del primogénito (Números 18:15,16) (**Patriarcas y profetas, p. 281**).

Dios otorga sus dones según le agrada. Concede un don a una persona, y otro don a otra, pero todos son para el beneficio de todo el cuerpo. Está de acuerdo con el designio de Dios que unos sirvan en un ramo de trabajo y otros en otros ramos, sirviendo todos bajo el mismo Espíritu. El reconocimiento de este plan será una salvaguardia contra la emulación, el orgullo, la envidia o el desprecio recíproco. Fortalecerá la unidad y el amor mutuo (**Consejos para los maestros, padres y alumnos, p. 298**).

Se le han confiado talentos, no para que los malgaste, sino para ponerlos en manos de los cambiadores, de manera que cuando venga el Maestro pueda recibir lo suyo con usura. Dios no ha distribuido estos talentos indiscriminadamente. Ha otorgado estos sagrados cometidos de acuerdo con la capacidad reconocida de sus siervos. "A cada uno su obra" (Marcos 13:34). Da a todos imparcialmente, y espera la ganancia correspondiente. Si todos cumplen su deber de acuerdo con la medida de su propia responsabilidad, la cantidad que se les ha confiado, sea grande o pequeña, será duplicada. Su fidelidad es sometida a prueba, y ella misma es positiva evidencia de su sabia mayordomía, y del hecho de que era digno de que se le confiaran las verdaderas riquezas, inclusive el don de la vida eterna (**Testimonios para la iglesia, tomo 2, p. 226**).

En las leyes que dio Dios para el cultivo del suelo, estaba dando al pueblo la oportunidad de vencer su egoísmo y tener inclinación por las cosas celestiales. Canaán sería como el Edén si obedecían la Palabra del Señor. Mediante ellos, el Señor tenía el propósito de enseñar a todas las naciones del mundo cómo cultivar el suelo para que diera frutos sanos y libres de enfermedad. La tierra es la viña del Señor, y ha de ser tratada de acuerdo con su plan. Los que cultivaban el suelo, habían de comprender que estaban haciendo el servicio de Dios. Estaban tan ciertamente en su destino y lugar como lo estaban los hombres nombrados para ministrar en el sacerdocio y en la obra relacionada con el Tabernáculo. Dios dijo al pueblo que los levitas eran una dádiva para ellos, y no importa cuál fuera su oficio, habían de ayudar a sostenerlos (**Comentario bíblico adventista, tomo 1, p. 1126**).

Martes 17 de noviembre: Sostén del Santuario

Aun antes de que se pudiera reservar el diezmo, había que reconocer los derechos de Dios. Se le consagraban los primeros frutos que maduraban entre todos los productos de la tierra. Se apartaban para Dios las primicias de la lana cuando se trasquilaban las ovejas, del trigo cuando se trillaba, del aceite y del vino. De idéntica manera se apartaban los primogénitos de los animales; y se pagaba rescate por el hijo primogénito. Las primicias debían presentarse ante el Señor en el Santuario, y luego se dedicaban al uso de los sacerdotes.

En esta forma se le recordaba constantemente al pueblo que Dios era el verdadero propietario de todos sus campos, rebaños y manadas; que él les enviaba la luz del sol y la lluvia para la siembra y para la siega, y que todo lo que poseían era creación de Aquel que los había hecho administradores de sus bienes (***Patriarcas y profetas, pp. 565, 566***).

Los levitas, como ministros del Santuario, no recibieron tierras por herencia; moraban juntos en ciudades apartadas para su uso, y su sostén lo constituían las ofrendas y los diezmos dedicados al servicio de Dios. Eran los maestros del pueblo, huéspedes de todas sus fiestas, y honrados por todas partes como siervos y representantes de Dios. Toda la nación recibió el mandato: "Ten cuidado de no desamparar al levita en todos tus días sobre la tierra". "Por lo cual Leví no tuvo parte ni heredad con sus hermanos; Jehová es su heredad, como Jehová tu Dios le dijo" (Deuteronomio 12:19; 10:9) (***La educación, pp. 148, 149***).

Hemos de alabar a Dios mediante un servicio tangible, haciendo todo lo que podamos para aumentar la gloria de su nombre. Dios nos imparte sus dones para que podamos también dar, y hacer así que el mundo conozca su carácter. En el sistema judío, las ofrendas formaban una parte esencial del culto de Dios. Se enseñaba a los israelitas a destinar una décima parte de todas sus entradas al servicio del Santuario.

Además de esto habían de traer ofrendas por el pecado, ofrendas voluntarias, y ofrendas de gratitud. Estos eran los medios para sostener el ministerio del evangelio en aquel tiempo. Dios no espera menos de nosotros de lo que esperaba de su pueblo antiguamente. Debe llevarse adelante la gran obra de la salvación de las almas. Él ha hecho provisión para esa obra por medio del diezmo y las ofrendas. Él espera que así se sostenga el ministerio del evangelio. Reclama el diezmo como suyo, y siempre debería ser considerado como una reserva sagrada, fin de ser colocado en su tesorería para beneficio de la causa de Dios. Él nos pide también ofrendas voluntarias y ofrendas de gratitud. Todo esto ha de ser dedicado para la propagación del evangelio hasta los confines de la tierra (***Palabras de vida del Gran Maestro, pp. 241, 242***).

Miércoles 18 de noviembre: El plan del diezmo

Los diezmos y las ofrendas dedicados a Dios son un reconocimiento de su derecho sobre nosotros por la creación, y son también un reconocimiento de su derecho por la redención. Por cuanto todo nuestro poder deriva de Cristo, esas ofrendas han de fluir de nosotros a Dios. Deben recordarnos siempre lo que por la redención Dios tiene derecho a pedirnos, pues ese derecho abarca todo lo demás. La comprensión del sacrificio

hecho en nuestro favor se ha de conservar siempre fresca en nuestra mente y debe influir siempre sobre nuestros pensamientos y planes. Cristo debe estar entre nosotros como quien fue en verdad crucificado (**Joyas de los testimonios, tomo 3, p. 77**).

A fin de fomentar las reuniones del pueblo para los servicios religiosos y también para suplir las necesidades de los pobres, se le pedía a Israel que diera un segundo diezmo de todas sus ganancias. Con respecto al primer diezmo el Señor había dicho: "He aquí yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel" (Números 18:21). Y acerca del segundo diezmo mandó: "Y comerás delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiera para hacer habitar allí su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino, y de tu aceite, y los primerizos de tus manadas, y de tus ganados, para que aprendas a temer a Jehová tu Dios todos los días" (Deuteronomio 14:23).

Durante dos años debían llevar este diezmo o su equivalente en dinero al sitio donde estaba el Santuario. Después de presentar una ofrenda de agradecimiento a Dios y una porción específica para el sacerdote, el ofrendante debía usar el remanente para un festín religioso, en el cual debían participar los levitas, los extranjeros, los huérfanos y las viudas. Se proveía así para las ofrendas de gracias y los festines de las celebraciones anuales, y el pueblo había de frecuentar la compañía de los sacerdotes y levitas, a fin de recibir instrucción y ánimo en el servicio de Dios. Pero cada tercer año este segundo diezmo había de emplearse en casa, para agasajar a los levitas y a los pobres, como dijo Moisés: "Y comerán en tus villas, y se saciarán" (Deuteronomio 26:12). Este diezmo había de proveer un fondo para los fines caritativos y hospitalarios (**Patriarcas y profetas, p. 570**).

Por orden de Dios, Moisés estableció los límites de la tierra de Canaán y seleccionó un príncipe por cada tribu con el propósito de dividir la tierra que cada una de ellas tendría cuando llegaran a poseerla. Pero la tribu de Leví no estaba incluida en la distribución; habían sido elegidos para un servicio sagrado y no tendrían herencia entre sus hermanos. No obstante, cuarenta y ocho ciudades en diferentes partes del territorio serían su lugar para vivir (**Signs of the Times, 20 de enero, 1881**).

Jueves 19 de noviembre:

La vaca roja

A los hijos de Israel se les ordenó antiguamente que trajesen una ofrenda para toda la congregación, a fin de purificarla de la contaminación ceremonial. Este sacrificio era una vaquillona roja que representaba la ofrenda más perfecta que debía redimirlos de la contaminación del pecado. Era un sacrificio que se ofrecía circunstancialmente para purificar a todos los que habían llegado, por necesidad o accidente, a tocar muertos. A todos los que habían tenido algo que ver con la muerte se los consideraba ceremonialmente inmundos. Esto tenía como propósito inculcar entre los hebreos el hecho de que la muerte es consecuencia del pecado, y por lo tanto representa al mismo. La vaquillona, el arca y la serpiente de bronce: cada una de estas cosas señalaba en forma impresionante a la única gran ofrenda: el sacrificio de Cristo.

Esta vaquillona debía ser roja, símbolo de la sangre. Debía estar sin mancha ni defecto y no debía haber llevado nunca el yugo. En esto también prefiguraba a Cristo. El Hijo de Dios vino voluntariamente a realizar la obra de la expiación. No pesó sobre él ningún yugo obligatorio; porque era independiente y superior a toda ley. Los ángeles, como inteligentes mensajeros de Dios, estaban bajo el yugo de la obligación; ningún sacrificio

personal de ellos podía expiar la culpabilidad del hombre caído. Únicamente Cristo estaba libre de las exigencias de la ley para emprender la redención de la especie pecaminosa. Tenía poder para deponer su vida y para volverla a tomar. "El cual, siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios" (Filipenses 2:6).

Sin embargo, este Ser glorioso amaba al pobre pecador y tomó sobre sí la forma de siervo, a fin de sufrir y morir en lugar del hombre. Jesús podría haber permanecido a la diestra de su Padre, llevando su corona y vestiduras regias. Pero prefirió cambiar todas las riquezas, honores y gloria del cielo por la pobreza de la humanidad; y su alto puesto por los horrores del Getsemaní y la humillación y agonía del Calvario. Se hizo Varón de dolores, experimentado en quebranto, a fin de que por su bautismo de sufrimiento y sangre pudiese purificar y redimir a un mundo culpable. "Heme aquí –fue su gozoso asentimiento– para que haga, oh Dios, tu voluntad" (Hebreos 10:7) (**Joyas de los testimonios, tomo 1, pp. 483, 484**).

Después de rociar con hisopo la tienda, sobre la puerta de aquellos que habían sido purificados se escribía: "No soy mío, Señor; soy tuyo". Así debe ser con los que profesan ser purificados por la sangre de Cristo. Dios no es menos exigente ahora que en tiempos antiguos. En su oración, el salmista se refiere a esta ceremonia simbólica cuando dice: "Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré emblanquecido más que la nieve". "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí". "Vuélveme el gozo de tu salud; y el espíritu libre me sustente" (Salmo 51:7, 10, 12).

La sangre de Cristo es eficaz, pero necesita ser aplicada continuamente. No solo quiere Dios que sus siervos empleen para su gloria los recursos que les ha confiado, sino que desea que se consagren ellos mismos a su causa. Hermanos míos, si os habéis vuelto egoístas y estáis privando al Señor de aquello que debierais dar alegremente para su servicio, entonces necesitáis que se os aplique cabalmente la sangre de la aspersión, para consagraros vosotros y todos vuestros bienes a Dios (**Joyas de los testimonios, tomo 1, p. 485**).

...Si en la antigüedad los que eran impuros debían purificarse con la sangre aspergida, tanto más necesitan los que viven en los peligros de los últimos días y están expuestos a las tentaciones de Satanás que la sangre de Cristo se aplique a sus corazones. "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (Hebreos 9:13,14) (**Testimonios para la iglesia, tomo 4, p. 124**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 9
28 de Noviembre de 2009

El pecado de Moisés y de Aarón

Sábado 21 de noviembre

Aarón y Moisés pecaron ambos al no dar gloria y honor a Dios en las aguas de Meriba. Ambos estaban cansados y se sintieron provocados por las continuas quejas de Israel y, en un momento cuando Dios iba a desplegar misericordiosamente su gloria ante el pueblo para suavizar y subyugar sus corazones y para conducirlos al arrepentimiento, Moisés y Aarón se atribuyeron el poder de abrir la roca para ellos. "¡Oíd ahora rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?" (Números 20:10). Aquí había una oportunidad de oro para santificar al Señor en medio de ellos, para mostrarles a los israelitas la paciencia de Dios y su tierna compasión hacia ellos. Habían murmurado contra Moisés y Aarón porque no habían podido encontrar agua. Moisés y Aarón consideraron estas murmuraciones como una gran prueba y un deshonor para ellos, olvidando que era Dios a quien el pueblo estaba agraviando. Era en contra de Dios que estaban pecando y a quien estaban deshonorando, no en contra de aquellos que fueron nombrados por Dios para ejecutar su propósito. Estaban insultando a su mejor Amigo al acusar a Moisés y Aarón por sus calamidades; estaban murmurando contra la providencia de Dios.

Este pecado de estos nobles dirigentes fue grande. Sus vidas podrían haber sido ilustres hasta el fin. Habían sido grandemente exaltados y honrados; sin embargo, Dios no excusa el pecado de aquellos que están en posiciones exaltadas antes de hacerlo con aquellos que están en posiciones más humildes. Muchos cristianos profesos consideran a hombres que no reprueban o condenan el error como hombres de piedad y ciertamente cristianos, mientras que piensan que aquellos que se mantienen valientemente en defensa de lo recto y no ceden su integridad ante influencias no consagradas, carecen de piedad y de un espíritu cristiano (*Testimonios para la iglesia, tomo 3, pp. 332, 333*).

Domingo 22 de noviembre:
Cuando caen los gigantes

Después de cuarenta años de peregrinar por el desierto, los hijos de Israel acamparon en Cades, en el desierto de Zin. Allí murió María y fue sepultada. La corriente de vida que había fluído de la roca golpeada en Horeb los había seguido durante todos sus viajes; pero ahora el Señor había detenido las aguas justamente antes de que los hebreos llegaran a Cades. Era su propósito probar a su pueblo nuevamente para ver si humil-

demente confiaban en su providencia, o imitaban la incredulidad y la murmuración de sus progenitores.

Cuando la multitud sedienta no encontró agua, se tornó impaciente y rebelde. Todos se olvidaron de que había sido el poder de Dios que les había suplido agua de la roca por tantos años, y en lugar de confiar en su todopoderoso dirigente, comenzaron a murmurar contra Moisés y Aarón, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová!". Se referían a la plaga que destruyó a miles en la rebelión de Coré, Datán y Abiram (***Signs of the Times*, 30 de septiembre, 1880**).

La roca golpeada por orden divina para brindar el agua viviente era un símbolo de Cristo, herido y golpeado para que su sangre fuera la fuente de salvación para la raza humana. Y así como la roca debía ser golpeada una sola vez, Cristo habría de ser "ofrecido una sola vez, para quitar los pecados de muchos" (Hebreos 9:28). Pero cuando Moisés golpeó la roca nuevamente en Cades, el hermoso símbolo de Cristo se dañó, porque nuestro Salvador no necesitaría ser sacrificado por segunda vez. Su gran ofrenda fue hecha una sola vez y para siempre, y todos los que buscan las bendiciones de su gracia y derraman su corazón en oración penitente dirigida a su nombre, la recibirán. Tal oración enviada al herido Señor de las huestes celestiales, hará fluir su sangre que da vida, como fluyó el agua viviente para el sediento Israel.

Solo por una fe viviente en Dios y una humilde obediencia a sus mandatos puede el ser humano recibir su aprobación. En esta ocasión del poderoso milagro en Cades, Moisés, cansado de las murmuraciones y la rebelión del pueblo, perdió de vista a su poderoso ayudador y no siguió sus órdenes de "hablar a la peña" para que diera su agua. De esta manera malogró su registro con una exhibición de pasión y debilidad humanas. Así este hombre, que hubiera podido mantenerse puro, firme y fiel hasta el fin de su misión, fue vencido al final. Dios fue deshonrado ante la congregación de Israel, cuando en lugar de ello su nombre podría haber sido honrado y glorificado (***Signs of the Times*, 7 de octubre, 1880**).

Lunes 23 de noviembre: La muerte de Aarón

La obra de Aarón en favor de Israel había terminado. Cuarenta años antes, a la edad de ochenta y tres años, Dios le había llamado para que se uniera a Moisés en su grande e importante misión. Había cooperado con su hermano en la obra de sacar a los hijos de Israel de Egipto. Había sostenido las manos del gran jefe cuando los ejércitos hebreos luchaban denodadamente con Amalec. Se le había permitido ascender al monte Sinaí, aproximarse a la presencia de Dios y contemplar la divina gloria. El Señor había conferido el sacerdocio a la familia de Aarón, y le había honrado con la santa consagración de sumo sacerdote. Le había mantenido en su santo cargo mediante las pavorosas manifestaciones del juicio divino en la destrucción de Coré y su grupo. Gracias a la intercesión de Aarón se detuvo la plaga. Cuando sus dos hijos fueron muertos por haber desacatado el expreso mandamiento de Dios, él no se rebeló ni siquiera murmuró. No obstante, la foja de servicios de su vida noble había sido manchada. Aarón cometió un grave pecado cuando cedió a los clamores del pueblo e hizo el becerro de oro en el Sinaí; y otra vez cuando se unió a María en un arrebato de envidia y murmuración contra Moisés. Y junto con Moisés ofendió al Señor en Cades cuando violaron la orden de hablar a la roca para que diese agua.

Dios quería que estos grandes caudillos de su pueblo representasen a Cristo. Aarón llevaba el nombre de Israel en su pecho. Comunicaba al pueblo la voluntad de Dios. Entraba al Lugar Santísimo el día de la expiación, "no sin sangre", como mediador en pro de todo Israel. De esa obra pasaba a bendecir a la congregación, como Cristo vendrá a bendecir a su pueblo que le espera, cuando termine la obra expiatoria que está haciendo en su favor. El exaltado carácter de aquel santo cargo como representante de nuestro gran Sumo Sacerdote, fue lo que hizo tan grave el pecado de Aarón en Cades.

Con profunda tristeza, Moisés despojó a Aarón de sus santas vestiduras y se las puso a Eleazar, quien llegó a ser así sucesor de su padre por nombramiento divino. A causa del pecado que cometió en Cades, se le negó a Aarón el privilegio de oficiar como sumo sacerdote de Dios en Canaán, de ofrecer el primer sacrificio en la buena tierra, y de consagrar así la herencia de Israel. Moisés había de continuar llevando su carga de conducir al pueblo hasta los mismos límites de Canaán. Había de llegar a ver la tierra prometida, pero no había de entrar en ella. Si estos siervos de Dios, cuando estaban frente a la roca de Cades, hubieran soportado sin murmuración alguna la prueba a que allí se los sometió, ¡cuán diferente habría sido su futuro! Jamás puede deshacerse una mala acción. Puede suceder que el trabajo de toda una vida no recobre lo que se perdió en un solo momento de tentación o aun de negligencia (***Patriarcas y profetas*, pp. 451-453**).

Después de esperar ansiosamente, el pueblo avistó las siluetas de Moisés y Eleazar, que descendían lentamente; pero Aarón no los acompañaba. Eleazar tenía puestas las vestiduras sacerdotales y ello mostraba que había sucedido a su padre en el santo oficio. Con labios temblorosos y un entristecido semblante, Moisés explicó que Aarón había muerto en sus brazos en el monte Hor, y que allá se le había dado sepultura. La congregación prorrumpió en llanto y en lamentación, pues todos amaban de corazón a Aarón, aunque tan a menudo le habían causado dolor. Como una señal de respeto a su memoria, se realizaron servicios funerarios por treinta días en honor a su dirigente desaparecido (***Signs of the Times*, 14 de octubre, 1880**).

Martes 24 de noviembre: El pecado de la ingratitud

Las naciones de Canaán habían estado vigilando celosamente los movimientos de las vastas huestes de Israel. Recordaban con recelo la visita de los espías hebreos cuarenta años atrás, y ahora se mantenían constantemente en alerta para prevenir cualquier invasión de su territorio. Arad, uno de los reyes cananeos, después de haber sido informado por sus espías que los hijos de Israel habían acampado cerca del monte Hor, preparó un gran ejército y se fue a hacer guerra contra ellos. Tuvo una decidida victoria y se llevó una buena cantidad de prisioneros. Los israelitas se sintieron humillados por esta derrota y buscaron la ayuda de Dios con oración y ayuno. Prometieron solemnemente que si el Señor entregaba a sus enemigos en sus manos, ellos los destruirían juntamente con sus ciudades. El divino Protector de Israel se agradó de sus oraciones y respondió el clamor de su pueblo permitiendo que los cananeos fueran derrotados.

Esta victoria debiera haber llenado los corazones de los israelitas con gratitud; haberlos llevado a temer y confiar más en el Señor y a abandonar los pecados que los habían separado de él y de su ayuda. Pero exaltados con el éxito, se tomaron orgullosos y confiados en sí mismos, y pronto cayeron en el viejo hábito de murmurar. Se quejaron porque los ejércitos de Israel no habían avanzado inmediatamente después del cobar-

de informe de los doce espías cuarenta años atrás. Declararon que sus viajes por el desierto habían sido una demora innecesaria, puesto que hubieran podido conquistar a sus enemigos tan fácilmente como en esta ocasión. Reclamaron que si Dios y Moisés no hubieran interferido, ellos hubieran tomado posesión de la tierra prometida en aquel entonces. Se quejaron de la forma en que Dios había obrado con ellos, y finalmente se manifestaron descontentos y amargados.

Mientras continuaban su viaje hacia el sur, hacia el lugar donde la columna de nube los conducía, debían cruzar un área del desierto arenosa y caliente, desprovista de sombra o vegetación. El camino era largo y difícil, y el cansancio y la sed parecían difíciles de soportar. Su peregrinaje anterior en el desierto debiera haberles enseñando a confiar plenamente en Dios. Pero al enfrentar sufrimientos y pruebas, nuevamente fracasaron en mostrar fe y paciencia. Al pensar constantemente en los aspectos negativos de su viaje, se separaban más y más del Señor, hasta que un espíritu satánico, rebelde y desafiante, se apodero de ellos (***Signs of the Times*, 21 de octubre, 1880**).

Al responder a las fervientes oraciones de Israel y concederles una gran victoria sobre sus enemigos, el Señor había mostrado nuevamente su voluntad de ayudar a su pueblo cuando éste le buscara. Cuán terrible fue entonces su incredulidad y murmuración. El gran pecado de Israel fue considerar que Dios buscaba el mal para ellos; que restringía su libertad y los rodeaba de pruebas y dificultades. Sin embargo, en todo su peregrinaje habían tenido agua para saciar su sed, pan del cielo para satisfacer su hambre, paz y seguridad bajo la sombra de la columna de nube durante el día y la de fuego por la noche. Los ángeles los acompañaban mientras pasaban por los lugares abruptos y difíciles del desierto. Es un error pensar que Dios se alegra al ver el sufrimiento de sus criaturas, porque todo el Cielo está interesado en la felicidad de sus hijos. Cuando el ser humano se separa de Dios, o se va por el camino que lleva a las tinieblas y la muerte, la mano del Infinito permite el dolor, la desilusión y las pruebas, como una advertencia para evitar que sigan en el camino de la desobediencia y la destrucción (***Signs of the Times*, 21 de octubre, 1880**).

Miércoles 25 de noviembre: Las serpientes ardientes

Porque había estado escudado por el poder divino, Israel no se había dado cuenta de los innumerables peligros que lo habían rodeado continuamente. En su ingratitud e incredulidad había declarado que deseaba la muerte, y ahora el Señor permitió que la muerte le sobreviniera. Las serpientes venenosas que pululaban en el desierto eran llamadas serpientes ardientes a causa de los terribles efectos de su mordedura, pues producía una inflamación violenta y la muerte al poco rato. Cuando la mano protectora de Dios se apartó de Israel, muchísimas personas fueron atacadas por estos reptiles venenosos...

El pueblo se humilló entonces ante Dios. Muchos se acercaron a Moisés para hacerle sus confesiones y súplicas. "Pecado hemos –dijeron– por haber hablado contra Jehová, y contra ti" (Números 21:7-9). Poco antes le habían acusado de ser su peor enemigo, la causa de todas sus angustias y aflicciones. Pero aun antes que las palabras dejaran sus labios, sabían perfectamente que los cargos eran falsos; y tan pronto como llegaron las verdaderas dificultades, corrieron hacia él como a la única persona que podía interceder ante Dios por ellos...

Dios le ordenó a Moisés que hiciese una serpiente de bronce semejante a las vivas, y que la levantara ante el pueblo. Todos los que habían sido picados habían de mirarla y encontrarían alivio. Hizo lo que se le había mandado, y por todo el campamento cundió la grata noticia de que todos los que habían sido mordidos podían mirar la serpiente de bronce, y vivir. Muchos habían muerto ya, y cuando Moisés hizo levantar la serpiente en un poste, hubo quienes se negaron a creer que con solo mirar aquella imagen metálica se iban a curar. Estos perecieron en la incredulidad. No obstante, hubo muchos que tuvieron fe en lo provisto por Dios. Padres, madres, hermanos y hermanas se dedicaban afanosamente a ayudar a sus deudos dolientes y moribundos a fijar los ojos lánguidos en la serpiente. Si ellos, aunque desfallecientes y moribundos, podían mirarla una vez, se restablecían por completo...

El alzamiento de la serpiente de bronce tenía por objeto enseñar una lección importante a los israelitas. No podían salvarse del efecto fatal del veneno que había en sus heridas. Solamente Dios podía curarlos. Se les pedía, sin embargo, que demostraran su fe en lo provisto por Dios. Debían mirar para vivir. Su fe era lo aceptable para Dios, y la demostraban mirando la serpiente. Sabían que no había virtud en la serpiente misma, sino que era un símbolo de Cristo; y se les inculcaba así la necesidad de tener fe en los méritos de él. Hasta entonces muchos habían llevado sus ofrendas a Dios, creyendo que con ello expiaban ampliamente sus pecados. No dependían del Redentor que había de venir, de quien estas ofrendas y sacrificios no eran sino una figura o sombra. El Señor quería enseñarles ahora que en sí mismos sus sacrificios no tenían más poder ni virtud que la serpiente de bronce, sino que, como ella, estaban destinados a dirigir su espíritu a Cristo, el gran sacrificio propiciatorio.

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:14,15). Todos los que hayan existido alguna vez en la tierra han sentido la mordedura mortal de "la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás" (Apocalipsis 12:9). Los efectos fatales del pecado pueden eliminarse tan solo mediante lo provisto por Dios. Los israelitas salvaban su vida mirando la serpiente levantada en el desierto. Aquella mirada implicaba fe. Vivían porque creían la palabra de Dios, y confiaban en los medios provistos para su restablecimiento. Así también puede el pecador mirar a Cristo, y vivir. Recibe el perdón por medio de la fe en el sacrificio expiatorio. En contraste con el símbolo inerte e inanimado, Cristo tiene poder y virtud en sí para curar al pecador arrepentido (***Patriarcas y profetas, pp. 456-458***).

Jueves 26 de noviembre: Primeras conquistas

Seguro de su éxito, el rey salió con su enorme ejército a la llanura abierta; mientras que se oían los alaridos desafiantes que partían de la meseta superior, donde se podían ver las lanzas de millares deseosos de entrar en lucha. Cuando los hebreos miraron la forma alta de aquel gigante de gigantes que sobrepasaba a los soldados de su ejército, cuando vieron los ejércitos que le rodeaban y divisaron la fortaleza aparentemente inexpugnable, detrás de la cual miles de soldados invisibles estaban atrincherados, muchos corazones de Israel temblaron de miedo. Pero Moisés estaba sereno y firme; el Señor había dicho con respecto al rey de Basán: "No tengas temor de él, porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo, y su tierra; y harás con él como hiciste con Sehón rey Amorreo, que habitaba en Hesbón" (Deuteronomio 3:2).

La fe serena de su jefe inspiraba al pueblo a tener confianza en Dios. Lo entregaron todo a su brazo omnipotente, y él no les faltó. Ni los poderosos gigantes, ni las ciudades amuralladas, ni tampoco los ejércitos armados y las fortalezas escarpadas podían subsistir ante el Capitán de la hueste de Jehová. El Señor conducía al ejército; el Señor desconcertó al enemigo; y obtuvo la victoria para Israel. El gigantesco rey y su ejército fueron destruidos; y los israelitas no tardaron en poseer toda la región. Así se borró de la faz de la tierra esa gente extraña, que se había entregado a la iniquidad y a la idolatría abominable (***Patriarcas y profetas*, pp. 464, 465**).

En sus luchas con Og y Sehón, el pueblo se vio sometido a la misma prueba bajo la cual sus padres habían fracasado tan señaladamente. Pero la prueba era ahora mucho más severa que cuando Dios ordenó a los hijos de Israel que avanzaran. Las dificultades del camino habían aumentado desde que ellos rehusaron avanzar cuando se les mandó hacerlo en el nombre del Señor. Es así cómo Dios prueba aun ahora a sus hijos. Si no soportan la prueba, los lleva al mismo punto, y la segunda vez la prueba será más estrecha y severa que la anterior. Esto continúa hasta que soportan la prueba, o, si todavía son rebeldes, Dios les retira su luz, y los deja en tinieblas.

Los hebreos recordaban ahora cómo anteriormente, cuando sus fuerzas habían salido a luchar, fueron derrotadas y miles perecieron. Pero en aquel entonces habían salido a luchar en abierta oposición al mandamiento de Dios. Habían salido sin Moisés, el jefe nombrado por Dios, sin la columna de nube, símbolo de la presencia divina, y sin el arca. Pero ahora Moisés estaba con ellos, y fortalecía sus corazones con palabras de esperanza y fe; el Hijo de Dios, rodeado por la columna de nube, les mostraba el camino; y el arca santa acompañaba al ejército. Todo esto encierra una lección para nosotros. El poderoso Dios de Israel es nuestro Dios. En él podemos confiar, y si obedecemos sus requerimientos, obrará por nosotros tan señaladamente como lo hizo por su antiguo pueblo. Todo el que procure seguir el camino del deber se verá a veces asaltado por la duda e incredulidad. El camino estará a veces tan obstruido por obstáculos aparentemente insuperables, que ello podrá descorazonar a los que cedan al desaliento; pero Dios les dice: Seguid adelante. Cumplid vuestro deber cueste lo que costare. Las dificultades de aspecto tan formidable, que llenan vuestra alma de espanto, se desvanecerán a medida que, confiando humildemente en Dios, avancéis por el sendero de la obediencia (***Patriarcas y profetas*, pp. 465, 466**).

Viernes 27 de noviembre:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 436-466.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 10 5 de Diciembre de 2009

La “locura” del profeta

Sábado 28 de noviembre

Balaam "amó el premio de la maldad" (2 Pedro 2:15). El pecado de la avaricia que, según la declaración divina, es idolatría, le hacía buscar ventajas temporales, y por ese solo defecto, Satanás llegó a dominarlo por completo. Esto ocasionó su ruina. El tentador ofrece siempre ganancia y honores mundanos para apartar a los hombres del servicio de Dios. Les dice que sus escrúpulos excesivos les impiden alcanzar prosperidad. Así muchos se dejan desviar de la senda de una estricta integridad. Después de cometer una mala acción les resulta más fácil cometer otra, y se vuelven cada vez más presuntuosos. Una vez que se hayan entregado al dominio de la codicia y a la ambición de poder se atreverán a hacer las cosas más terribles. Muchos se lisonjean creyendo que por un tiempo pueden apartarse de la probidad estricta para alcanzar alguna ventaja mundana, y que después de haber logrado su fin, podrán cambiar de conducta cuando quieran. Los tales se enredan en los lazos de Satanás, de los que rara vez escapan (*Patriarcas y profetas*, p. 469).

Las Escrituras enseñan que la riqueza es una posesión peligrosa únicamente cuando se la hace competir con el tesoro inmortal. Se convierte en una trampa cuando lo mundano y lo temporal absorben los pensamientos, los afectos y la devoción que Dios reclama para sí. Los que cambian el eterno peso de gloria por un poco de brillo del oropel del mundo, las moradas eternas por una casa que puede ser suya en el mejor de los casos tan solo durante unos pocos años, están realizando una elección insensata. Tal fue el cambio realizado por Esaú cuando vendió su primogenitura por un plato de comida; por Balaam cuando rechazó el favor de Dios por la recompensa del rey de Madián; por Judas cuando traicionó al Señor de gloria por treinta piezas de plata (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, pp.144, 145).

Domingo 29 de noviembre: Un rey temeroso y engañado

La gente de Moab no había sido molestada por Israel; pero había observado con presentimientos inquietantes todo lo que había ocurrido en los países vecinos. Los amorreos ante quienes había tenido que retroceder, habían sido vencidos por los hebreos, y

el territorio que los amorreos habían arrebatado a Moab estaba ahora en posesión de Israel. Los ejércitos de Basán habían cedido ante el poder misterioso que encerraba la columna de nube, y las gigantescas fortalezas estaban ocupadas por los hebreos. Los moabitas no osaron arriesgarse a sacarlos; ante las fuerzas sobrenaturales que obraban en su favor, apelar a las armas era fútil. Pero, como Faraón, decidieron acudir al poder de la hechicería para contrarrestar la obra de Dios. Atraerían una maldición sobre Israel.

La gente de Moab estaba estrechamente relacionada con los madianitas, por vínculos nacionales y de religión. Así que Balac, rey de Moab, despertó los temores de ese pueblo pariente, y obtuvo su cooperación en sus propósitos contra Israel mediante el siguiente mensaje: "Ahora lamerá esta gente todos nuestros contornos, como lame el buey la grama del campo" (Números 22:4). Era fama que Balaam, habitante de Mesopotamia, poseía poderes sobrenaturales, y esa fama había llegado a la tierra de Moab. Se acordó solicitar su ayuda. Por consiguiente, enviaron mensajeros "los ancianos de Moab, a los ancianos de Madián", para asegurarse los servicios de sus adivinaciones y su magia contra Israel (***Patriarcas y profetas*, pp. 467, 468**).

Lunes 30 de noviembre: Balaam

Balaam le preguntó a Dios si podía maldecir a Israel pues se le estaba ofreciendo una gran recompensa; Dios le dijo que no lo hiciera. Pero los mensajeros del rey le ofrecieron aun mayores recompensas. Tan ansioso estaba de recibir las que, aunque ya conocía cuál era la voluntad divina, decidió pedirle al Señor por segunda vez, y Dios le permitió a Balaam pasar por esta tremenda experiencia. ¿Acaso alguien desearía pasar por un evento semejante? La razón indicaría que no. Sin embargo, muchos que conocen claramente su deber lo aceptan solo si está en armonía con sus inclinaciones naturales. Aunque las circunstancias y la razón le indiquen claramente el camino a seguir, están dispuestos a insistir ante Dios para preguntarle lo que deben hacer. Y Dios le permitirá a esas personas hacer su propia voluntad y seguir los deseos de su propio corazón. "Pero mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos" (Salmo 81:11, 12).

Aquellos que están deseosos de seguir un curso de acción que satisface sus inclinaciones están en peligro de hacer su propia voluntad pensando que el Espíritu de Dios los está guiando. Aunque los hechos y las circunstancias le indiquen lo contrario, están más dispuestos a seguir los consejos de los amigos que los de Dios, porque están más en armonía con sus propios deseos. Han orado larga y fervorosamente para obtener la luz y piensan que la respuesta ha llegado a través de sus sentimientos; pero se están engañando a sí mismos y entristecen al Espíritu de Dios. Tienen la luz y saben lo que deben hacer; pero sus mentes se orientan en la dirección incorrecta y siguen insistiendo ante el Señor hasta que él finalmente permite que sigan adelante y sufran los resultados (***Review and Herald*, 27 de julio, 1886**).

Balaam no ignoraba las poderosas obras de Dios en favor de Israel. Sabía cómo había desplegado su poder y majestad al sacarlos de la esclavitud. Conocía las historias de la destrucción de Faraón y sus ejércitos; de las poderosas manifestaciones en el Sinaí; de sus incontables milagros en el desierto, y sus recientes triunfos sobre Og y Sehón. Estos extraordinarios eventos se habían escuchado cerca y lejos, y Balaam los conocía muy bien. Sabía que era algo terrible hacer guerra contra el Dios infinito; también sabía

que aunque maldijera a Israel, no le podría hacer daño porque el Señor estaba con ellos. Mientras ellos le fueran fieles, no había poder en la tierra o en el infierno que pudiera prevalecer contra ellos.

Pero los embajadores moabitas habían expresado gran confianza en los poderes misteriosos que Balaam poseía, que según ellos creían podía destruir ejércitos y naciones. Y su orgullo se sintió exaltado cuando escuchó las palabras: "Yo sé que el que tú bendigas será bendito, y el que tú maldigas será maldito" (Números 22:6). La posibilidad de grandes regalos y los honores que recibiría excitó su codicia y decidió aceptar los tesoros ofrecidos. Entonces, mientras profesaba obedecer la voluntad divina, a la vez estaba planeando cómo cumplir con los propósitos de Balac.

Satanás ofrece siempre ganancia y honores mundanos para apartar a los hombres del servicio de Dios. Les dice que sus escrúpulos excesivos les impiden alcanzar prosperidad. Así muchos se dejan desviar de la senda de una estricta integridad. Después de cometer una mala acción les resulta más fácil cometer otra, y se vuelven cada vez más presuntuosos. Una vez que se entregan al dominio de la codicia y a la ambición de poder, se atreverán a hacer las cosas más terribles. Si, en cambio, se buscaran las cosas de valor imperecedero, como las riquezas eternas y la inmortalidad, no se prestaría atención a las tentaciones satánicas (***Signs of the Times*, 18 de noviembre, 1880**).

Balaam tenía conocimiento del Dios verdadero y profesaba estar convertido. Pero su experiencia con las artes mágicas ejercía un poder encantador sobre él. Cuando Balac le solicitó maldecir a Israel y le ofreció riqueza y renombre, estuvo dispuesto a hacerlo a pesar de que Dios le dijo que no le permitiría usar su magia y encantamientos en contra de su pueblo. Por eso, cuando Balaam se levantó para cumplir el pedido del rey de Moab, sus labios expresaron palabras muy diferentes a las que el rey esperaba oír. "Entonces Balac dijo a Balaam: ¿Qué me has hecho? Te he traído para que maldigas a mis enemigos, y he aquí has proferido bendiciones" (Números 23: 11) (***The Youth's Instructor*, 12 de octubre, 1899**).

Martes 1 de diciembre: Confrontación no natural

Por segunda vez Balaam fue probado. En su respuesta a las peticiones de los embajadores hizo alarde de tener mucha conciencia y probidad, y les aseguró que ninguna cantidad de oro y de plata podía persuadirle a obrar contra la voluntad de Dios. De esta forma mostraba su hipocresía, puesto que la voluntad de Dios ya le había sido mostrada, pero su corazón deseaba cumplir con el pedido del rey porque deseaba tener una excusa para gratificar su deseo de honor y riquezas.

El corazón de Balaam se volcaba más hacia los enemigos de Dios que al pueblo de Israel. Si hubiera deseado sinceramente hacer la voluntad de Dios, hubiera rechazado de plano la recompensa de Balac y hubiese despedido inmediatamente a sus mensajeros. De esa manera hubiera ganado una victoria sobre su inclinación a la avaricia, que lo llevaría a la ruina si no la vencía. El pecado de la avaricia es denunciado claramente en la Palabra de Dios. La mundanalidad, la avaricia, la codicia y los vicios, deterioran a la persona en su totalidad; son los frutos del pecado y del egoísmo y deshonran a Dios (***Signs of the Times*, 25 de noviembre, 1880**).

Si Balaam hubiera estado en su uso de razón se hubiese maravillado e inmediatamente comprendido que un poder sobrenatural se enfrentaba en su camino. Pero una ira ingobernable había destronado la razón y no se daba cuenta que estaba ocurriendo un maravilloso milagro. Le respondió al animal como si estuviera conversando con un ser inteligente. "Y Balaam respondió al asna: Porque te has burlado de mí. ¡Ojalá tuviera espada en mi mano, que ahora te mataría!" (Números 22:29). Aquí encontramos a un hombre que se consideraba un mago profesional, que iba en camino a maldecir a un pueblo con el propósito de paralizarle su fortaleza, ¡y no podía siquiera matar a la humilde bestia en la que cabalgaba!

Los ojos de Balaam fueron abiertos y contempló al ángel de Dios, con su espada lista para matarlo. Ahora estaba más aterrorizado que la pobre bestia que había visto al ángel antes que él. Balaam dobló su cabeza y cayó sobre su rostro. Entonces el ángel le dijo: "¿Por qué has azotado tu asna estas tres veces? He aquí yo he salido para resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí. El asna me ha visto, y se ha apartado luego de delante de mí estas tres veces; y si de mí no se hubiera apartado, yo también ahora te mataría a ti, y a ella dejaría viva" (Números 22:32, 33).

Al ver al mensajero de Dios. Balaam exclamó aterrorizado: "He pecado, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino; mas ahora, si te parece mal, yo me volveré". El Señor, en su sabiduría, le permitió seguir adelante; pero le dijo claramente que sus palabras estarían controladas por el poder divino. Dios deseaba mostrarle a Moab que los hebreos estaban guardados por el Cielo, y lo haría de una manera efectiva mostrándole que Balaam, por más que se le ofreciera las mayores recompensas, no podría pronunciar una maldición contra Israel (***Signs of the Times, 25 de noviembre, 1880***).

Miércoles 2 de diciembre: "La muerte de los rectos"

Balaam confesó que había venido con el objeto de maldecir a Israel; pero las palabras que pronunció contradijeron rotundamente los sentimientos de su corazón. Se le obligó a pronunciar bendiciones, en tanto que su alma estaba henchida de maldiciones.

Mientras Balaam miraba el campamento de Israel, contempló con asombro la evidencia de su prosperidad. Se lo habían pintado como una multitud ruda y desorganizada que infestaba el país con grupos de merodeadores que afligían y aterrorizaban las naciones circunvecinas; pero lo que veía era todo lo contrario. Notó la vasta extensión y el orden perfecto del campamento, y que todo denotaba disciplina y orden cabales. Le fue revelado el favor que Dios dispensaba a Israel, y el carácter distintivo de ese pueblo escogido. No habla de equipararse a las otras naciones, sino de superarlas en todo. El "pueblo habitará confiado, y no será contado entre las gentes". Cuando se pronunciaron estas palabras, los israelitas aun no se habían establecido permanentemente en un sitio, y Balaam no conocía su carácter particular y especial ni sus modales y costumbres. Pero ¡cuán sorprendentemente se cumplió esta profecía en la historia ulterior de Israel! A través de todos los años de su cautiverio y de todos los siglos de su dispersión, han subsistido como pueblo distinto de los demás. Así también los hijos de Dios, el verdadero Israel, aunque dispersados entre todas las naciones, no son sino advenedizos en la tierra, y su ciudadanía está en los cielos.

No solo se le mostró a Balaam la historia del pueblo hebreo como nación, sino que contempló el incremento y la prosperidad del verdadero Israel de Dios hasta el fin. Vio cómo el favor especial del Altísimo asistía a los que le aman y le temen. Los vio, sostenidos por su brazo, entrar en el valle de la sombra de muerte. Y les vio salir de la tumba, coronados de gloria, honor e inmortalidad. Vio a los redimidos regocijarse en las glorias imperecederas de la tierra renovada. Mirando la escena exclamó: "¿Quién contará el polvo de Jacob, o el número de la cuarta parte de Israel?" Y al ver la corona de gloria en cada frente y el regocijo que resplandecía en todos los semblantes, contempló con anticipación aquella vida ilimitada de pura felicidad, y rogó solemnemente: "¡Muera mi persona de la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya!" (***Patriarcas y profetas*, pp. 475, 476**).

¡Qué testimonio tuvo la oportunidad de dar Balaam delante de reyes y príncipes! La luz del cielo brilló sobre la mente del profeta revelándole los propósitos de Dios hacia su pueblo. Si Balaam hubiera tenido la disposición de aceptar esa luz, se hubiese separado para siempre de Moab y hubiera retornado a Dios con profundo arrepentimiento y humillación. Pero no lo hizo; amó más los valores materiales, los que trató de asegurarse a cualquier costo.

Es difícil para alguien que coloca sus pies en el camino equivocado volverse sobre sus pasos. Cuando alguien cede a la tentación de recibir ganancias u honores para tratar de perjudicar o destruir al pueblo de Dios, ha entrado en un camino que lo llevará a la destrucción, porque está haciendo la obra de Satanás y está siendo guiado por su espíritu y sus planes. Dios puede convencerlo de su error como lo hizo con Balaam, y si decide cambiar su rumbo puede ser redimido; pero rara vez ocurre eso porque no se humilla el corazón para convertirse. Como Balaam, desea que su final sea como el de los justos, pero no se tiene la voluntad de vivir la vida de los justos (***Signs of the Times*, 2 de diciembre, 1880**).

Jueves 3 de diciembre: Estrella y cetro

Balaam profetizó que el rey de Israel sería más grande y más poderoso que Agag. Tal era el nombre que se daba a los reyes de los amalecitas, entonces nación poderosa; pero Israel, si era fiel a Dios, subyugaría a todos sus enemigos. El Rey de Israel era el Hijo de Dios; su trono se había de establecer un día en la tierra, y su poder se exaltaría sobre todos los reinos terrenales.

Al escuchar las palabras del profeta, Balac quedó abrumado por la frustración de su esperanza, por el temor y la ira. Le indignaba el hecho de que Balaam se hubiera atrevido a darle la menor promesa de una respuesta favorable, cuando todo estaba resuelto contra él. Miraba con desprecio la conducta transigente y engañosa del profeta. El rey exclamó airado: "Húyete, por tanto, ahora a tu lugar; yo dije que te honraría, mas he aquí que Jehová te ha privado de honra". La contestación que recibió el rey fue que se le había prevenido que Balaam solo podría pronunciar el mensaje dado por Dios.

Antes de volver a su pueblo, Balaam emitió una hermosísima y sublime profecía con respecto al Redentor del mundo y a la destrucción final de los enemigos de Dios: "Veré-lo, mas no ahora: lo miraré, mas no de cerca: Saldrá ESTRELLA de Jacob, y levantaráse cetro de Israel, y herirá los cantones de Moab, y destruirá todos los hijos de Seth" (Números 24:17). Y concluyó prediciendo el exterminio total de Moab y de Edom, de

Arnalec y de los cineos, con lo que privó al rey de los moabitas de todo rayo de esperanza.

Frustrado en sus esperanzas de riquezas y de elevación, en desgracia con el rey, y sabiendo que había incurrido en el desagrado de Dios, Balaam volvió de la misión que se había impuesto a sí mismo. Después que llegara a su casa, le abandonó el poder del Espíritu de Dios que lo había dominado, y prevaleció su codicia, que hasta entonces había sido tan solo refrenada. Estaba dispuesto a recurrir a cualquier ardid para obtener la recompensa prometida por Balac. Balaam sabía que la prosperidad de Israel dependía de que éste obedeciera a Dios y que no había manera alguna de ocasionar su ruina sino induciéndole a pecar. Decidió entonces conseguir el favor de Balac aconsejándoles a los moabitas el procedimiento que se había de seguir para traer una maldición sobre Israel.

Regresó inmediatamente a la tierra de Moab y expuso sus planes al rey. Los moabitas mismos estaban convencidos de que mientras Israel permaneciera fiel a Dios, él sería su escudo. El proyecto propuesto por Balaam consistía en separarlos de Dios, induciéndoles a la idolatría. Si fuese posible hacerlos participar en el culto licencioso de Baal y Astarté, ello los enemistaría con su omnipotente Protector, y pronto serían presa de las naciones feroces y belicosas que vivían en derredor suyo. De buena gana aceptó el rey este proyecto, y Balaam mismo se quedó allí para ayudar a realizarlo.

Balaam presenció el éxito de su plan diabólico. Vio cómo caía la maldición de Dios sobre su pueblo y cómo millares eran víctimas de sus juicios; pero la justicia divina que castigó el pecado en Israel no dejó escapar a los tentadores. En la guerra de Israel contra los madianitas, Balaam fue muerto. Había presentado que su propio fin estaba cerca cuando exclamó: "Muera mi persona de la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya". Pero no había escogido la vida de los rectos, y tuvo el destino de los enemigos de Dios (***Patriarcas y profetas***, pp. 480, 481).

Viernes 4 de diciembre:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 467-482; *El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 433-68.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbese para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 11
12 de Diciembre de 2009

Inmoralidad en la frontera

Sábado 5 de diciembre

Dios no permitiría a Balaam maldecir a Israel pero Satanás sabía cómo vencerlos. Aconsejado por Balaam, Balac tendió la trampa, y los israelitas que habían resistido a sus enemigos con valor en las batallas y los habían vencido, no pudieron resistir la tentación de participar de sus fiestas idólatras y del vino que nublaba sus mentes. Este pecado de los hebreos trajo la destrucción que las guerras y los encantamientos de Balaam no habían logrado. La protección del Señor fue removida y el mismo Dios se tornó su ejecutor. La ira divina cayó sobre ellos y los juicios destruyeron a los más culpables. Pronto comprendieron que "la paga del pecado es muerte".

Satanás está ahora trabajando con el mismo propósito de debilitar y destruir al pueblo de Dios que se encuentra en los bordes mismos de la Canaán celestial. Sabe que su tiempo es corto y dedica todo su tremendo poder para entrapar, con sutiles tentaciones, a los que tienen puntos débiles en su carácter. Los que han ensuciado sus mentes con afectos que Dios prohíbe, lo deshonrarán con diversas formas de idolatría hasta que, separados de él, se dedicarán a sus pasiones más viles. Es necesario cuidar los pensamientos, rodear el alma con los consejos de la santa Palabra de Dios, y cuidarse constantemente de ser llevado al pecado (*Bible Echo and Signs of the Times*, 1 de octubre, 1889).

Domingo 6 de diciembre: Seducción

Los israelitas estaban ahora en los bordes mismos de Canaán; solo el río Jordán los separaba de la tierra prometida. Hacia el oeste, cruzando el río, había una gran planicie cubierta con verdor y regada por copiosas corrientes y fuentes de agua. Todo mostraba hermosura y fertilidad, y ellos estaban ansiosos por entrar a poseer su herencia. La conquista de los amorreos y de las gigantes huestes de Basán les había dado confianza de que tendrían el mismo éxito al otro lado del río. Con gran esperanza mantenían sus ojos fijos en la columna de nube, impacientes por verla moverse y conducirlos hacia adelante. Pero la nube se mantenía quieta sobre la cima de las montañas brindando sombra al Tabernáculo.

Este período de espera fue empleado por Moisés para preparar al pueblo para la ocupación definitiva de Canaán. Sin embargo, mientras este gran dirigente dedicaba su tiempo y atención para esa tarea, el pueblo, cansado de esperar impacientemente por varias semanas, comenzó a dejar de lado la virtud y la integridad, y su historia fue marcada por una abierta inmoralidad (**Signs of the Times, 18 de noviembre, 1880**).

En ese tiempo, las mujeres madianitas, a veces solas y en ocasiones en pequeñas compañías, recorrían furtivamente el campamento sin despertar alarma, de tal manera que sus planes no llamaban la atención incluso de Moisés. El propósito de estas mujeres era intentar llevar a los israelitas a sus ritos, tradiciones y costumbres paganas, y separarlos así de su Dios y llevarlos a transgredir la ley divina. Se mostraban amigables y no querían levantar sospechas ni la indignación de Moisés; sin embargo, no se daban cuenta que el Dios que todo lo ve, conocía sus intenciones.

Sus planes fueron exitosos. Muy pronto el veneno de la inmoralidad y la idolatría se había esparcido como una infección fatal en todo el campamento de Israel. El pueblo parecía infatuado y los dirigentes estuvieron entre los primeros en cruzar la línea. Tan grande fue la apostasía que la Palabra sagrada registra que "acudió el pueblo a Baal-peor". ¡Que lástima que ese pueblo que había sido tan protegido del poder satánico, ahora cayó deliberadamente en las redes que él había colocado para ellos! (**Signs of the Times, 30 de diciembre, 1880**).

La licencia fue el crimen que atrajo los castigos de Dios sobre Israel. La audacia de las mujeres para enredar las almas no terminó en Baal-peor. A pesar del castigo que vino sobre los pecadores de Israel, el mismo crimen se repitió varias veces. Satanás trabajó muy diligentemente buscando la ruina completa de Israel. Con el consejo de Balaam, Balac puso la trampa. Los israelitas hubieran hecho frente con valor a sus enemigos en la batalla, y los hubieran rechazado, saliendo vencedores; pero cuando las mujeres llamaron su atención buscando su compañía, y los engañaron mediante sus encantos, no resistieron la tentación. Fueron invitados a fiestas idólatras, y el exceso de vino oscureció más aún su mente ofuscada. Perdieron su poder de dominio propio, así como su lealtad a la ley de Dios. Sus sentidos estaban tan ofuscados con el vino, y sus pasiones no santificadas habían tomado tanta fuerza venciendo toda barrera, que provocaron la tentación a asistir a esas fiestas idólatras. Esos hombres valientes que nunca habían vacilado en la batalla, no protegieron sus almas para resistir la tentación de complacer sus pasiones más bajas... Primeramente mancharon su conciencia con la lujuria, y luego se apartaron de Dios aún más mediante la idolatría, mostrando de esta forma desprecio por el Dios de Israel.

Cerca del fin de la historia de este mundo, Satanás trabajará con todos sus poderes de la misma manera y con las mismas tentaciones que usó para tentar al antiguo Israel justamente antes que entrara en la tierra prometida. Preparará trampas para aquellos que dicen guardar los mandamientos de Dios, y que están casi al borde de la Canaán celestial. Usará sus poderes a fin de atrapar las almas, y hacer caer al pueblo profeso de Dios en sus puntos más débiles (**Conflicto y valor, p. 115**).

**Lunes 7 de diciembre:
Detrás de las escenas**

La Biblia presenta muchas sorprendentes ilustraciones de la fuerte influencia que ejercieron mujeres mal intencionadas. Cuando Balaam fue llamado a maldecir a Israel, no le fue permitido hacerlo porque el Señor "no ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel" (Números 23:21). Pero Balaam, que ya había cedido a la tentación, se transformó completamente en agente de Satanás; y resolvió lograr indirectamente lo que Dios no le había permitido hacer en forma directa. En seguida tendió un lazo por el cual Israel quedaría seducido por las hermosas mujeres moabitas, quienes los inducirían a transgredir la ley de Dios. Así se hallaría iniquidad en el pueblo y la bendición de Dios no descansaría sobre los israelitas. Sus fuerzas quedarían grandemente debilitadas y sus enemigos ya no temerían su poder, porque la presencia del Señor del los ejércitos no estaría con ellos.

Esto está destinado a servir de advertencia para el pueblo de Dios que vive en los últimos días. Si busca la justicia y la verdadera santidad, si guarda todos los mandamientos de Dios no se permitirá a Satanás ni a sus agentes que lo venzan. Toda la oposición de sus más acérrimos enemigos resultará impotente para destruir o desarraigar la vid plantada por Dios. Satanás entiende lo que Balaam aprendió por triste experiencia, a saber, que no hay encantamiento contra Jacob ni adivinación contra Israel mientras que la iniquidad no es albergada en su medio; por lo tanto, emplea siempre su Poder e influencia para manchar su unidad y contaminar la pureza de su carácter. Tiende sus lazos de mil maneras para debilitar su poder en favor del bien (***Joyas de los testimonios*, tomo 2, pp. 240, 241**).

Balaam había sido obligado a bendecir cuando su corazón deseaba maldecir; estaba desilusionado por no haber alcanzado riquezas y renombre, y tan desanimado por los resultados como el propio rey Balac. Pero el propio príncipe de las tinieblas le sugirió un nuevo plan que parecía excelente para destruir a Israel. Cuando le fue propuesto al rey, éste lo adoptó de inmediato.

Los moabitas ya se habían dado cuenta que mientras Israel permaneciera fiel a Dios, él sería su escudo y ningún poder de la tierra o del infierno podría dañarlos. El nuevo plan intentaría separar al pueblo de su Dios haciéndolos caer en el pecado. Si podían atraerlos al lujurioso culto de Baal y Astarté, entonces su omnipotente Protector se transformaría en su enemigo y caerían fácil presa de las naciones fuertes y guerreras que los rodeaban. Balaam se volvió a su hogar distante; pero su plan diabólico fue inmediatamente puesto en marcha (***Signs of the Times*, 16 de diciembre, 1880**).

Martes 8 de diciembre: Pecado y castigo

Repentinamente Moisés se dio cuenta del terrible mal que permeaba el campamento y se asombró de su extensión y naturaleza. Estas mujeres impías habían logrado hacer participar al pueblo en las abominables escenas del culto a Baal, y los sacrificios y fiestas sacrílegas ahora estaban siendo practicados entre los israelitas. El anciano dirigente se llenó de indignación y la ira de Dios se levantó contra el pueblo; el Señor ordenó a Moisés que todos los que habían caído en la idolatría fuesen muertos.

Esta orden fue inmediatamente obedecida. Una terrible mortandad se esparció en el campamento y murieron veinticuatro mil. El resto del pueblo comprendió la enormidad de su pecado y se llenó de terror, no sabiendo cuándo terminaría ese castigo que consideraba justo. Todos se dirigieron apresuradamente al Tabernáculo, y con lágrimas y

profunda humillación confesaron su gran pecado (***Signs of the Times*, 30 de diciembre, 1880**).

En los juicios que sobrevinieron por el pecado de Israel podemos ver cómo Dios aborrece la mundanalidad, la idolatría y la lujuria. Esos mismos pecados que amenazaron la prosperidad y aun la existencia del antiguo pueblo de Dios, existen ahora. La inmoralidad y la lujuria se incrementan constantemente, y un encantamiento poderoso parece caer sobre cada alma que no está sustentada en principios firmes. Los consejos de los padres y las madres y de los mensajeros de Dios no son escuchados, y los afectos que debieran estar centrados en Dios son dados a la idolatría y a cosas indignas (***Signs of the Times*, 30 de diciembre, 1880**).

Fue por misericordia que el Señor destruyó a quienes habían sido tentados por el culto a Baal. Si se les hubiera permitido vivir, su influencia hubiese corrompido a toda la congregación de Israel. El juicio que cayó sobre ellos es una advertencia para otros que descuidan el honor y la gloria que Dios merece. A menudo los juicios de Dios reprimen la iniquidad y descubren los pecados de los que desobedecen sus leyes; en cambio muestra misericordia hacia aquellos que le obedecen y evita que caigan en el peligro de seguir sus propias inclinaciones (***Review and Herald*, 31 de agosto, 1905**).

Miércoles 9 de diciembre: Pecado abierto

Mientras el pueblo estaba aún llorando ante Dios a la puerta del Tabernáculo, y la mortandad y los jueces seguían haciendo su terrible obra, uno de los nobles de Israel apareció atrevidamente acompañado de una princesa madianita a quien había invitado a su tienda. La indignación del pueblo fue grande y el castigo fue inmediato. Finees, el hijo de Eleazar, el sumo sacerdote, se levantó de la congregación y mató a los dos. Este acto fue aprobado por Dios y la mortandad cesó de inmediato. El sacerdote había ejecutado el juicio divino y hecho expiación por todo el pueblo; por lo tanto Dios hizo un pacto con él y con su descendencia para siempre.

Al leer esta historia nos parece imposible que un hombre pudiera estar tan enceguecido por el encanto de una mujer que pudiera rebelarse contra el Cielo aun en medio de una manifestación terrible de la ira divina. Pero la naturaleza humana es tan necia hoy como lo fue entonces. Las tentaciones satánicas no son menos fuertes que en los días del antiguo Israel.

Satanás ha alcanzado siempre sus más grandes éxitos cuando tienta al pueblo de Dios a no mantenerse separado del mundo, ni separado de sus costumbres, de sus principios y de sus prácticas. Solo hay dos grupos en la tierra: los siervos de Dios y los siervos de Satanás. Los principios de ambos grupos son opuestos en todos los detalles. Nuestro Señor Jesucristo, que vino a triunfar sobre el príncipe de las tinieblas, dice: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (Juan 15:19). Aquí Cristo hace una distinción bien clara entre el mundo y sus seguidores. Los que son del mundo están en directa oposición a los que aman a Dios y guardan sus mandamientos. Sus seguidores deben guardar sus corazones con diligencia para que lo humano no se exalte sobre lo divino, porque si los que profesan amar y servir a Dios siguen ciegamente sus impulsos en lugar de seguir la razón y la conciencia, caerán bajo los artificios satánicos. Los afectos deben ser controlados para que no se coloquen sobre objetos o personas in-

dignas, que están prohibidos por la Palabra de Dios (***Signs of the Times*, 30 de diciembre, 1880**).

Mientras [el pueblo] lloraba así ante Dios a la puerta del Tabernáculo, y la plaga aun hacía su obra de exterminio, y los magistrados ejecutaban su terrible comisión, Zimri, uno de los nobles de Israel, vino audazmente al campamento, acompañado de una ramera madianita, princesa de una familia distinguida de Madián, a quien él llevó a su tienda. Nunca se ostentó el vicio más osada o tercamente. Embriagado de vino, Zimri publicó "su pecado como Sodoma", y se enorgulleció de lo que debiera haberle avergonzado. Los sacerdotes y los jefes se habían postrado en aflicción y humillación, llorando "entre la entrada y el altar" e implorando al Señor que perdonara a su pueblo y que no entregara su heredad al oprobio, cuando este príncipe de Israel hizo alarde de su pecado en presencia de la congregación como si desafiara la venganza de Dios y se burlara de los jueces de la nación. Finees, hijo del sumo sacerdote Eleazar, se levantó de entre la congregación, y asiendo una lanza, "fue tras el varón de Israel a la tienda", y lo mató a él y a la mujer. Así se detuvo la plaga y el sacerdote que había ejecutado el juicio divino fue honrado ante Israel, y el sacerdocio le fue confirmado a él y a su casa para siempre (***Patriarcas y profetas*, pp. 485, 486**).

Jueves 10 de diciembre: La destrucción de los madianitas

La obra de Moisés por Israel casi había terminado, sin embargo debía realizar un acto más antes de pasar al descanso. "Haz la venganza de los hijos de Israel sobre los Madianitas —he la orden que se le dio a Moisés— después serás recogido a tu pueblo" (Números 31:2). Esta orden ha sido dada directamente por Cristo, su invisible dirigente, y fue inmediatamente obedecida. Mil hombres de cada una de las tribus de Israel fueron seleccionados y enviados contra los madianitas. Estos fueron derrotados y se produjo una gran mortandad.

Algunos consideran estos juicios divinos contra las naciones paganas como duros e inmisericordes al destruir tantas vidas humanas, pero los tales no entienden el trato de Dios con estas naciones. En su infinita misericordia el Señor, por largo tiempo, no había destruido estas naciones idólatras y les había dado evidencia tras evidencia que él era el Dios a quien debían servir. Le había ordenado a Moisés no hacer guerra contra Moab o Madián porque la copa de su iniquidad aún no se había completado; una vez más brillaría la luz del trono de Dios sobre ellos.

Cuando el rey de Moab llamó a Balaam para pronunciar una maldición sobre Israel a fin de destruirlo, la bondad y la misericordia de Dios fueron extraordinariamente exhibidas. Ese hipócrita y corrupto buscador de riquezas que estaba dispuesto a maldecir al pueblo de Dios para recibir su recompensa, fue constreñido a pronunciar las más ricas y sublimes bendiciones sobre ellos. Los mismos moabitas comprendieron que el poder de Dios controlaba al ambicioso profeta y lo compelmía a declarar a Israel su pueblo elegido y el objeto de su protección. Era el último rayo de luz que brillaba sobre este pueblo que se había declarado en abierto desafío a la voluntad divina. Cuando los madianitas tendieron la trampa que Balaam había sugerido, la que provocó la destrucción de tantos miles, llenaron la copa de su iniquidad; se cerró la puerta de la misericordia para ellos, y terminó su tiempo de prueba. Aquel que puede crear y que puede destruir, ordenó: "Haz la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas".

Aquellos que cuestionan la sabiduría y la justicia de Dios en su trato con sus criaturas, debieran comprender su incompetencia y su limitada sabiduría para juzgar la conducta del Juez de toda la tierra. Lo que debieran hacer es conducirse ellos mismos de tal manera que no provoquen su ira, y dejar que él se maneje de la manera que considere necesaria para cumplir sus sabios propósitos.

Moisés se había llenado de tristeza e indignación al ver cómo esas trampas engañosas habían hecho caer a los israelitas en el pecado y habían traído la ira de Dios sobre ellos. Al ordenar que fueran a la guerra contra los madianitas, Moisés no solamente vio el cumplimiento de los justos juicios de Dios sobre ellos, sino su misericordia al dar a Israel una victoria contra los que habían intentado destruirlo a toda costa. Los israelitas debían entrar en esta guerra, no para buscar revancha, sino como instrumentos de Dios, para cumplir con celo el divino mandato y buscar su gloria (***Signs of the Times*, 6 de enero, 1881**).

En nuestros días, como en el pasado, es un trabajo desagradable reprobado el pecado. Pero Dios usa seres humanos como sus instrumentos para hacerlo; personas de propósito firme, a quienes las amenazas o el peligro no pueden intimidar; que nunca olvidan su sagrada comisión de ser siervos del Altísimo; que con el coraje de los héroes y la firmeza y la fe de los mártires están dispuestos a destruir las imágenes idólatras que han usurpado un lugar en la mente de los seres humanos; que están dispuestos a entrar en batalla contra las fuerzas armadas del mal, no para gratificarse a sí mismos sino para buscar la gloria de Dios (***Signs of the Times*, 6 de enero, 1881**).

Viernes 11 de diciembre:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 483-493.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 12
19 de Diciembre de 2009

La segunda generación: Amonestaciones

Sábado 12 de diciembre

Moisés pronto iba a morir; se le ordenó entonces reunir a los hijos de Israel antes de su muerte para informarles acerca de todas las peregrinaciones de la hueste hebrea desde su partida de Egipto, y todas las grandes transgresiones de sus padres, que les habían acarreado los juicios de Dios, y habían obligado al Señor a decirles que no entrarían en la tierra prometida. Sus padres habían muerto en el desierto, de acuerdo con la palabra del Señor. Sus hijos habían crecido, y en ellos había de cumplirse la promesa de posesión de la tierra de Canaán. Muchos de ellos eran pequeños cuando se dio la ley, y no recordaban en absoluto la grandiosidad de ese evento. Otros nacieron en el desierto, y frente a la posibilidad de que no comprendieran la necesidad de obedecer los Diez Mandamientos y todas las leyes y reglamentos dados a Moisés, Dios lo instruyó para que recapitulara los Diez Mandamientos y todas las circunstancias relacionadas con la promulgación de la ley (***La historia de la redención, p. 174***).

Nuestra salvación es completa porque está fundada en el plan establecido antes de la fundación del mundo. Antes de que viniera Cristo se podía obtener una santidad ceremonial basada en la ofrenda de sangre de toros y carneros; pero estos sacrificios no limpiaban la conciencia; eran solo una representación de Cristo, el gran sacrificio, quien vino a este mundo para darle valor a todos los sacrificios y ofrendas, ofreciéndose a sí mismo para hacer la voluntad de Dios y ponerse a la cabeza de la humanidad. Y mediante Cristo recibimos el Espíritu Santo quien nos da un claro testimonio del valor del sacrificio ofrecido por el Señor. La Palabra de Dios declara: "En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10: 10). El sacrificio que se hizo por nosotros fue completo y suficiente (***Review and Herald, 25 de julio, 1899***).

Domingo 13 de diciembre: La división de la tierra

Por orden de Dios, Moisés estableció los límites de la tierra de Canaán y seleccionó un príncipe por cada tribu con el propósito de dividir la tierra que cada una de ellas tendría cuando llegaran a poseerla. Pero la tribu de Leví no estaba incluida en la distribución; habían sido elegidos para un servicio sagrado y no tendrían herencia entre sus hermanos. No obstante, cuarenta y ocho ciudades en diferentes partes del territorio serían su lugar para vivir (*Signs of the Times*, 20 de enero, 1881).

En el plan de Dios para Israel, cada familia tenía su propia casa en suficiente tierra de labranza. De este modo quedaban asegurados los medios y el incentivo para hacer posible una vida provechosa, laboriosa e independiente. Y ninguna especulación humana ha mejorado jamás semejante plan. Al hecho de que el mundo se apartó de él, se debe en gran parte la pobreza y la miseria que imperan hoy.

Al establecerse Israel en Canaán, la tierra fue repartida entre todo el pueblo, menos los levitas que, en calidad de ministros del Santuario, quedaban exceptuados de la repartición. Las tribus fueron empadronadas por familias, y a cada familia, según el número de sus miembros, le fue concedida una heredad.

Y si bien era cierto que uno podía enajenar su posesión por algún tiempo, no podía, sin embargo, deshacerse definitivamente de ella en perjuicio de la herencia de sus hijos. En cuanto pudiese rescatar su heredad, le era lícito hacerlo en cualquier momento. Las deudas eran perdonadas cada séptimo año, y cada cincuenta años, o sea en ocasión del jubileo, todas las fincas volvían a sus primitivos dueños.

"La tierra no se venderá rematadamente —mandó el Señor— porque la tierra mía es; que vosotros peregrinos y extranjeros sois para conmigo. Por tanto, en toda la tierra de vuestra posesión, otorgaréis redención a la tierra. Cuando tu hermano empobreciere, y vendiere algo de su posesión, vendrá el rescatador, su cercano, y rescatará lo que su hermano hubiere vendido. Y cuando el hombre... hallare lo que basta para su rescate... volverá a su posesión. Mas si no alcanzara su mano lo que basta para que vuelva a él, lo que vendió estará en poder del que lo compró hasta el año del jubileo".

"Santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores: éste os será jubileo; y volveréis cada uno a su posesión, y cada cual volverá a su familia" (Levítico 25:23-28, 10).

De este modo cada familia quedaba segura de su posesión, y había una salvaguardia contra los extremos, tanto de la riqueza como de la pobreza (*El ministerio de curación*, pp. 138, 139).

Lunes 14 de diciembre: El sucesor

Sin murmurar, Moisés se sometió a lo decretado por Dios. Y su preocupación se concentró en el pueblo de Israel. ¿Quién sentiría el interés que él había sentido por el bienestar de ese pueblo? Con el corazón desbordante de emoción exhaló esta oración: "Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, varón sobre la congregación, que salga delante de ellos, y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca; porque la congregación de Jehová no sea como ovejas sin pastor" (Números 27:16, 17).

El Señor oyó la oración de su siervo; y la contestación fue: "Toma a Josué hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él. Y ponerlo has delante de Eleazar el sacerdote, y delante de toda la congregación; y le darás órdenes en presencia de ellos. Y pondrás de tu dignidad sobre él para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezcan" (Versículos 18-20). Josué había sido asistente de Moisés por mucho tiempo; y siendo hombre de sabiduría, capacidad y fe, se le escogió para que le sucediera.

Por la imposición de las manos de que le hizo objeto Moisés al mismo tiempo que le hacía recomendaciones impresionantes, Josué fue consagrado solemnemente caudillo de Israel. También se le admitió entonces a participar en el gobierno. Moisés transmitió al pueblo las palabras del Señor relativas a Josué: "El estará delante de Eleazar el sacerdote, y a él preguntará por el juicio del Urim delante de Jehová: por el dicho de él saldrán, y por el dicho de él entrarán, él, y todos los hijos de Israel con él, y toda la congregación" (Versículo 21).

Antes de abandonar su puesto como jefe visible de Israel, Moisés recibió la orden de repetirle la historia de su libramiento de Egipto y de sus peregrinaciones a través de los desiertos, como también de darle una recapitulación de la ley promulgada desde el Sinaí. Cuando se dio la ley, eran pocos los miembros de la congregación presente que tenían suficiente edad para comprender la terrible y grandiosa solemnidad de la ocasión. Como pronto iban a cruzar el Jordán y tomar posesión de la tierra prometida, Dios quería presentarles las exigencias de su ley, e imponerles la obediencia como condición previa para obtener prosperidad (*Patriarcas y profetas*, pp. 494, 495).

La posición de Josué difería en algunos aspectos de la de Moisés. Éste no solo era profeta y gobernante de Israel, sino oficiaba como sumo sacerdote y recibía el consejo directamente de Dios. Después de Moisés, ni a Josué ni a ningún otro de los gobernantes de Israel, le fue permitido acercarse directamente al Señor, excepto mediante el sumo sacerdote (*Signs of the Times*, 13 de enero, 1881).

Martes 15 de diciembre:

Reafirmación del sistema de sacrificios

Se acercaba el momento en que Moisés debía traspasar a otros el comando de Israel. Pronto debía subir al monte Nebo, según la orden divina, para morir allí. Pero antes de hacerlo, debía repetir ante toda la congregación los principales hechos referidos a su liberación de la cautividad en Egipto y su peregrinación en el desierto. Debía recordarles las maravillosas manifestaciones del poder de Dios al sacarlos de ese "horno de fuego", una buena ilustración de su cruel y degradante esclavitud, de la cual no hubieran podido librarse si no hubiese sido por la intervención del Dios del cielo.

Y Moisés no solamente debía recordarles las misericordiosas manifestaciones del poder divino en toda su peregrinación, sino también repetirles la ley divina promulgada en el Sinaí. Cuando sus padres habían escuchado la ley, la congregación presente era demasiado joven para comprender la grandeza y la solemnidad de la ocasión. Sus padres habían escuchado la voz de Dios y sido testigos de su poder, por lo tanto podían comprender el carácter sagrado de la santa ley; pero no la habían guardado, y por sus transgresiones cayeron en el desierto sin poder entrar en la tierra prometida. Sus hijos debían ahora comprender los terribles resultados de transgredir la ley divina. Tan pronto como cruzaran el Jordán y tomaran posesión de la tierra prometida, Dios les daría

una clara idea de los reclamos de su ley y de la obediencia requerida como condición para su prosperidad. No era suficiente nombrarse como el pueblo de Dios; su amor por él y su derecho a ser parte del Israel de Dios, debían mostrarse por su obediencia.

Moisés se presentó ante el pueblo con el objeto de repetirle sus últimas advertencias y amonestaciones. Una santa luz iluminaba su rostro. La edad había encanecido su cabello; pero su cuerpo se mantenía erguido, su fisonomía expresaba el vigor robusto de la salud, y tenía los ojos claros y penetrantes. Era aquélla una ocasión importante y solemne, y con profunda emoción y poética elocuencia magnificó al Señor Dios de Israel. Su gran amor y misericordia fueron presentados en el lenguaje más sublime e impresionante. Sus consejos, amonestaciones, reproches y ánimo, provenían de las palabras que Cristo mismo ponía en su mente (***Signs of the Times*, 10 de marzo, 1881**).

La muerte de Cristo en la cruz fue consumada por su obediencia voluntaria, de lo contrario no hubiera habido ningún mérito en ello; porque la justicia no hubiera castigado en lugar del pecador a un ser inocente que no hubiese estado dispuesto voluntariamente a sufrir la pena. Fue la decisión libre y completa del Salvador lo que hizo su sacrificio aceptable en cada punto. Por eso el pecador puede rendir su propia voluntad a Dios y aceptar a Cristo como su sustituto y seguridad. El es el único que puede transformar pecadores en santos, cuando esos pecadores reconocen su culpa, aceptan el perdón que ofrece Cristo, y deciden con sinceridad hacer su voluntad y andar en sus caminos. De ellos se dice: "Vosotros estáis completos en él", porque no dependen de su propia justicia, sino de la que reciben por la fe en Cristo (***Signs of the Times*, 22 de agosto, 1900**).

La muerte y la resurrección de Cristo completaron su pacto. Antes de ese tiempo se revelaba por medio de símbolos y sombras que señalaban hacia la gran ofrenda que sería hecha por el Redentor de mundo, ofrecida como promesa por los pecados del mundo. Los creyentes eran salvados antiguamente por el mismo Salvador de ahora; pero era un Dios velado. Veían la misericordia de Dios en símbolos. La promesa hecha a Adán y a Eva en el Edén era el evangelio para una raza caída. Se había dado la promesa de que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, y que ésta le heriría el calcañar. El sacrificio de Cristo es el glorioso cumplimiento de todo el sistema hebreo. Ha salido el Sol de justicia. Cristo nuestra justicia está brillando esplendorosamente sobre nosotros (***Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 944**).

Miércoles 16 de diciembre: Mantener la palabra

Los corazones de Ananías y de su esposa fueron movidos por el Espíritu Santo a dedicar sus posesiones a Dios, tal como lo habían hecho sus hermanos. Pero después de haber hecho la promesa, se arrepintieron, y decidieron no cumplirla. Mientras pretendían darlo todo, retuvieron una parte del dinero recibido. Actuaron fraudulentamente en relación con Dios, mintieron al Espíritu Santo, y su pecado recibió un juicio rápido y terrible. Perdieron no solo esta vida sino también la vida eterna.

El Señor vio que era necesaria esta señalada manifestación de su justicia para proteger a otros contra ese mismo mal. Esto constituyó un testimonio de que los hombres no pueden engañar a Dios, de que él detesta el pecado oculto en el corazón y de que nadie podrá burlarse de él. Ese acontecimiento fue permitido como amonestación para la joven iglesia, para guiar a sus miembros a examinar sus motivos, para que tuvieran

cuidado de no complacer el egoísmo y la vanagloria, para que se cuidaran de no robar a Dios.

En el caso de Ananías, el pecado de fraude contra Dios fue detectado y castigado rápidamente. Este ejemplo del juicio de Dios tenía el propósito de ser una señal de peligro para todas las generaciones futuras. Ese mismo pecado se repitió con frecuencia en la historia posterior de la iglesia, y en nuestra época muchos lo cometen; pero aunque no reciba la manifestación visible del desagrado de Dios, no por eso es menos horrible ante su vista ahora que en el tiempo de los apóstoles. La amonestación ha sido dada, Dios ha manifestado claramente su aborrecimiento de este pecado, y todos los que manifiesten una conducta semejante pueden tener la seguridad de que están destruyendo sus propias almas...

Las personas que hacen tales promesas a sus semejantes, no piensan generalmente en pedir que se los libre de sus compromisos. Un voto hecho a Dios, el Dador de todos los favores, es de importancia aun mayor; por lo tanto, ¿por qué habríamos de quedar libres de nuestros votos a Dios? ¿Considerará el hombre su promesa como de menos fuerza porque ha sido hecha a Dios? Por el hecho de que su voto no será llevado a los tribunales, ¿es menos válido? ¿Habrà de robar a Dios un hombre que profesa ser salvado por la sangre del infinito sacrificio de Jesucristo? ¿No resultan sus votos y sus actos pesados en las balanzas de justicia de los ángeles celestiales? (**Consejos sobre mayordomía cristiana**, pp. 326, 327).

Fue grande la indignación de los israelitas cuando supieron que se los había engañado. Y esta indignación aumentó cuando después de tres días de viaje, llegaron a las ciudades de los gabaonitas, cerca del centro del país. "Toda la congregación murmuraba contra los príncipes"; pero éstos rehusaron quebrantar la alianza que habían hecho a pesar de que fue lograda por fraude, porque habían "jurado por Jehová Dios de Israel". "Y no los hirieron los hijos de Israel". Los gabaonitas se habían comprometido solemnemente a renunciar a la idolatría, y a aceptar el culto de Jehová; y al perdonarles la vida, no se violaba el mandamiento de Dios que ordenaba la destrucción de los cananeos idólatras. De manera que por su juramento los hebreos no se habían comprometido a cometer pecado. Y aunque el juramento se había obtenido por engaño no debía-ser violado. La obligación incurrida al empeñar uno su palabra, con tal que no sea para cometer un acto malo o ilícito, debe tenerse por sagrada. Ninguna consideración de ganancia material, venganza o interés personal, puede afectar la inviolabilidad de un juramento o promesa. "Los labios mentirosos son abominación a Jehová". "Subirá al monte de Jehová" y estará en lugar de su santidad, "el que habiendo jurado en daño suyo, no por eso muda" (Proverbios 12:22; Salmo 24:3; 15:4) (**Patriarcas y profetas**, p. 540).

Jueves 17 de diciembre: **En la frontera**

Mientras los israelitas estaban todavía acampados al este del Jordán, las tribus de Gad y Rubén, viendo que la zona era favorable para dedicarse a la ganadería, deseaban establecerse allí. Se acercaron con ese pedido a Moisés, pero éste, suponiendo que estas tribus deseaban evitar las luchas que sus hermanos podrían encontrar contra los cananeos, se disgustó. "¿Irán vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí?" —les dijo. Moisés temía que la cobardía, o el resultado de la incredulidad, fueran la razón de este pedido y que por lo tanto pudieran caer bajo el desagrado divino.

Los hombres de Rubén y Gad le aseguraron que no dejarían de compartir las cargas y responsabilidades que el Señor había puesto sobre Israel. Una vez que construyeran hogares para sus familias, compartirían con sus hermanos todas las luchas y conflictos hasta que todos tomaran posesión de sus tierras. Moisés finalmente consintió, pero aún tenía la preocupación de que en el futuro no cumplieran su promesa; por eso les advirtió: "Mas si así no lo hacéis, he aquí habréis pecado contra Jehová; y sabed que vuestro pecado os alcanzará" (Números 32:6, 23).

Aquí hay una lección que pueden aprender los profesos cristianos de nuestros días. Dios no se agrada de aquellos que buscan su propia prosperidad temporal y una vida placentera, mientras sus hermanos pasan dificultades y privaciones al llevar pesadas responsabilidades en la iglesia. El conflicto entre la verdad y la santidad por un lado, y el error y la mundanalidad por el otro, está siempre presente. Todos los que dicen ser hijos de Dios deben estar armados para la batalla, puesto que el Señor no depende de unos pocos soldados para ir a la guerra mientras muchos otros descansan con tranquilidad. El gran apóstol Pablo les decía a los corintios: "Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez" (2 Corintios 8:13). Todos los que profesan tener interés en la causa de Dios, en la conversión de pecadores y en el avance de la verdad, debieran ser soldados en el ejército del Señor, con ese único interés, esa única motivación y ese único objetivo en la vida. La gran razón porque la causa de Dios no avanza más, es la indolencia y la indiferencia del profeso pueblo de Dios (***Signs of the Times*, 5 de mayo, 1881**).

Las dificultades y malos entendidos que todavía se levantan entre el pueblo de Dios son a menudo similares en naturaleza a aquellos que probaron ser una amenaza desastrosa para Israel. Las diez tribus temían que el pueblo que Dios había elegido se dividiese en sus intereses y en su culto; por eso se apresuraron a rechazar la supuesta separación que sus hermanos querían realizar. Pero en su esfuerzo por mantener el honor de Dios y la pureza de Israel, ¡qué serios y fatales resultados podrían haber sobrenido solo por un simple mal entendido! En ocasiones, los que buscan con sinceridad promover la causa de la verdadera religión son mal interpretados y severamente reprimidos; pero la sabiduría de los dirigentes para evitar males mayores en esa ocasión es digna de ser imitada. Grandes males pueden ser evitados en las iglesias cuando sus miembros siguen un curso de acción similar, y cuando los individuos que han sido tratados injustamente y censurados por sus hermanos no dan lugar a la ira ni a la venganza. Estas ocasiones dan a todos la oportunidad de desarrollar las preciosas virtudes de la mansedumbre y la paciencia (***Signs of the Times*, 12 de mayo, 1881**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática

Notas de Elena G. de White

Lección 13
26 de Diciembre de 2009

Ciudades de refugio

Sábado 19 de diciembre

El Señor ordenó a Moisés que refiriese a los hijos de Israel cómo los había librado del yugo de Egipto y les había conservado milagrosamente la vida en el desierto. Moisés debía recordarles su incredulidad, sus murmuraciones cuando fueron probados, así como la gran misericordia y tierna bondad del Señor que no los abandonaron nunca. Ello debía estimular su fe y fortalecer su valor. Al par que comprenderían su estado de debilidad y pecado, se darían cuenta también de que Dios era su justicia y fortaleza.

De igual importancia es hoy que el pueblo de Dios recuerde los lugares y circunstancias en que fue probado, en que su fe desfalleció, en que hizo peligrar su causa por su incredulidad y confianza en sí mismo. La misericordia de Dios, su providencia, sus libramientos inolvidables deben ser recordados unos tras otros. A medida que el pueblo de Dios repase así lo pasado, debe comprender que el Señor repite su trato. Debe prestar atención a las advertencias que le son dadas y guardarse de volver a caer en las mismas faltas. Renunciando a toda confianza en sí mismos, los hijos de Dios deben confiar en él para que los guarde del pecado que podría deshonar su nombre. Cada vez que Satanás obtiene una victoria, hay almas que peligran; algunos caen bajo sus tentaciones y no pueden recuperarse. Avancen con prudencia los que hayan cometido alguna falta, y a cada paso oren como el salmista: "Sustenta mis pasos en tus caminos, porque mis pies no resbalen" (Salmo 17:5) (*Joyas de los testimonios*, tomo 3, p. 190).

Domingo 20 de diciembre: Una lección de historia

Moisés era el hombre más manso que haya vivido: sin embargo, a causa de las murmuraciones de los hijos de Israel, se vio repetidamente forzado a hacer mención de la conducta pecaminosa del pueblo después de dejar Egipto, y a vindicar su propia conducta como el líder de ellos. Justo antes de dejar al pueblo de Israel, cuando estaba a punto de morir, repitió ante ellos su trayectoria de rebelión y murmuración desde que habían dejado Egipto, y cómo su interés y amor por ellos lo habían inducido a interceder ante Dios en su favor. Les mencionó cómo le había rogado fervientemente al Señor que le permitiera pasar el Jordán y entrar en la Tierra Prometida; "pero Jehová se había

enojado contra mí a causa de vosotros, por lo cual no me escuchó" (Deuteronomio 3:26). Moisés presentó ante ellos sus pecados, y les dijo: "Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os conozco" (Deuteronomio 9:24). Les refirió cuántas veces había intercedido ante Dios y humillado su alma en angustia a causa de sus pecados.

Era el plan de Dios que Moisés le recordara frecuentemente a Israel sus transgresiones y rebelión, para que pudieran humillar sus corazones ante Dios por causa de sus pecados. El Señor no quería que olvidaran los errores y pecados que habían provocado su ira contra ellos. El recuerdo de sus transgresiones y de las misericordias y bondades de Dios que ellos no habían apreciado, no complacía sus sentimientos. No obstante, Dios indicó que esto debía hacerse (***Testimonios para la iglesia*, tomo 3, p. 351**).

Todo el pueblo se hallaba reunido delante de él, y leyó los acontecimientos de su historia pasada del libro que había escrito. También leyó las promesas que Dios les había hecho, en el caso de que fueran obedientes, y las maldiciones que les sobrevendrían si eran desobedientes.

Moisés les dijo que por su rebelión Dios en varias oportunidades había tenido la intención de destruirlos, pero que él había intercedido por ellos tan fervorosamente que el señor los había perdonado con generosidad. Les recordó los milagros que hizo el Altísimo ante Faraón y toda la tierra de Egipto. Les dijo: "Mas vuestros ojos han visto todas las grandes obras que Jehová ha hecho. Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que seáis fortalecidos, y entréis y poseáis la tierra a la cual pasáis para tomarla" (Deuteronomio 11:7, 8)

Moisés advirtió especialmente a los hijos de Israel que no fueran seducidos por la idolatría. Los instó con fervor a que obedecieran los mandamientos de Dios. Si obedecían al Señor y lo amaban y servían con un amor íntegro, les daría lluvias a su tiempo, haría crecer la vegetación y aumentaría sus ganados. Gozarían de privilegios especiales e importantes, y triunfarían sobre sus enemigos.

Moisés instruyó a los hijos de Israel con sinceridad y en forma impresionante. Sabía que era la última vez que les iba a dirigir la palabra. Terminó escribiendo en un libro todas las leyes, los reglamentos y estatutos que Dios le había dado, y las distintas instrucciones concernientes a las ofrendas y los sacrificios. Puso el libro en manos de hombres que ejercían cargos sagrados y les solicitó que, para salvaguardarlo, lo pusieran al lado del arca, donde el cuidado de Dios se ejercía continuamente. Había que preservar ese libro de Moisés para que los jueces de Israel pudieran referirse a él en todos los casos en que fuera necesario. La gente que está sometida al error a menudo interpreta los requerimientos de Dios de manera que se ajusten a su propio caso; por eso se guardó el libro de Moisés en un lugar sumamente sagrado, para que se recurriera a él en el futuro (***La historia de la redención*, pp. 175, 176**).

Lunes 21 de diciembre: Las ciudades de los levitas

Dios no anula sus leyes. No obra contrariamente a ellas. No deshace la obra del pecado: la transforma. Por medio de su gracia, la maldición se convierte en bendición.

De los hijos de Jacob, Leví fue uno de los más crueles y vengativos, uno de los dos más culpables del asesinato traicionero de los habitantes de Siquem. Las característi-

cas de Leví, reflejadas en sus descendientes, atrajeron sobre éstos el decreto de Dios: "Los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel" (Génesis 49:7). Pero el arrepentimiento dio por resultado la reforma, y mediante su fidelidad a Dios, en medio de la apostasía de las otras tribus, la maldición se transformó en una señal del más alto honor.

"En aquel tiempo apartó Jehová la tribu de Leví para que llevase el arca del pacto de Jehová, para que estuviese delante de Jehová para servirle, y para bendecir en su nombre, hasta hoy". "Mi pacto con él fue de vida y de paz, las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de mí, y delante de mí nombre estuvo humillado... en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad" (Deuteronomio 10:8; Malaquías 2:5, 6).

Los levitas, como ministros del Santuario, no recibieron tierras por herencia; moraban juntos en ciudades apartadas para su uso, y su sostén lo constituían las ofrendas y los diezmos dedicados al servicio de Dios. Eran los maestros del pueblo, huéspedes de todas sin fiestas, y honrados por todas partes como siervos y representantes de Dios. Toda la nación recibió el mandato: "Ten cuidado de no desamparar al levita en todos tus días sobre la tierra". "Por lo cual Leví no tuvo parte ni heredad con sus hermanos; Jehová es su heredad, como Jehová tu Dios le dijo" (Deuteronomio 12:19; 10:9) (**La educación**, pp. 148, 149).

Martes 22 de diciembre: Ciudades de refugio

Seis de las ciudades dadas a los levitas, tres a cada lado del Jordán, fueron designadas como ciudades de refugio, a las cuales pudieran huir los homicidas en busca de seguridad. La designación de estas ciudades había sido ordenada por Moisés, para que a ellas pudiera huir "el homicida que hiriere a alguno de muerte por yerro. Y os serán aquellas ciudades por acogimiento del pariente –dijo– y no morirá el homicida hasta que esté a juicio delante de la congregación" (Números 35:11, 12). Lo que hacía necesaria esta medida misericordiosa era la antigua costumbre de vengarse particularmente, que encomendaba el castigo del homicida al pariente o heredero más cercano al muerto. En los casos en que la culpabilidad era clara y evidente, no era menester esperar que los magistrados juzgaran al homicida. El vengador podía buscarlo y perseguirlo dondequiera que lo encontrara. El Señor no tuvo a bien abolir esa costumbre en aquel entonces; pero tomó medidas para afianzar la seguridad de los que sin intención quitaran la vida a alguien.

Las ciudades de refugio estaban distribuidas de tal manera que había una a medio día de viaje de cualquier parte del país. Los caminos que conducían a ellas habían de conservarse en buen estado; y a lo largo de ellos se habían de poner postes que llevaran en caracteres claros y distintos la inscripción "Refugio" o "Acogimiento" para que el fugitivo no perdiera un solo momento. Cualquiera, ya fuera hebreo, extranjero o peregrino, podía valerse de esta medida. Pero si bien no se debía matar precipitadamente al que no fuera culpable, el que lo fuera no había de escapar al castigo. El caso del fugitivo debía ser examinado con toda equidad por las autoridades competentes, y solo cuando se comprobaba que era inocente de toda intención homicida podía quedar bajo la protección de las ciudades de asilo. Los culpables eran entregados a los vengadores. Los que tenían derecho a gozar protección podían tenerla tan solo mientras permanecieran dentro del asilo designado. El que saliera de los límites prescritos y fuera encontrado

por el vengador de la sangre, pagaba con su vida la pena que entrañaba el despreciar las medidas del Señor. Pero a la muerte del sumo sacerdote, todos los que habían buscado asilo en las ciudades de refugio quedaban en libertad para volver a sus respectivas propiedades.

En un juicio por homicidio, no se podía condenar al acusado por la declaración de un solo testigo, aunque hubiera graves pruebas circunstanciales contra él. La orden del Señor fue: "Cualquiera que hiriere a alguno, por dicho de testigos, morirá el homicida: mas un solo testigo no hará fe contra alguna persona que muera" (Números 35:30). Fue Cristo quien le dio a Moisés estas instrucciones para Israel; y mientras estaba personalmente con sus discípulos en la tierra, al enseñarles cómo debían tratar a los pecadores, el gran Maestro repitió la lección de que el testimonio de un solo hombre no basta para condenar ni absolver. Las cuestiones en disputa no han de decidirse por las opiniones de un solo hombre. En todos estos asuntos, dos o más han de reunirse y llevar juntos la responsabilidad, "para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra" (Mateo 18:16).

Si el enjuiciado por homicida era reconocido culpable, ninguna expiación ni rescate podía salvarle... La seguridad y la pureza de la nación exigían que el pecado de homicidio fuese castigado severamente. La vida humana, que solo Dios podía dar, debía considerarse sagrada (***Patriarcas y profetas*, pp. 551-553**).

Miércoles 23 de diciembre: Ciudades de refugio (continuación)

Dios entiende la perversidad del corazón humano. La enemistad personal o la posibilidad de ventajas han arruinado la reputación y la utilidad de miles de personas inocentes, y en muchos casos han sido condenados a muerte. Mientras las vidas indignas de los violentos y los malvados muchas veces han sido preservadas pagando un soborno, a otros que no eran culpables de un crimen se los ha hecho sufrir. Los ricos o los poderosos pueden corromper aun a los jueces y traer falsos testigos contra los inocentes. La provisión de que ninguno pudiera ser condenado por el testimonio de un solo testigo era justa y necesaria, porque una sola persona puede ser controlada por el prejuicio, el egoísmo o la malicia, mientras que hay menos posibilidades de que dos o tres se confabulen para dar falso testimonio; y aun así, al recibir los testimonios separadamente, se puede llegar a descubrir la verdad (***Signs of the Times*, 20 de enero, 1881**).

Para hacer notar más cabalmente lo terrible de un asesinato y ayudar en la detención del criminal, el Señor ordenó que al encontrar el cuerpo de una persona asesinada, los magistrados realizaran una ceremonia solemne y pública en la que participaban los ancianos y los sacerdotes elegidos por Dios...

Si después de una búsqueda diligente no se lograba dar con el asesino, los dirigentes debían mostrar su aborrecimiento por tal hecho y declarar enfáticamente que si alguien no hacía todo lo posible por encontrar al culpable, o consideraba en forma indiferente y descuidada tal acción o, peor aún, si por un acto negligente encubría al culpable, se transformaba en un enemigo de Dios, ya que a su vista sería considerado participante de los malos actos del criminal...

Aquí hay lecciones que el pueblo de Dios de estos últimos días debe aprender. Hay terribles pecados entre los miembros de la iglesia: codicia, engaño, fraude, falsedad y

muchos otros. Si los que tienen autoridad en la iglesia son indiferentes y descuidados con estas cosas, el Señor retira sus bendiciones y los inocentes sufren juntamente con los culpables. Los oficiales de la iglesia, con energía y celo por Dios, deben tomar medidas inmediatas y condenar y corregir estos males. Al mismo tiempo, deben actuar con mansedumbre y humildad y con el sincero deseo de que Dios sea glorificado, sin dar lugar a celos o prejuicios personales contra los ofensores. Pecados tales como la prevaricación, la lujuria, el abuso inhumano, no deben ser excusados porque desmoralizarán rápidamente a la iglesia. Se le pueden dar otros nombres al pecado; se pueden buscar excusas o pretender que la persona tenía buenos motivos, pero ninguna de estas razones disminuye la culpa a la vista de Dios; tales pecados tendrán su consecuencia y su castigo (***Signs of the Times*, 20 de enero, 1881**).

Jueves 24 de diciembre: Cristo nuestro refugio

Las ciudades de refugio destinadas al antiguo pueblo de Dios eran un símbolo del refugio proporcionado por Cristo. El mismo Salvador misericordioso que designó esas ciudades temporales de refugio proveyó por el derramamiento de su propia sangre un asilo verdadero para los transgresores de la ley de Dios, al cual pueden huir de la segunda muerte y hallar seguridad. No hay poder que pueda arrebatarse de sus manos las almas que acuden a él en busca de perdón. "Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús". "¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros", "para que... tengamos un fortísimo consuelo, los que nos acogemos a trabarnos de la esperanza propuesta" (Romanos 8:1, 34; Hebreos 6:18).

El que huía a la ciudad de refugio no podía demorarse. Abandonaba su familia y su ocupación. No tenía tiempo para despedirse de los seres amados. Su vida estaba en juego y debía sacrificar todos los intereses para lograr un solo fin: llegar al lugar seguro. Olvidaba su cansancio; y no le importaban las dificultades. No osaba aminorar el paso un solo momento hasta hallarse dentro de las murallas de la ciudad. El pecador está expuesto a la muerte eterna hasta que encuentre un escondite en Cristo así como la demora y la negligencia podían privar al fugitivo de su única oportunidad de vivir, también pueden las tardanzas y la indiferencia resultar en ruina del alma. Satanás, el gran adversario, sigue los pasos de todo transgresor de la santa ley de Dios, y el que no se percata del peligro en que se halla y no busca fervorosamente abrigo en el refugio eterno, será víctima del destructor.

El prisionero que en cualquier momento salía de la ciudad de refugio era abandonado a la voluntad del vengador de la sangre. En esa forma se le enseñaba al pueblo a seguir celosamente los métodos que la sabiduría infinita había designado para su seguridad. Asimismo no basta que el pecador crea en Cristo para el perdón de sus pecados; debe, mediante la fe y la obediencia, permanecer en él. "Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por el pecado, sino una horrenda esperanza de juicio, y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios" (Hebreos 10:26, 27) (***Patriarcas y profetas*, pp. 553, 554**).

Cristo es nuestro refugio, y solo mediante la fe en él podemos formar caracteres que Dios acepta. Podemos agregar conocimiento al conocimiento, fortaleza a la fortaleza, virtud a la virtud, y sin embargo fracasar en el conflicto que está ante nosotros porque no hemos hecho de Cristo nuestra justicia y nuestra fortaleza. Ninguna ceremonia exte-

rior puede limpiarnos porque no puede suplantar al bautismo del Espíritu; y quien no haya experimentado el poder regenerador del Espíritu de Dios será como paja en medio del trigo. El Señor está con su aventador en su mano y purgará su cosecha. Viene el día en el que se decidirá "entre el que sirve a Dios y el que no le sirve" (***Signs of the Times*, 14 de julio, 1887**).

El Salvador es nuestro sustituto y seguridad. Está a la cabeza de la familia humana como Aquel que ha pasado por todas las tentaciones que nos oprimen y nos molestan. Fue tentado en todo y es capaz de socorrer a los que son tentados. Fue también afligido con todas nuestras aflicciones. Cristo es nuestro refugio y nuestra fuente de fortaleza, y si su palabra habita en nosotros, nos proporciona el poder que necesitamos. Pero nosotros hemos de decidir si servir a Dios o a Baal (***Signs of the Times*, 20 de febrero, 1896**).

Dios se complace cuando mantenemos el rostro orientado hacia el Sol de justicia... Cuando estamos en dificultades y oprimidos por la ansiedad, el Señor está cerca de nosotros, y nos insta a que depositemos toda nuestra solicitud en él, porque cuida de nosotros...

Se acerca a todos sus hijos en su aflicción. Es su refugio en tiempo de peligro. Les ofrece su gozo y consuelo cuando están dolientes. ¿Nos apartaremos del Redentor, la fuente de agua viva, para cavarnos cisternas rotas que no pueden detener agua? Cuando se aproxime el peligro, ¿buscaremos la ayuda de los que son tan débiles como nosotros, o acudiremos al que es poderoso para salvar? Sus brazos están abiertos ampliamente y formula esta invitación llena de gracia: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar" (***Hijos e hijas de Dios*, p. 21**).

Viernes 25 de diciembre:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 545-558.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

<http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatika?hl=es>

Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática